

Veinticuatro horas para olvidar

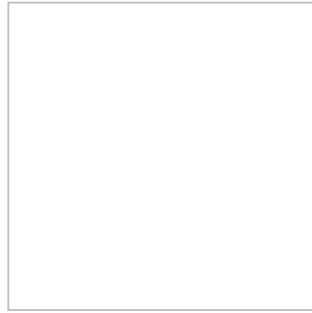
SIN HISTORIA

LISSA D'ANGELO

Lectulandia

Tengo veinticuatro horas para encontrarlo. Mil cuatrocientos cuarenta minutos para presentarme. Ochenta y seis mil cuatrocientos segundos para enamorarlo y sólo un beso para que me vuelva a olvidar. En una sociedad perfecta, donde no hay espacio para el rencor ni el odio; un mundo donde no tienes tiempo para recordar, los engaños y las mentiras no tienen efectos secundarios, ya que sólo basta un día para que los dejes atrás.

Porque cuando el reloj da las doce todas las mentes se formatean, bueno... Todas a excepción de la mía.



Lissa D'Angelo

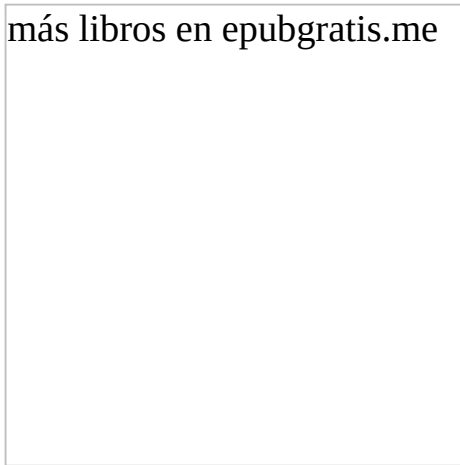
Sin historial

24 horas para olvidar

ePUB v1.0

Wertmon 25.11.12

más libros en epubgratis.me



Título original: *Sin historial*
Lissa D'Angelo, Octubre 2012.

Editor original: Wertmon (v1.0)
ePub base v2.1

Para Paulina Arancibia C-M.
Mi loca, inteligente y positiva editora.
Este libro es fruto de tu paciencia.
Gracias por creer en mí, por hacerlo real.
¡Ahora rodarás por las paredes!

Me gustaría que mi escritura fuera tan misteriosa como un gato.
Edgar Allan Poe

00:00

«Los hombres son seres limitados; criaturas espantosas que amenazan contra la estabilidad de una mujer. Siglos antes de su extinción, se podía reconocer a esas bestias por tres inmutables características: Impulsivos, seductores y tenaces.»

Tengo que sacudir la cabeza, en un intento por aclarar mis ideas. ¿La verdad? no sé si ayudará, pero me parece mucho más útil que beber el agua de hierba que me recomendó Nissa, la encargada de administrar las habitaciones del segundo nivel.

La descripción de los hombres que aprendí en la última clase de Historia, no deja de darme vueltas. Obvio, sobre todo si has tenido la misma clase los últimos tres años sin alterar un solo párrafo. Efectos secundarios de ser la única que no olvida, supongo.

Además, está el asunto de Adelfried Levi, nuestra profesora de Historia. la que insiste en que la llamemos “Adel”, aunque nunca resulta; quiero decir, es joven, pero nunca tanto. En fin, Adelfried o Adel, tiene esta manía enfermiza de explicarnos todo en tiempo presente.

«Los hombres son monstruos, asesinos inclementes»

Algo cierto, pero innecesario, Están extintos ¿no? Quiero decir, qué tan difícil puede ser usar el pretérito imperfecto.

Ellos “eran” monstruos, ya no más; les hemos vencido. Me parece que ya va siendo hora de que deje el pasado atrás. Una ironía, si pensamos en el nombre del ramo: Historia. ¡Virgen! es tan repetitiva que, incluso puedo recitar sus clases de memoria, lástima que Matemáticas, Química y Ciencias avanzadas no corran con la misma maldición. Otra ironía.

Hablando de Historia...

Vuelvo a prestarle atención al cuaderno. Lo hago más por costumbre que por otra cosa. Me he pasado los últimos quince años actuando acorde a las apariencias, y con esto no quiero decir que sea superficial, sino que en realidad, estoy estropeada.

Durante el resto de la tarde, mato los minutos trazando frases sin coherencia en mi cuaderno.

Emil Cab, mi compañera de cuarto, parece mortalmente interesada en la revista que hojea sobre su regazo y yo sonrío, porque es lo que se supone que se hace cuando se está feliz. Y lo estoy, en serio, pero lo estaré aún más cuando ella se duerma.

Media hora después la puedo oír roncar, pero es tarde y como de costumbre, las dudas han comenzado a adueñarse de mí. Sólo por si acaso me levanto de la silla, donde he estado balanceándome frente a mi escritorio, y me dirijo hacia mi cama.

Pocos centímetros separan nuestros catres, duerme a mi lado tan pacíficamente como lo haría un gatito si supiera cómo se ve uno, pero se me figura algo suave y aterciopelado que te provoca ganas de abrazarlo en cuanto lo ves. No lo sé, las

enciclopedias que manejo no dicen mucho sobre el tema, no dicen mucho sobre nada de todos modos. De nuevo, fijo mi atención en ella, su respiración es tan melódica que, por un instante, casi me permito confiar.

Pero no soy tan estúpida. Así que espero unos minutos más, una vez que compruebo que Emil no se va a despertar, dejo los cuadernos y me preparo para huir de la habitación.

Durante la última semana me aseguré de orquestar un plan maestro y hoy por la mañana revisé por última vez los detalles mientras el resto se preocupaba de terminar una tarea que habían realizado por lo menos unas cien veces, como mínimo.

Lástima que ellas no lo sepan... o más bien, es una desgracia ser la única que retiene tanta información. Retener es una palabra rebuscada en nuestra sociedad, no para mí.

Sopesé todos los pros y los contras para una fuga perfecta. Mis herramientas de trabajo serían ropas resistentes al frío de la noche, polvo de Valeriana, imprescindible para dormir a un adversario, y un reloj.

No perdería tiempo acumulando víveres, cada segundo es valiosísimo. También había oído en clase de Ciencias Avanzadas que en el interior del bosque se encontraba la principal reserva de Sebiata. Si bien no es lo que se diría el fruto más sabroso del universo, tampoco es tan malo, una mezcla entre manzana y durazno, pero sin azúcar. Está bien... es nada sabrosa, pero al menos me mantendría hidratada y sin hambre.

Mis manos están sudadas y he comenzado a respirar más lento y con dificultad. Maldición, se suponía que estaría calmada y segura, el problema es que me siento todo lo contrario. He dejado la habitación atrás, la puerta cerrada y las luces apagadas.

Me he salvado por un pelo de tropezar con mis cordones, en mi defensa hay que admitir que los pasillos de La Grata son tan oscuros como los relatos que nos cuentan en clase de Historia. En cada pared cuelga una imitación de vela, sólo que en lugar de cera lleva un cristal parecido a un diamante y en vez de fuego, una cosa gelatinosa serpentea emulando su forma.

Solíamos usar velas reales, hasta que a una de nosotras le pareció buena idea prenderle fuego a su cabello. Por supuesto, yo ni siquiera había nacido en ese entonces, es sólo algo que oí un día en los pasillos, de todos modos nadie lo recuerda. Lo cual está bien, no tienen que preocuparse por los motivos que llevaron a alguien a querer destrozar su cabellera, ni lidiar con pesadillas relacionadas con, gatos, hombres y además el fuego. A diferencia de mí, pero eso es lo que sucede cuando estás averiada.

Sé que tengo poco tiempo antes de llegar al jardín, pero no logro evitar entretenerme viendo los retratos que cuelgan en las exquisitas paredes de granito.

Uno a uno, los familiares rostros de mujeres mutiladas me dan la bienvenida. Es enfermizo lo atractivo que me resulta esto. Quiero decir, son mujeres, al igual que yo, pero la diferencia es que ellas fueron las mártires de otros tiempos, tiempos en que esas bestias extintas gobernaban nuestro mundo y hacían con nuestros cuerpos lo que se les antojaba.

«Déjalo ir...»

Hay uno en particular, que siempre se ha robado mi atención.

Es el de una niña ovillada en posición fetal, su cabello es del color del trigo y me hace pensar en tardes felices bajo el sol. No tiene más de diez años y me han dicho que su nombre era Jennifer. Sé todo sobre ella, desde la edad de su muerte hasta la fecha en que nació. Conozco incluso los años que tenía cuando le llegó su período por primera vez, ocho años, algo precoz, pero no tanto como lo fue su embarazo.

Diez años, diez años apenas cuando se descubrió que había sido víctima de violación, algo muy habitual en ese entonces, según Adel, nuestra profesora de historia, este hecho consistía en quedar a la merced de estas bestias, impedida de todas las facultades físicas. ¡Estos demonios te sometían a su voluntad para satisfacer sus placeres!. Jenny rondaba los once cuando su pequeña hija nació para, segundos después, morir. De sólo pensar en eso se me revuelven las tripas. Tengo varias palabras para describir esta emoción, pero ninguna de ellas se me permite decir en voz alta. Ya es lo suficientemente malo que la palabra “maldición” se me escape en muchas ocasiones de manera inconsciente.

Ahora estoy enojada, no hay forma de evitarlo, puedo verlo tan claramente: la pobre e inocente Jennifer, tan ingenua, tan condenadamente buena. ¿Habrá gritado? Desde luego que sí, debió haber implorado piedad, incluso, por la fuerza que reflejaban esos ojos grises, estoy segura de que se defendió. Aunque no le sirvió de mucho, aquel ser ruin la tuvo a su merced en cosa de segundos.

Es probable que primero la sometiera con un zarpazo de sus garras en la zona de su espalda o sencillamente utilizara esa voz mortalmente grave y seductora, de la que nos advertía Adelfried.

Lo que más llama mi atención sobre esta historia no es el acto en sí, que es abominable por supuesto, pero lo que caló mi alma en el momento en que lo supe fue la certeza de que Jennifer tuvo que quedar embarazada y de paso perder a su bebe, para que la sociedad decidiera hacer algo.

Ni siquiera justicia, sólo algo.

Quiero decir, ¿y si no hubiera padecido un desarrollo precoz? ¿Y si le hubiera llegado su período a los quince o trece como el resto de las mujeres? ¡Cuántos años más hubiese tenido que soportar de esos abusos!

Otra cosa que no encaja en todo esta asunto y que me llena de rencor es el origen mismo del embarazo. Somos mujeres, nos reproducimos entre nosotras mismas

llegada la hora, ¿Cómo demonios pudo una violación influir en la precipitación del ciclo fértil por más de cinco años? No podemos fecundar hasta llegados los diecisiete.

La vibración en mi pecho me obliga a devolver mi atención al presente. Una vez que saco el reloj que llevo en el bolsillo, ésta se acaba, pero mi mal humor sigue estando ahí. Son las once con cuarenta y siete minutos. Si no me doy prisa me atraparán.

A pesar de todo, estar estropeada tiene sus ventajas: tengo muchos puntos a mi favor que el resto de los habitantes de La Grata no.

Dejo atrás el pasillo de los retratos y ¡alabada sea la Virgen! por fin he llegado a la escalera.

Me aseguro, por algo así como sexta vez, que nadie me siga. No veo a nadie, así que cuando bajo los escalones lo hago de dos en dos, reduciendo así a la mitad las oportunidades de que alguna tabla cruja. Supongo que podrían reemplazarlas por unas de material más sólido, o incluso alfombrarlas, pero ¿qué gracia tendría entonces? De este modo si alguna de nosotras intenta huir pueden oírla, y no es que alguien lo intente alguna vez. Este lugar es pura perfección, razón por la que se acrecientan mucho más mis dudas.

Al final, consigo salir. El jardín es enorme, el terreno en toda su extensión está cubierto de césped y violetas, y bajo el baño de plata que le da la luz de la luna, incluso parece cobrar otro tipo de vida.

Podría comenzar a correr por el césped corto y húmedo, pero activaría cualquier especie de alarma. Ya una vez vi una película donde la protagonista comenzaba a correr a toda velocidad para huir de La Grata y ¡BOOM!, se activaban los sensores de movimiento rebanándola en varios trocitos de carne semi chamuscada.

Dudo que La Grata mantenga niveles de seguridad tan extremistas. A veces exagero y como dije antes, nadie nunca intenta huir de este lugar. Excepto yo. Pero eso no es culpa de ellas, sino mía, por estar estropeada.

Un sutil sonido llama mi atención, es un crujido como el de una rama al romperse, pero no se trata de eso... lo sé. No sé cómo, pero sencillamente lo sé. Son casi las doce. A esta hora nadie está fuera ni remotamente cerca de las puertas de la ciudad, a excepción de las guardias.

Si pudiera dar alguna explicación para el origen de ese sonido, seguramente lo más probable es que dijera que se trata de un Alíen aterrizando en nuestro bosque. Conozco los Alíens, al menos los que vendía la industria cinematográfica siglos atrás antes de que los televisores fueran reemplazados por DG-7 y las actrices por réplicas computarizadas.

Al final, supongo que fue lo mejor para todos: los artistas ahorraban dinero en operaciones y vivían más felices. Las actrices vendían los derechos de propiedad de

la imagen de sus cuerpos, de ese modo si el papel requería un aumento o disminución de peso, no debían caer en dietas extremistas. De paso, así, cientos de adolescentes evitarían caer en trastornos alimenticios para asemejarse a la estrella objeto de turno.

Cuando giro la esquina en dirección al estanque, cerca de la puerta principal, sé que no estoy sola. He notado que el crujir de ramas me acompaña desde hace minutos y lo peor de todo es que sé que no se trata de un extraterrestre, porque no existen.

Estoy temblando y no es debido al frío... sé que los hombres tampoco existen, pero aún así no dejo de pensar en que una criatura hambrienta de carne, sangre y algo más se abalanzará sobre mí y drenará mi alma. Cierro mis parpados esperando lo peor, sin embargo al alzar mi rostro, todo lo que veo es el rostro de Adelfried, lo que es aún peor.

Pequeños restos de maquillaje bordean sus ojos azules y su piel lechosa luce igual que la descripción de las ninfas en los libros de mitos y leyendas. Trae unos anchos pantaloncillos de seda del color de la sangre y su cabello negro cae trenzado sobre su hombro derecho.

«Me han pillado», grité mentalmente.

—¡Anaya Sonnenschein!, ¿tienes idea de lo tarde que es?

La verdad es que no, pero me encantaría saberlo. Lástima que no pueda sacar mi reloj en presencia de ella, sería demasiado delator. Otra cosa que me preocupa es que me ha llamado por mi nombre en lugar de hermana, esa es su forma de decirme que estoy metida en grandes problemas, y sé que eso es todo lo que dirá esta noche.

—No podía dormir —le digo. Como respuesta deja mucho que desear, pero es lo primero que se me vino a la mente, mientras tanto los minutos corren—. Lo siento.

—Un lo siento no solucionará nada, acompáñame Anaya —la voz sale de forma cortés, al igual que sus facciones y el gesto que pone al estirar su palma para ofrecérmela como si se tratara de la entrada al paraíso; pero yo sé lo que hará, tendré que acompañarla a mi habitación, con la amenaza de ser castigada al día siguiente. Se supone que mañana despertaría sin recuerdos ni castigo, sin memorias del día anterior y desde luego, con veinticuatro nuevas horas para aprender de mis errores, los que seguiría sin conocer.

Pero esto no se aplica a mí que, a diferencia del resto de las vivas, tengo un cerebro dañado, no logra funcionar como el de una mujer normal, que en lugar de desprenderse de los recuerdos los mantiene arraigados, manteniéndome atada al pasado, incapaz de avanzar, convirtiéndome en lo que soy: un bicho raro.

—Está bien —respondo, pero he comenzado a contar en silencio.

«Cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve...»

Justo cuando llegamos a la puerta de la entrada las campanas de la plaza central comienzan anunciar las doce, y en un gesto desesperado le lanzo todo el polvo de

Valeriana que hay en el saquito que escondo en mi bolsillo, mis manos quedan pasadas a Valeriana, horrible y penetrante, como queso curado. Es tan chocante que me quedo inmóvil. Adel cae inconsciente sobre las baldosas y cinco segundos después su cuerpo comienza a sufrir unos espasmos. Sé lo que sucede, el microchip en su cerebro está siendo formateado, lo que me deja con sólo cincuenta y cinco segundos para huir de ahí, antes de que una vigía nos encuentre. Yo tomo esa oportunidad como un regalo del cielo, aunque dude mucho de la existencia de la Virgen y la use como mero tecnicismo. Subo la escalera corriendo hasta que finalmente doy con la puerta de mi habitación.

Está cerrada y comienzo a desesperarme hasta que recuerdo que escondí la llave en la tarjetita que cuelga en su interior. Una caricatura a mano alzada adorna la tapa. Emil y yo lo hicimos, aunque ella no tiene imágenes de esa vez, como tampoco de muchas otras actividades.. Saco la llave adherida con cinta sobre la tarjeta y me apuro en abrir la puerta.

—¡Maldición! —suspiro, dejándome caer sobre la cama, mientras espero que mi respiración se normalice y hago lo posible por encontrar un lado bueno de mi fallido intento de huída. Al menos la hermana Adel no lo recordará...

01:00

La mujer es fuente de vida.

Nace y es. Existe y coexiste.

No hay nada superior a ésta y sin embargo, no se refiere a nada como un ser inferior.

Tengo la tentación de bostezar, de hecho la tentación es muy grande. Por fortuna Cecania se me adelanta y lo hace varias notas más alto de lo que yo, o cualquiera de los presente se permitiría.

Liese Odell, la única profesora de La Grata que es capaz de convertir una cátedra en un cuento de horror, detiene su discurso sobre Religión y se voltea hacia mi compañera. Casi me siento culpable, yo soy quién debería estar cansada. No he conseguido dormir mucho debido a mi frustrada fuga de ayer, pero luego recuerdo que Ceca suele hacer cosas como esta, molestar al resto, sacar de sus casillas a Liese.

Ahora la clase completa se encuentra bajo un silencio sepulcral, distingo entre el montón los rostros de siempre, por desgracia Jarvia Roth es la primera que veo y, a pesar de que se encuentra en primera fila, soy capaz de atisbar su sonrisa engreída sin perder detalle.

Menuda suerte.

Me resulta curioso que, con el paso de los días, su carácter se vuelva aún peor, supongo que hay personas que simplemente nacen para ser malas, sin importar las veces que vuelvan a empezar.

Jarvia es el mejor ejemplo de que el formateo de la memoria es un tema de basura. No recuerda detalles, pero de la misma manera en que yo me aferro a mis recuerdos, ella se aferra a su maldad. Paso de ella y continúo con mi escaneo. En la fila de la izquierda contigua a la ventana están Martha Brooke y Patrinix Anouk como siempre juntas, sus manos entrelazadas por encima de la mesa y ese brillo en sus ojos que reflejan pura autenticidad.

Algo se despierta en mi interior, conozco el sentimiento porque he leído sobre él, nadie sabe esto por supuesto, ya que visitar la biblioteca está estrictamente prohibido. Una regla estúpida si me lo preguntan, quiero decir ¿Para qué otra cosa podrían tenerla? Porque eso de que “se trata de un monumento nacional“, no me lo trago.

Sacudo mi cabeza, ignorando el discurso sobre respeto de Liese y vuelvo a posar mi atención en Martha y Patrinix, mi pecho se contrae. Es horrible lo mal que se siente... no lo sé, es como si tuviera un hueco repleto de concreto, porque ejerce una fuerte presión y se me hace difícil respirar libremente. Me siento obstruida. Desgraciadamente las mismas sensaciones, se repiten en mi corazón.

Martha ahora descansa su cabeza en el hombro de Patrinix y ésta ha comenzado a acariciar su cabello con su mano izquierda, parecen perdidas en su propio mundo. Al

igual que yo, no prestan atención a la profesora, sin embargo yo tengo razones muy distintas y es ahí cuando el sentimiento sobre el cual he leído comienza a canturrear en mi cabeza.

«Envidia».

Supongo que podríamos llegar a ser amigas, si no tuviera la certeza de que mañana me tratarían como a una más del montón. Nadie, a excepción de nuestras compañeras de habitación puede desarrollar una memoria a largo plazo, y ni siquiera es tal cosa, la verdad es que dichos recuerdos consisten en mantener información básica de la otra para así evitar interrogatorios, malos entendidos, hasta gritos colectivos cuando en cada amanecer, nos encontremos con una extraña dormida a nuestro lado. De modo que... sí, puede que nuestras compañeras de cuartos manejen más información, pero es algo así como una ficha básica sobre la otra: edad, nombre, etcétera.

La amistad es una anomalía. Una extravagancia. Aunque en ocasiones sí se da, como parece ser el caso de Martha y Patrinix. Da la impresión que cada vez que despiertan se ven y deciden que todo irá bien, que no importa lo rápido que el reloj marque las doce, están determinadas a volver a encontrarse, conocerse...

Dejo escapar un suspiro, es bastante idiota pensar así, yo soy la que está rota, no ellas. Ni siquiera debería juzgar, ellas están bien, siguen adelante, continúan con sus vidas. Aún así las envidio, porque estamos destinadas a recordar lo necesario y mientras vamos creciendo, nuestro cerebro añade datos esenciales para actuar de acuerdo a la edad cumplida, de otro modo La Grata estaría llena de ancianas actuando como niñas.

Vuelvo mi rostro hacia Ceca, quien se sienta una fila por delante de la mía. Pese a que no somos compañeras de banco, nos llevamos bien. Bueno, cuando no despierta con aires de grandeza, aunque eso no pasa muy a menudo. Cecania Egbert, es traviesa y divertida, no le tiene miedo a las reglas, prueba de eso fue su indecoroso bostezo en medio de la clase de Religión, en eso se parece a mí, y lo cierto es que la prefiero cien veces más, ante a la persona con quien comparto mi pupitre.

Emil, mi compañera de cuarto y clases, La veo más de lo que desearía y en cierto modo es ella quién me ha convencido de que mi actuar está mal. Recuerdo la primera vez que la odié y con eso me refiero a que estuve realmente enojada; fue un día después de mi cumpleaños número ocho. Al ser mi compañera de habitación, Emil estaba al tanto de esas fechas, como dije antes, las compañeras de habitación retienen más datos sobre la otra que del resto de las personas.

Yo estaba tan emocionada que en aquel entonces no estaba segura de ser capaz de contener el sentimiento en mi pecho, Emil me había regalado un precioso llavero hecho con sus propias manos, de lana y diente de león. Era magnífico, tenía dos ojos y una boca, no le hizo nariz, porque no estaba segura de si los gatos tenían una o no,

tampoco yo lo estaba, así que su regalo me pareció fenomenal.

Por eso, cuando al día siguiente me preguntó qué era “esa cosa” que tenía en mis manos no pude hacer otra cosa que gritarle que se metiera en sus asuntos y me dejara en paz. Fui todo lo madura que podía llegar a ser una niña de ocho años.

Lo peor fue que después de ignorarla todo el día, y de paso, sentirme podrida, al día siguiente ella despertó como si nada hubiera pasado, de modo que mientras Emil vivía en su mundo de indiferencia, yo sólo acumulaba más y más amargura.

Es por eso que prefiero a Cecania, hablar con ella duele menos, porque no la conozco lo suficiente para que su falta de recuerdos me dañe. Emil en cambio, sabe todo de mí y aún así, es como si no me conociera. Miro de reojo a Liese, sus mejillas están atiborradas de carmesí, pura ira, tanta que casi puede olerse.

—Lo siento —se excusa Ceca, pero la sonrisa de su boca la delata, escucho un suspiro cabreado y miro hacia mi lado, Emil por supuesto. No es un misterio para mí que no se llevan bien. En un momento llegué a creer que yo era la causa, que tal vez... ¡Imposible!, no tengo tanta suerte y los celos son algo que Emil no conocería ni por error.

—Que no se repita —le advierte Liese con una mirada preventiva, mientras dice esto su rostro me parece demasiado fino e infantil para la crueldad que la caracteriza.

A Ceca no le queda otra que asentir, bostezar en religión es casi tan aberrante como rayar los retratos de nuestras mártires.

—Bien, como les decía antes de que fuera groseramente interrumpida. La mujer es el único ser vivo tripartito: alma, cuerpo y espíritu. Renace de sus cenizas y es capaz de procrear por sí misma.

—No sé qué mierda tiene que ver esto con religión —me susurra Ceca, girándose hacia atrás y estirando el cuello para que pueda verla. Tiene una linda tez, del color de la canela y la arena seca. A menudo me pregunto cómo se sentirá tocarla. ¿Será como la mía?

Ahora que lo pienso, esto no es probable. Yo soy todo lo contrario, tengo una piel blanca, tan blanca como la leche, por lo general traigo mi cara cubierta por un centímetro de bloqueador, de otro modo me llenaría de ampollas.

—Ni siquiera habla de Diosas.

—Diosa —le corrige Emil y puedo ver, por la forma en que retuerce el bolígrafo en su mano, que no le agrada para nada Cecania. Aunque esto último yo ya lo sabía.

—Diosa —repite Ceca, moviendo sus labios con torpeza y todavía susurrando. Puedo ver que le cuesta digerir esa palabra, me pregunto el porqué.

—¿Han tenido suficiente allá atrás? —reacciono saltando en mi puesto cuando distingo la voz de Liese, y

esta vez, las tres enfocamos nuestra mirada en la pizarra y no volvemos a dirigirnos la palabras hasta que acaba la clase.

Horas más tarde, mientras estiro las mantas para poder acostarme, vuelvo a pensar en lo que dijo Liese luego de ser interrumpida por el bostezo de Ceca. Tal vez sea cierto, oí su discurso tres veces en la última semana. De hecho, fueron sus palabras las que me impulsaron a huir de La Grata.

«La mujer es el único ser vivo tripartito: alma, cuerpo y espíritu»

Escondo mi cabeza bajo las mantas, es un acto masoquista, porque hay cerca de treinta y cinco grados, pero incluso en tardes como estas, cuando el sol se comporta como un tirano e ilumina todo a su paso, me siento perdida en la oscuridad.

—¿Aya, estás bien? —me llega su voz desde la cama vecina y por poco olvido que Emil se encuentra aquí, a mi lado, a escasos centímetros de distancia, pero a la vez tan lejana como lo podría estar la constelación de Orión. Nunca he podido ver bien la silueta en el firmamento, pero según cuentan, él fue el primer hombre.

—¿Aya...?

Doblo mis brazos y piernas hasta quedar en posición fetal intentando que el miedo no me invada, no está bien. Apenas y tiene sentido, pero las palabras de la profesora están tan latentes. Sólo Liese tiene el don para enviarnos a casa con pesadillas aseguradas.

Aunque quizás. No, pero... ¡joder! ¿y si es verdad? ¿Y si realmente se trata de reencarnación?

En sus palabras, la reencarnación solía ser la creencia de que la esencia individual de las personas (ya sea mente, alma, conciencia o energía) adoptaba un cuerpo material no sólo una vez, sino varias.

Pienso en Emil, en Cecania, incluso la engreída de Jarvia y las pistas están ahí, todas frente a mí, aunque me duela aceptarlo.

Es como si reencarnaran a diario. Hay veces en que son tímidas, al siguiente día son osadas. Por supuesto, esto no se trata de volver a vivir en un cuerpo diferente, sino del mismo cuerpo, pero una personalidad distinta en cada ocasión.

—No puedo creer esto —murmuro contra mi almohada negando—, no lo acepto.

Siento algo moverse junto a mí, es Emil y me hago a un lado porque la verdad es que no me molesta que se acomode junto a mí, a veces lo hace.

—¿Qué va mal? —pregunta y me gustaría decirle que todo, que yo estoy mal, que el resto del mundo me hace daño... porque son felices, son felices sin mí y duele saber que para el resto no eres nadie, duele saber

que eres tan prescindible como un diente de león y mientras siento una gota tibia deslizarse por mi mejilla, todo en lo que puedo pensar es en que necesito salir de aquí.

02:00

Cuando me despierto, estoy sola.

Ayer, mientras escuchaba a Emil dormir y yo fingía hacer lo mismo, me pregunté si ella soñaría conmigo. Creo que puede ser posible, ella habla dormida, se ríe y de vez en cuando deja escapar unos suspiros. Quisiera que alguna de sus risas fueran por mí, quisiera importarle la mitad de lo que a mí me importa ella.

Con un suspiro largo me levanto de la cama, si hubiera dormido las ocho horas que corresponden no estaría así de cansada. Hago una mueca cuando entro al baño de mi cuarto y veo mi rostro en el espejo.

Tengo unas ojeras del tamaño de mi boca.

—Gracias Emil —murmuró malhumorada mientras cepillo mis dientes, pero sé que no es su culpa, ella sólo fue a mi cama a consolarme, a reanimar mi ánimo, bastante bajo por ser una maldita rareza.

«Maravilloso»

A veces hace cosas como esas, tiene gestos tan tiernos que me hacen pensar que tal vez me recuerde, que tal vez... sólo tal vez le importo. Pero no es posible.

Además, no es culpa suya que yo me pase las madrugadas al pendiente de su sueño, lo que dice o deja de decir, el modo en que arruga su entrecejo o incluso los hoyuelos que se forman en su redonda cara.

Sacudo mi cabeza.

Pensar en su rostro hace que le preste atención al mío. Mala idea. Emil y yo somos polos apuestos. Donde ella es fina yo soy tosca, si ella es blanco yo soy negro. Mi cabello es cobrizo, más cercano al tono miel que al de una zanahoria. Tengo pecas por doquier, mejillas, nariz, hombros y espalda. Además, mis ojos son violeta como la piel de una lagartija, hay montones de ellas en la Grata, grandes, pequeñas, de todos los colores posibles y las veo recorrer los muros intentando alcanzar el sol, volviendo con mis ojos, tienen un sesgo anómalo en la zona donde deberían formar una almendra, es casi como si hubieran querido extenderse hasta salir de mi rostro, pero la línea natural de mi fisonomía no se los permitió.

De todos modos, la mayoría de las profesoras dice que soy hermosa, lo terrible del asunto es que se supone que todas lo somos, pero a mí no me parece así. Quiero decir, la cara de Jarvia se me hace fea, una vez lo admití en voz alta y tuve la mala suerte de que Adelfried me descubriera, ella me obligó a acompañarla a su oficina en dónde me repitió, al menos diez veces que la belleza va por dentro.

«Somos mujeres Aya y nuestra alma es lo más valioso. A diferencia de los hombres quienes, a pesar de su aparente atractivo, solían ser seres malévolos y la naturaleza siniestra de su alma fue lo que finalmente terminó por volverlos horriblos en el exterior»

O lo que los transformó en bestias...

Desvío mi rostro del espejo. A fin de cuentas, mi cara no es algo que me importe, y menos mi frente, que parece dos veces más grande de lo normal.

Me apuro en tomar una ducha y cuando regreso a mi cuarto soy sorprendida con una bandeja con el desayuno.

—¿Y eso? —pregunto, porque a pesar de que sé reconocer las tostadas y el jugo de naranja, no sé qué significa aquel gesto.

Generalmente, comemos todas juntas en el comedor, nunca en las habitaciones.

—Es tu desayuno —me indica Emil encogiéndose de hombros. Algo en sus ojos no va bien, probablemente sea idea mía, pero de todas maneras le pregunto.

—¿Te sientes bien?

Emil se queda viéndome confusa, sus ojos celestes más sabios de lo habitual. Muerde su boca como dudando y camina hacia mí. Sus manos se mecen a sus costados y parece que quiere tocarme. Me pregunto el porqué.

Observo su cabello rubio caerle por un hombro, está húmedo al igual que el mío, sólo que yo lo llevo varios centímetros más largo, rozando mi cintura; el de Emil se limita a un corte recto a la altura de sus hombros.

—Te has duchado antes que yo.

—No —sus labios apenas se han movido para decirme eso. ¿Estará enojada conmigo? Eso sería algo nuevo y también absurdo, no tan temprano al menos. Necesitaría de al menos una hora para generar recuerdos y alguno de esos, tendría que ser uno malo para que la hicieran molestarse conmigo.

—¿No te has duchado o no te sientes bien?

—No me siento bien

Tal vez la golpeé mientras dormía y se cayó de la cama, esa parece una razón lógica. Salvo que cuando la vuelvo a mirar no luce para nada molesta sino triste. Sigue cerca de mí y comienzo a preocuparme...

—¿Por qué quieres tocarme? —le pregunto sintiendo mis cejas unirse. Emil eleva las suyas y abre su boca en una gigantesca O.

—No lo sé.

—¿En serio?

Ella asiente.

—Parecía correcto.

—¿Tocarme? —le pregunto asombrada, pero la curiosidad supera la sorpresa inicial y me acerco a ella, quien se ha detenido justo a dos pies de mi cama, donde dejó la bandeja con mi desayuno.

Tomo sus manos entre las mías, han comenzado a temblar.

—¿Qué te pasa?

Ahora estoy preocupada, hay un pequeño rubor en sus mejillas.

—¡Tienes fiebre! —Seguro es eso, pero cuando me giro para salir de la habitación y buscar ayuda, siento su mano aferrándose a mi brazo y arrastrándome de vuelta hacia ella, hacia su cuerpo y entonces tengo su boca sobre mí.

Sus manos tan aferradas a mi piel como podrían estarlo dos piezas ensambladas. Me alejo de ella, sobando la zona de mi mejilla donde sus labios dejaron restos de saliva.

—No tengo fiebre —dice mordaz con su mandíbula en alto y es extraño el modo en que todo su cuerpo ha cambiado. Ya no parece Emil, mi compañera de cuarto, sino una cosa extraña que planea abalanzarse sobre mí a la menor provocación.

Lo que me recuerda...

—Emil —dudo, luego trago el nudo en mi garganta y empujo la pregunta fuera de mis labios, se lo debo—, ¿qué edad tienes?!

Incluso antes de oír su respuesta, las cifras han comenzado a tener sentido en mi cabeza, las fechas, el día de hoy.

Su cumpleaños.

—Diecisiete

«¡No!», grita mi mente justo cuando un cúmulo de imágenes comienza a transitar por ella, me digo que no es posible, que no es real, salvo que lo es. Pillo a Emil llevándose una mano a la boca, tocándose. Joder, no.

—¿Estás segura?

Ella eleva una ceja.

—Creo que estoy bastante segura de la edad que tengo. Lo que por si lo has olvidado, me hace dos años mayor que tú.

¿Qué anda mal contigo, Aya?

Conmigo nada, a excepción de mi habitual desperfecto, Emil en cambio... Rayos no, su cumpleaños no debía llegar tan rápido.

Pestañea molesta mientras comienzo a dar círculos por nuestra habitación, su actitud tan... cercana, tan anormal.

¿De qué me sorprendo?! Ella ya ha entrado en estado fértil, se supone que actúe así. Son los síntomas. Demonios.

—¿Tienes algo que quieras decirme? —, pregunta aún irritada, asumo que es porque notó la comprensión en mi rostro.

No quiero que se sienta incómoda ni irritada, no quiero que se sienta mal. Punto.

Camino hacia ella sin pensármelo dos veces y le devuelvo el beso. Es menos fuerte que el de ella, no quiero que su mejilla quede manchada de baba como la mía, pero el gesto se entiende.

—Te quiero —le digo, porque sé que mañana no lo recordará. Incluso cuando mis palabras las siento de verdad, no las he dicho por ello, sino porque parece ser la última oportunidad que tengo para demostrarlo, no se trata de que yo necesite

hacérselo saber, sino de que nos queda poco tiempo, sólo semanas o incluso días.

Esto es por ella no por mí.

—Pero, yo pensé...

—¿Qué pensabas? —Esta vez estoy curiosa mientras que espero una respuesta, pero su respuesta no llega nunca.

Ella se lleva el dedo pulgar hasta la boca y comienza a morder su uña, es un gesto que ha tenido desde siempre. Antes creía que éramos iguales, si ella podía mantener el mismo tic nervioso de su uña por cada día que renacía, tal vez significaba que inconscientemente era capaz de recordar algo. Me tomó ocho años comprender que no funcionaba de ese modo.

—¿Has dicho algo?

—No, nada... Vamos a comer.

—Aya, al menos vístete antes.

Bajo mi vista hacia mi cuerpo, recordando que he salido de la ducha con sólo una toalla.

—Te olvidaste de mi cumpleaños —adivina Emil, una vez que me he vestido y comemos nuestras tostadas y jugo.

—No es eso, sólo me tomaste por sorpresa. Se supone que yo debo darte regalos en tu día y no al revés.

Se encoge de hombros como si se tratara de algún tema trivial en lugar de su cumpleaños número diecisiete...

—Sólo me levanté más temprano de lo habitual y convencí a las hermanas para que nos dejaran desayunar en la habitación —sonríe mientras me pone al día—. Les dije que no me sentía bien, no era realmente una mentira..

—Lo sabía, ¿Te boté de la cama mientras dormía?

Ella deja escapar una risita.

—No seas exagerada —se ríe entre dientes, algo inaudito en ella..

—Emil... —le advierto.

—Sólo un par de codazos —acepta—, nada demasiado grave.

—Sabes que tengo mal dormir, no deberías colarte en mi cama.

—Supongo que lo olvidé —No luce como alguien que ha olvidado.

Se me queda viendo más tiempo de lo normal, podría jurar que recuerda algo.

—¿No estás nerviosa? —le pregunto, es un intento por cambiar el tema. No es sano para mí continuar con las esperanzas de que alguien, aparte de mí, recuerde algo.

—¿Debería? —pregunta con voz firme.

Me doy cuenta, ha vuelto la Emil de costumbre, segura de todo y casi condescendiente. Por lo general es bastante impaciente, por lo que me asombra ver que espere en silencio mientras que yo busco qué palabras decir.

—Me refiero a si deberías tener miedo por lo que te espera. Pues, no quiero asustarte, pero no tienes idea de qué rayos es.

—Traer niños no es tan difícil, ya sabes. Incluso Jennifer sobrevivió.

—¿Olvidas lo que pasó con su hija?

—¿Te preocupa más la bebe que yo? —Hay desazón en su rostro cuando eleva su voz. Yo niego rápidamente, porque he notado que sus cejas casi blancas comienzan a juntarse.

Jennifer es un caso especial, fue la madre más joven de la historia, pero su final no es bonito. No quiero que Emil se enoje, pero algunas cosas necesitan ser dichas.

—Para ser sincera, lo que me preocupa es tu falta de preocupación.

Espero por su respuesta y cuando ésta llega, me deja sin habla, por unos segundos.

—Es sólo reproducción, no veo porque armas tanto lío.

Esta es una de esas ocasiones en las que comenzaría a contar esperando el final del día, de los recuerdos, los problemas, pero estoy demasiado molesta para ser paciente, así que llego al cien de diez en diez.

«Setenta, ochenta, noventa...». Cuando finalizo, me doy cuenta de que es apenas de mañana, no llegarán las doce y, por mucho que esta vez añore como nada el reseteo diario, sé que éste no llegará.

Frente a mí, Emil continúa intacta, observándome a la defensiva.

—¡Es una vida! —escupo con furia, ya sin deseos de comer ni beber el maldito zumo de naranja.

Reproducción y una mierda, se trata de traer una vida al mundo... a La Grata, a los árboles, a la tierra. Se trata de una Emil pequeñita corriendo por los pasillos. La reproducción no es algo para banalizar al punto de rebajarnos al nivel de una mosca, y que me perdonen las moscas, pero Emil está en un error.

Me levanto de la mesa arrastrando la silla y casi me detengo cuando la oigo responder en un hilo de voz:

—Una vida que no pedí traer.

03:00

No veo a Emil por el resto de la tarde, en cambio me entretengo con Cecania gastándoles bromas a las chicas de los niveles básicos.

Ella es bastante buena con las bombas de humo, sólo necesita robar los cigarrillos de alguna hermana y romper en trocitos pequeños una pelota de ping-pong para hacer magia asustando mocosas.

Estamos todavía intentando reponernos del ataque de risa que nos provocó ahuyentar a esa rubia cuando la veo venir. Sus labios pintados de un carmesí exagerado y los ojos tan verdes como los de un reptil. Nunca he entendido su necesidad de usar tanta cosa en la cara, en serio... no tiene sentido.

—Pero miren que bonito, un par de adultas asustando a las más pequeñas. ¿Muy maduro eh? —pregunta Jarvia, su voz monocorde y chillona.

En lo personal, no me considero adulta, apenas he cumplido los quince. Y esa ruba no tiene nada de pequeña; la sorprendimos fumando en el baño así que dejamos caer la bomba por la ventana, de hecho, aterrizó sobre el retrete donde tenía apoyado su bolso.

¡Ni siquiera le dañó el cabello!

—Metete en tus cosas —le advierte Ceca, en cambio yo me quedo callada, más que nada porque tiene razón. En honor a la verdad, Jarvia Roth generalmente la tiene, lo que sólo logra que me caiga peor.

—¿Mis cosas? —la aludida voltea sus ojos, el cabello rojo cayéndole por los hombros y unas diminutas trenzas más largas que el resto de su melena, le rozan los hombros—. Estamos en La Grata, no hay tal cosa como las tuyas o las mías.

Si una tiene problemas, entonces todas tenemos problemas.

—En serio, si ese es tu modo de decirnos que dejemos de divertirnos, la empatía se te da muy mal.

Cubro mi boca para no soltar una risa, pero en serio, no es fácil. La cara de Jarvia no tiene precio.

—De todos modos, no veía para eso, sino para avisarte a ti —me apunta con su estrafalario dedo índice, lo trae tan lleno de anillos, que me pregunto cómo rayos no se tuercen—, que tu compañera te necesita.

—Emil... —de forma involuntaria, su nombre escapa de mis labios en un hilo de voz. Rápidamente me repongo de la sorpresa y pregunto:

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, ahora sí estás más interesada en oírme ¿Cierto?

Ceca la toma del cuello antes de que yo pueda decir o hacer nada para impedirlo. Luego, la azota contra la pared tan duro que la idea de que pueda romper su cráneo se me pasa por la mente.

Me asusto y pienso en intentar ayudar, pero entonces recuerdo que se trata de Emil y necesito saber sobre lo que Jarvi está al corriente...

—Di lo que sabes de una maldita vez —escupe Ceca y yo descubro que no soy la única que maldice.

Jarvi balbucea algo sobre período de gestación y ciclo fértil entre otras cosas, pero yo sólo he prestado atención acerca de que se la han llevado, en realidad no necesito más información, sé perfectamente a qué se refiere.

Se han llevado a Emil porque entró en estado fértil, al igual que todas nosotras al cumplir los diecisiete. A mí todavía me faltan dos años para salir de aquí, para que me encierren, porque eso es lo que hacen contigo. Aún cuando lo hagan parecer como algo bueno, son nueve meses en la gran torre apartados de todo, supongo que cuando no recuerdas el día anterior la cosa no se hace tan larga aunque no por eso, menos difícil.

Para el resto es un día, sólo veinticuatro horas alejada, para mí serán nueve meses sin saber de ella. A Emil se la han llevado para iniciar su período de gestación, es probable que la vuelva a ver cuando acaben esos meses. Pero es todavía más probable que no la vuelva a ver más.



04:00

Al llegar, noto dos cosas. Lo primero es la falta de ventanas en las paredes y lo segundo, es que no soy bienvenida.

Apenas han pasado veinte minutos desde que Jarvia me dio la desagradable noticia, podría haberme tardado menos de haber perdido el tiempo escabulléndome por el patio trasero, pisando las petunias sagradas que cubren las tumbas de las mártires de otros tiempos.

«Nota mental: cuando todo este caos haya pasado, formular una oración»

La Grata cuenta con cuatro secciones fundamentales, hacia el norte, está la zona residencial, que es básicamente donde todas vivimos. La zona central, ahí se encuentran los focos de abastecimientos, el hospital, etcétera. La gobernación, ubicada al sureste del las residencias y por último, los cuartos de iniciación, habitaciones donde dirigen a todas las novatas. Estos están ubicados al Este y colindan con los jardines sagrados, también conocidas como las “Puertas Divinas” y que llevan al bosque, lugar donde habitan toda clase de criaturas salvajes, la mayor parte de ellas hambrientas de carne humana.

Por supuesto, los bosques están más allá del territorio permitido. Lo sé porque asistí a esa clase de biología por tres semestres consecutivos, hay un montón de otras cosas que nos enseñaron, pero sólo me aprendí lo que parecía interesante.

—No está en ti decidir eso —me responde Elune Alexander, la encargada de las novatas, cuando le pregunto si Emil puede saltarse el proceso de fecundación.

Se ha sabido de casos, Ambar Mirto por ejemplo, solía hablar a los cuatro vientos de la fuerza femenina y lo esencial que éramos en el desarrollo de la especie, al menos hasta que le llegó su turno. Cuando cumplió los diecisiete sufrió una crisis nerviosa, aunque yo lo llamaría locura.

De todos modos, no permito que eso me desmotive, sé que hay otra salida, siempre la hay.

—¿De quién es la decisión entonces?

—No es cuestión de elección —aquí vamos de nuevo—. Traer una vida al mundo es algo mayor a cualquier cosa que conozcas. Es lo que somos, para lo que fuimos hechas. No es como...

—No es como escoger un par de zapatos —la interrumpo y luego añado—, o un grupo musical. Lo pillo —pero la verdad es que conozco el discurso de memoria, no es primera vez que lo oigo, pero sí la primera que me importa, realmente lo hace, más que cualquier otra cosa.

—¿Entonces? —su voz es gentil, pero sus ojos no tanto. Suspiro ya no tan confiada cuando veo una determinación desconocida en la expresión de Elune.

—Supongo que tampoco depende de Emil, ¿cierto?

Es ahí cuando ella eleva sus finísimas cejas claras, lo hace tan alto que su determinación es reemplazada por curiosidad. A pesar de ser joven, como la mayoría de las mujeres en La Grata. Sé que es mayor de treinta porque ocupa este cargo desde que tengo conciencia y me doy cuenta de que no quiero seguir leyendo las expresiones de su rostro. Si bien no está prohibido visitar las instalaciones, sí que lo está intentar sacar a una de las novatas.

—Ya es hora del almuerzo —me avisa, pero sé que su intención es totalmente opuesta a lo literal de su frase: haz el favor de retirarte. Lo que tampoco está mal, quiero decir, comparado con las maldiciones que se me escapan de vez en cuando. Asiento como la chica normal que no soy y me doy la media vuelta fingiendo avanzar hasta la salida de las instalaciones del centro.

Cuando salgo, en lugar de juntarme con Ceca, quién quedó de esperarme en el comedor para contarle la actualización de las noticias, me quedo escondida entre las petunias, están tan crecidas que me cubren por completo, lo que me viene muy bien, porque soy bastante grande.

—Hay una salida —murmuro para mí—. Tiene que haberla...

Pese a que las flores alcanzan casi el medio metro, temo que, debido al color cobrizo de mi cabello, éste resalte entre el follaje. Es como la miel, en definitiva para nada similar al morado-rosa de los pétalos o el verde de las hojas y tallos que me rodean, por lo que me entierro todavía más entre las matas.

Horas más tarde, cuando por fin cae la noche y mi estómago ya ha comenzado a sonar, salgo de mi escondite.

Sacudo el barro que se ha adherido a mi cara, camiseta, rodillas del pantalón, y uñas, pero éste continúa ahí, tan pegado que no sé si podré sacarlo alguna vez.

De repente oigo unas voces, vuelvo a mi pose anterior y observo a Elune y otras enfermeras salir por la puerta, no usan su habitual delantal color lavanda, sino ropa de trájín. Supongo que, por la hora, eso es normal. Ya debe haber acabado su turno.

Meto la mano en mi bolsillo y saco el reloj. No ha vibrado, lo que significa que aún tengo más de media hora, pero de todos modos veo las manecillas del reloj.

21:10

La población de nuestra ciudad trabaja desde muy temprano, para aprovechar cada hora del nuevo día. Hay tanto por hacer. En algún momento me pregunté cómo rayos eran capaces de recordar tanta información respecto a sus respectivas profesiones y no ser capaces de mantener lazos emocionales perdurables a través del tiempo, recuerdo que cuando fui capaz de hacer esa pregunta en clases, quedó todo en silencio, cómo si esa omisión fuera en aprobación a mi osadía. Segundos después, estallaron en preguntas.

Sobra decir que ni la propia Adelfried, «Adel», me corrijo mentalmente, tuvo respuestas para eso.

En todo caso, no me preocupa, no es algo que me afecte directamente, hay cosas que sencillamente no tienen explicación, como la existencia de una Diosa... o la supuesta existencia del “Libro Sagrado”, jamás he visto uno, lo poco que he leído se resume a libros históricos y un fragmento perdido de los gatos monteses.

En cuanto las veo desaparecer, me apresuro en ingresar a la consulta. El pasillo donde me recibieron antes se encuentra oscuro, me sorprende que no hayan cerrado la puerta, pero de nuevo ¿Quién sería capaz de ingresar acá sin permiso?

Sólo alguien jodidamente estropeada, como yo por ejemplo.

Mis pasos hacen crujir la madera del suelo, pero no me importa, si me atrapan fingiré que me perdí, o mejor aún, que me duele la barriga.

Lástima que esta no sea la enfermería, sino los cuartos de iniciación, pero se parecen bastante. Olor a antiséptico, mujeres con delantales.

Retengo el aire cuando mi camino termina y me encuentro frente a dos puertas enormes forjadas en hierro, imagino que tras ellas hay un sinfín de posibilidades: un túnel negro, o varias camillas con chicas descansando, Emil entre ellas.

Sujeto la manilla con fuerza, no abre, pero vuelvo a intentar. Al otro lado puede estar Emil, creo que está. Tengo un presentimiento, uno fuerte. Es probable que sea un efecto secundario de mi anormalidad, o también, puede que esté loca.

Adel dice que la locura es un mito, como el “Libro Sagrado” o como la bondad de los hombres.

Sacudo mi cabeza dos segundos después de darle a la puerta con mi pie.

—¡Por favor! —grito intentando abrir, porque quiero ver a Emil, necesito decirle tanto. Ella tiene que saber que lo siento, que no la culpo por no desear ese bebe. Tengo que pedirle perdón, no sé por qué, pero tengo que hacerlo. Y me doy cuenta de que estoy llorando.

Me resulta extraña la forma en que mi cuerpo funciona, no recuerdo haberme golpeado, a excepción de mi pie cuando chocó contra el hierro de la puerta, pero ni siquiera dolió y sin embargo, no puedo dejar de llorar, mientras mis manos golpean el metal y mi pecho se deshace en gritos, sigo llorando. Cuando algunas de las encargadas del centro, sienten el caos, se apresuran en llegar hasta donde estoy, pero no me importa.

No me interesa que me vean acá, ni lo que puedan decir o hacer, porque mañana nadie recordará nada de esto. Nadie me criticará por lo que sucedió, nadie salvo mi corazón, que sigue llorando y ardiendo de culpa, porque es mi culpa.

No sé cómo ni por qué, pero de algún modo, es como si Emil estuviera mucho más indefensa que yo, a pesar de ser mayor.

—¡Aya, ven! —me apresura una desconocida, aferrándose a mi brazo, es demasiado pequeña para tratarse de Cecania, quien es varios centímetros más alta que yo, y demasiado amable para ser alguien de la gobernación.

—¡Déjame! —le grito. Su toque me ha provocado repulsión y su vistoso maquillaje me provoca arcadas, pocas cosas provocan esto en mí: los perros y la leche, pero esto último es por mi intolerancia a la lactosa, lo de los perros aún no me lo explico. Es una pena, porque es la única mascota que nos permiten tener. Mis arcadas regresan cuando veo a Jarvia sonreírme satisfecha—. ¿Qué quieres?

No me seco las lágrimas que surcan mi rostro, no me da vergüenza llorar, sino mentir y robar, pero de todos modos lo hago todo el tiempo. Miento para parecer normal y robo las memorias del resto, si a ellos no les importa mantenerlas, no veo porqué les importará que las yo las conserve.

—¿En este momento? —Gira hacia el pasillo, donde unos rayos dorados comienzan a serpentear. Maldición, ahí vienen con sus linternas otra vez—. Salir de aquí, luego... pues no me molestaría que me dieras las gracias. Pero lo primero es lo primero.

Y lo siguiente que sé es que estoy siendo arrastrada del brazo por Jarvi, algo difícil cuando le llevo varios centímetros de ventaja, pero lo más increíble es que confío, de algún modo ya no me molesta escucharla. Tal vez sea porque no tengo nada que perder.

Nos detenemos frente a una puerta de cristal, cuando me acerco con la intención de tocarla, Jarvi me detiene; a continuación sujeta mi mano y niega. Estoy lista para responderle algo rudo, porque puedo estar aceptando su ayuda, pero justo cuando me apresto a abrir la boca ella saca un fierrito de algún lugar imposible entremedio de su escote y lo mete en la cerradura de la puerta.

La maldita cosa se abre y casi puedo oler el perfume de Emil en la habitación.

05:00

Cuando el pórtico se abre, casi puedo oler el perfume de Emil en la habitación. Me detengo e inhalo más profundo mientras cierro los parpados saboreando el olor. Y así, aún con los ojos cerrados, soy capaz de ver su rostro, también puedo sentir la suavidad de su piel bajo mis dedos, porque en mis recuerdos ella es suave como la seda y cálida como las mañanas en verano.

Sin embargo, por detallados que sean mis recuerdos, no puedo cambiar lo real, lo tangible, y en este mundo palpable, cuando abro mis ojos no veo señales de Emil. Pero estuvo aquí, lo sé, la fragancia a hierbas así me lo dice.

Contengo mi decepción cuando noto pánico en los ojos de Jarvi. Y en estos momentos quiero decirle que su ayuda es una mierda, quiero maldecir sin importar lo que ella piense, pero sobre todo, quiero volver a llorar y ahora, mientras empuño mis manos a mis costados y siento el interior de mi nariz cosquilleando por contener mi tristeza, sucede lo imposible.

Jarvi se lleva las manos a la boca luciendo asustada, pidiéndome silencio y por segunda vez en menos de veinticuatro horas, yo le hago caso, porque la verdad es que no se me ocurre, pero guardar silencio parece una mejor alternativa que comenzar a llorar.

Siento ruidos en el exterior, han venido más personas. Saco el reloj de mi bolsillo, sólo para darme cuenta de que no hay nada, no entro en pánico, ya que no debe ser tan tarde si aún quedan guardianas diurnas por aquí.

Existen personas, como las guardias por ejemplo, que manejan los horarios a la inversa que el resto de nostras y en lugar de que sus cerebros sean formateados a las doce de la noche, son formateadas a las doce del día, Por supuesto, trabajan por turnos, estas por ejemplo, son diurnas, lo sé por el sonido de sus pisadas.

Si se tratara de guardias nocturnas, apenas y las oiría, son como sombras, no las ves, ni las sientes. Me he encontrado con vigías, como solemos llamarlas, en una de mis noches de insomnio, fue hace mucho tiempo, pero algo recuerdo... Esto de ser una chica con fallas, tiene más cosas malas que buenas, sin embargo, pero una de las cosas positivas es que puedo cuestionarme todo, a decir verdad, tampoco es tan bueno, ya que jamás encuentras respuestas y menos sentido a nada y al final del día termino sumida en una depresión.

Las pisadas resuenan cada vez más fuerte sobre las baldosas y el sonido desencadena en mí una serie de emociones. Primero, miedo, por supuesto, sé que si me atrapan acá, estaré en serios problemas, pero luego razono de que no estoy realmente segura de qué tan serios éstos puedan ser. Vale, me atrapan en propiedad privada después del toque de queda ¿Y luego qué?

Lo que me lleva automáticamente a mi siguiente emoción, curiosidad. Por lo

general no soy entrometida, a pesar de que sé más cosas que el resto, he vivido mi vida intentando ignorar lo que no parece correcto, lo que no luce normal, pero en este instante, mientras escucho las pisadas acercarse y mi corazón bombear más deprisa, sé que tengo que hacer algo: no ser descubierta, no aún, antes debo encontrar a Emil.

Los siguientes minutos son los más largos de mi vida, movimientos bruscos por aquí y por allá, rayos de luz zigzagueando a través de las paredes y siluetas esbeltas dibujándose una tras otra rebasando el cristal de la ventana.

Llevo una mano mi boca, como si mi respiración pudiera ser suficiente para que nos puedan atrapar, cosa que si lo piensas bien, es bastante probable.

—¿Siempre escondes cosas ahí? —pregunto a Jarvia una vez que el peligro a pasado y la observo sacar una pastillita blanca de su escote y observarla con una determinación letal.

—Sólo la mayor parte del tiempo —responde sin dejar de ver la esfera blanca.

—Me trajiste aquí para esconderme.

Ella niega antes de que termine mi línea.

—Nos traje aquí para salvar nuestro pellejo.

—¿Nuestro pellejo? —frunzo el ceño, nunca antes he oído esa expresión.

—Nuestras vidas —se corrige cabreada.

Ahora que lo veo, su look de siempre parece más desordenado de lo normal, como si no le hubiera tomado un montón de horas ordenar sus trenzas, como si la maldita masa de su cabeza fuera natural.

Al cabo de unos minutos salimos en silencio de la habitación, sólo por si acaso. Un sinfín de ideas, la mayor parte de ellas dudosas, revolotea en mi cabeza: «¿Podré huir?, ¿Será realmente necesario?»

Si lo hice antes, no veo por qué no conseguiré lograrlo ahora, excepto que de todos mis intentos, jamás he salido airosa. De ninguno.

—¿Qué hacías ahí? —escupe molesta, moviendo su cabeza en dirección al establecimiento que acabábamos de abandonar. Me pregunto si será seguro decirle lo que hacía, lo que planeaba hacer antes de colapsar.

—¿y tú?

—Responder con otra pregunta es grosero

—¿Quién lo dice?

—La persona que te salvo la vida, por supuesto.

Volteo mis ojos y me doy la media vuelta en dirección al bosque, sin importarme pisar las petunias, lo que me recuerda.

—¡Virgen! —me arrodillo frente al jardín y comienzo a orar en voz baja.

—¿Qué diablos?

No hago caso a su grosería y continúo implorando piedad y perdón por mi falta de juicio. Los restos de las mártires de otros tiempos descansan en estas tierras, el

terreno es sagrado y yo lo he mancillado.

Cuando termino, me seco los ojos y me preparo para enfrentar a Jarvi.

—No te debo la vida, ellas no iban a hacerme nada.

—No luces muy segura —cruza los brazos encima de su pecho y eleva una ceja con expresión arrogante—.

Además ¿Por qué me odias tanto?

Pestaño irritada, esa pregunta es obvia.

—No te odio, sólo no me gustas.

—Para no odiarme, me tratas bastante mal —rueda sus ojos—. Antes, en el pasillo, la gigante de tu amiga

casi me reventó el cráneo cuando me azotó contra la pared.

—¿Qué esperabas? Fuiste a buscarnos con tremenda tragedia en la punta de la lengua, y tuviste el descaro de hacerte de rogar antes de decirnos qué diablos pasaba.

Otra vez esa maldita expresión, lo juro, ni siquiera es la gran cosa, pero actúa como si poseyera los secretos del universo.

—¿Maldices mucho, no?

—Y lo dice la que me interrumpió en plena plegaria...

—Oye, yo no quería interrumpirte, pero no tenía caso rogar una vez que las plantas ya fueron destrozadas.

—En serio, tengo que irme.

—¿Al bosque?

Me giro hacia ella, el pánico irrumpiendo otra vez en mis terminaciones nerviosas. Ella no tenía cómo saber...

—¿De dónde sacas eso?

Jarvi hace castañear su lengua antes de hablar, la muy...

—No es difícil adivinarlo por la dirección hacia donde te encaminas. Tranquila Aya, estoy contigo.

—No —niego, sin importar el miedo que sienta, debo lucir tranquila. Observo el cielo, extrañando como nunca mi reloj. ¿Dónde lo habré dejado?

—Estoy sola en esto.

—Yo puedo ayudarte a salir de aquí —frunce el ceño—. ¿Buscas esto?

Entre sus manos, mi precioso reloj caoba descansa de cara a su palma.

—¿Has salido antes al menos? —la malicia en sus ojos me dice que ella sí, que lo ha hecho.

—De verdad no sabes nada, cierto.

—No es asunto tuyo.

—¿A no? Pues entonces no te molestará que les mencione a las hermanas lo que planeabas hacer antes de que te encontrara.

—No te creerán —me sorprendo por la burla que sale de mi voz—. Ni siquiera

estás segura de lo que planeaba hacer.

—Aya, estabas gritando cosas como “por favor” y “Emil” mientras llorabas, perdóname si no te creo.

—De todos modos no te creerán —reafirmo, pero esta vez se nota la falta de convicción en mi voz.

—Quién sabe —dice mirando el reloj—, podríamos probar mi teoría ¿No te parece?

Lo siguiente que hace es comenzar a gritar “Auxilio” y “Socorro”.

Los focos que rodean las paredes de La Grata se encienden y puedo escuchar las sirenas comenzar a rechinar.

—Si pensabas entregarme desde el principio ¿por qué me ayudaste?

Algo extraño y siniestro se desliza en su rostro, no es burla. No, esto es más fuerte que eso, parece más espeso y tenebroso.

—Momento equivocado, lugar equivocado.

La compresión comienza a escurrirse dentro de mi cerebro.

—No estabas ayudándome, ¿cierto?

Niega.

—Entonces, ¿qué hacías ahí?

—Eso no te compete, dejémoslo en que se trata de una lamentable coincidencia.

Las voces de las guardias se hacen más fuerte, pero justo entonces suenan las doce y me doy cuenta que se trata de guardias nocturnos. Tiemblo pensando en lo que pasará, pero oigo a Jarvia soltar un grito indecible.

Casi al instante, su cuerpo colapsa de forma insólita contra el piso y ella empieza a convulsionar sobre la tierra.

—Son las doce —susurro, pensando que si ella fuera normal debería estar dormida a estas horas, sino de forma natural, entonces de forma inducida.

—Dime que tomaste tu dosis de valeriana...

Ella hace un gran esfuerzo a la hora de negar y entonces veo su boca, un montón de cosas blancas esparcidas en ella, pastillas.

¿En qué momento las ingirió?

—¿Qué tomaste?

La veo pestañear asustada, lágrimas negras caen por sus ojos gracias a los kilos de maquillaje que insiste en usar.

—¡Dime que puedo hacer para ayudarte!

Pero entonces es tarde, a medida que los guardias se acercan, las luces reflectoras se hacen más y más enceguecedoras y las sirenas me han vuelto más nerviosa de lo que estaba.

Dejo el cuerpo tembloroso de Jarvia en el suelo y le doy una última mirada, ha vomitado sobre sí misma y parece estar ahogándose.

Esa es la última vez que la veo.

06:00

Los días pasan lentos. O tal vez es la sensación de vacío lo que convierte los cada segundo en horas.

He intentado todo, por las noches me escabullo para espiar, pero los cuartos de iniciación no muestran señales de cambio, peor aún, ni atisbos de Emil.

Por el día me limito a fingir normalidad para no levantar sospechas, pero todos siguen su vida, todos actúan como si nada aunque mi compañera ya no esté aquí.

Dejo sobre mi cama la bufanda que comencé a tejer ayer por la noche y escondo mi cabeza en la almohada. Estoy desesperada y los deseos de gritar están cerca de sobrepasarme, por lo demás la tela ayuda a amortiguar mi voz.

Las cosas nunca han sido realmente fáciles, pero ahora me doy cuenta de que se han salido de control. Estoy completamente sola, no he vuelto a ver a Jarvia Roth desde esa fatídica noche y ya han pasado dos semanas desde eso. ¿Lo peor de todo? Bien, no sé si sea normal hacer una lista de calamidades, pero estoy inspirada y puedo hacer las notas sin necesidad de pensar.

Pensé que lo peor sería estar sola, pero la verdad es que nunca me he sentido realmente acompañada, así que la soledad sólo ocupa el tercer lugar.

Lo segundo es más fácil: está claro que algo no va bien, la pastilla que tomó Jarvi, la forma en que su cuerpo colapsó. ¿Qué rayos estaba haciendo ahí? Y, si de verdad pensaba delatarme, ¿por qué esperó hasta que estuviéramos lejos para hacerlo?, ¿Por qué no gritó y ya?

Siento algo tibio resbalar por mi mejilla, las gotas con sabor a sal se han vuelto un hábito molesto en mí, me pregunto cuándo acabarán. En realidad, me pregunto un montón de cosas, lo que me lleva al número uno de mi lista: No sé qué hacer.

«Qué hacer».

Franca mente, parece fácil, casi irrisorio. Pero, luego de pensarlo detenidamente, me doy cuenta de que tengo una leve idea, entonces la cosa se pone más difícil aún. Sé qué hacer, joder, ¡Por supuesto que lo sé!

Tengo que salir de aquí, ¿lo he intentado antes no? Salvo que las cosas han cambiado, querer huir es una cosa, tenía motivos antes: manejaba esta idea absurda de vivir en las montañas y correr con lince.

Se suponía que existía algo más, algún lugar y a estas alturas, no me importaría ya que no se tratara de un igual donde no me sintiera una rareza, porque nunca me he sentido igual al resto, porque nunca he pertenecido a este género. Ahora en cambio, no importa si tengo o no un objetivo claro, tengo miedo.

Seco mis ojos con la manga de mi pijama, éstos arden, pero mi pecho arde aún más. Así que salgo de mi cama en un acto de extremo masoquismo y avanzo hasta la puerta, cuando la abro la caricatura que dibujamos con Emil, me sonrío con crueldad.

Las mejillas de Emil están teñidas de un rubor cálido, como las rosas silvestres, como mis ojos ahora, no es un rictus cruel sino uno genuino... a pesar de que al día siguiente de dibujarlo ignorara por completo el impacto que traería a mi vida. En contraste, la caricatura de al lado es tan diferente, tan carente de vida, supongo que es porque la hice yo.

Nunca he tenido un talento destacable, pero no es eso lo que transforma nuestro retrato en algo siniestro, sino la mueca de mi boca, es tan grande por lo mismo, mi nariz luce diminuta, pero los labios. Esos labios no son los míos, quería plasmar en ellos la alegría del momento, la felicidad que me invadía cada vez que estábamos juntas, cada vez que me recordaba, aunque fuera por unos pocos minutos, aunque se limitara al momento, pero hoy, demasiado tarde, comprendo que cosas como esas no se pueden guardar, los recuerdos son sólo eso. No es real, no es tangible y merecen ser olvidados.

Rompo el papel, que no sé en qué momento llegó a mis manos, mientras me digo a mí misma que la solución no es huir, no es escapar, lo intenté una vez y resultó mal. No merece la pena correr el riesgo, porque al igual que la sonrisa de mi dibujo ahora convertido en una veintena de pedazos... terminaré más rota.

Y la verdad es que no me quedan fuerzas.

Luego de estar treinta minutos intentando conciliar el sueño, sin resultados, observo la bufanda en mi cama, está casi completa, me he comido un montón de puntos y la maldita cosa está repleta de agujeros, pero la lana es cálida y suave. Camino hacia ella y la anudo a mi cuello, pero no es suficiente y tiro un poco más, y más.

Es asombroso lo bien que se siente, el ardor en mi piel me reconforta y el dolor físico hace que olvide el espiritual.

Yo podría continuar haciéndolo toda la noche, mis oídos laten tan fuerte y mi garganta parece secarse, me falta el aire, me falta Emil y sé estoy bastante segura que merezco morir por ser una cobarde.

¿De qué me sirven los recuerdos si no los puedo compartir?

—Aya —la voz de Cecania brota suave a través de la puerta. Noto que no debe ser tan suave si consigo oírla, corro hacia ésta para abrirla y evitar que la descubran, observo la ventana casi por instinto y descubro que es de día, así que no hay problema de que Ceca esté aquí. También veo la gran torre, pero desvío mi atención rápidamente, no necesito más dolor. ¿En qué momento perdí la noción del tiempo?

A fuerza de voluntad consigo llegar hasta la entrada de mi cuarto, es difícil y me aclaro la garganta durante todo el proceso.

Ceca ni siquiera espera a que le ofrezca pasar, irrumpe en mi cuarto como un tornado revolviéndolo todo. Ropa, almohadones, golosinas olvidadas bajo mi catre, nada se salva de sus manos.

Al final, se sienta sobre mi cama y me mira con una expresión inescrutable.

—Tu cara da asco —para ser un saludo deja bastante que desear, pero lo dejo pasar ya que probablemente ella esté en lo cierto. No debo lucir muy aceptable con mi pelo revuelto, los ojos rojos e hinchados y el pijama arrugado.

—Pensé que estabas enferma.

Frunzo el ceño, porque la verdad es que no me siento nada bien. Alegar enfermedad podría ser una excusa convincente, incluso cuando Ceca me cae bien y hace reír, sigue sin ser Emil, ella no tiene idea de lo que está mal conmigo, de lo anormal que soy... y menos de lo mucho que duele. Por eso me simpatiza, con ella todo es fácil, no hay culpas ni rencores entre nosotras. Además, no quiero entrometerla en todo esto, menos después de lo que sucedió con Jarvia.

—Lo estoy, me dormí con la ventana abierta y pesqué un resfrío.

La forma en que me mira me dice un montón de cosas, con las cejas alzadas y la boca fruncida, sé que no me cree incluso antes de que ponga sus ojos en blanco. Odio ese gesto, porque me recuerda a Emil.

Ceca se cruza de brazos, esperando. Hay algo infantil en su expresión malhumorada, supongo que el hecho de que su tez canela se vuelva sonrosada ayuda en algo...

—Lástima que no te crea.

—Lástima que no me importe.

—¿Qué es eso que noto en tu cara?

Me doy la vuelta y salto sobre mi cama, al lado opuesto de Ceca, es la segunda vez que hago esto en menos de cinco minutos, me resulta inquietante lo bien que se siente.

Salto.

—¿Aya?

No le hago caso, estoy saltando en mi cama.

¡Saltando! Y se siente increíble, como volar, como correr por el césped húmedo en plena madrugada, cuando aún quedan gotas del rocío en él, como solía hacer con Emil, aunque ella lo olvidara al día siguiente.

De nuevo, siento la maldita cosa salada descender por mi rostro, no quiero llorar, no quiero hacerlo, pero ¿Puede acaso alguien detener al corazón expresarse?

—Cariño, ¿qué val mal? —cuando ella me toma entre sus brazos y me obliga a detenerme, no soy capaz de moverme, respiro contra su cuello, está cálido y otra vez me recuerda a Emil, salvo que no es ella, nunca lo será.

Me robaron a mi amiga y no sé qué hacer. En realidad sé que hacer, pero soy cobarde, soy lo suficiente gallina para no tener las agallas de acabar con mi vida, no sería la primera que lo haga.

—¿Recuerdas a Dai?

Ella frunce el ceño.

—¿La chica que se mató? —me pregunta expectante

Asiento

—¿qué hay con ella?

—Antes de que tú llegaras, estaba por unirme a su viaje.

Su vista viaja de mi rostro hasta mi cuello, donde todavía está anudada la bufanda.

—¿Pensabas ahorcarte?

Asiento otra vez, pero es difícil hacerlo cuando me mira con esa expresión... ¿la verdad? ni siquiera sé porque se lo cuento. Supongo que es idiota admitir que espero que se preocupe por mí, es patético y me da vergüenza, pero según parece, también es verdad.

—Lo juro... eres increíble, si vas a matarte usa algo más efectivo, pasa una navaja por tus muñecas o algo así.

—¿Estás aconsejándome cómo acabar con mi vida? —pregunto desconcertada.

No me lo puedo creer.

—Mira Aya, me simpatizas y no me gustaría prescindir de ti, pero si estás lista...

Una expresión de concentración se apodera de su rostro y lo siguiente de lo que soy consciente es que tengo el cuerpo de Cecania sobre mí y que sus manos se cierran en torno a mi cuello.

—Te voy a extrañar.

Y bueno, a continuación comienza a asfixiarme.

No pasan cinco segundos antes de que yo reaccione y le atice un rodillazo en su estómago, ella me suelta de inmediato.

—¿Qué... —tomo aire—, diablos...— trago otra bocanada más—, fue eso?

—Eso —responde sobándose la pansa—, fue sicología pura o inversa, para ser exacta.

—¡Sal de aquí! —le ordeno, odiando la forma en cómo está sonriéndome, o riéndose a mi costa. A quién le importa—. ¡Dije que largo!

Ella obedece, tarda en hacerlo, pero lo hace... todavía riendo ¡La muy bastarda! Antes de pensármelo más tiempo, comienzo a empacar, no quiero que el correr de los minutos me haga dudar, ese es mi peor enemigo, razonar.

Yo no soy Dai, tampoco Jarvia, no voy a morir, ni por mi mano, ni la de nadie. Al menos, no sin luchar.

Ahora entiendo lo que quiso hacer Ceca con su idiotez de sicología inversa. Me ha hecho reaccionar, y si mi vida acaba, debe ser por algo que merezca la pena.

Limpio mi rostro del resto de lágrima y me digo que es la última vez que lo haré. No más llanto, Emil vale el esfuerzo.

07:00

Durante los minutos que me lleva terminar de empacar y cambiarme de ropa, procuro hacer mi mejor esfuerzo por no pensar. No es fácil, pero voy agarrando práctica.

Cuando salgo de mi cuarto me prometo a mí misma no volver nunca a este lugar a no ser que encuentre a Emil e incluso así lo dudaría.

Cierro mis ojos cuando atravieso el pasillo de las mártires de otros tiempos, es demasiado duro enfrentar sus rostros, es como si todo el miedo y dolor que sintieron alguna vez hubiera sido conservado en sus retratos.

Otra razón para huir, les debo una muestra de fe, algo que me haga merecedora de tanto esfuerzo y sacrificio.

Ellas dieron su vida por una noble causa, la nuestra. Y estoy dispuesta a dar la mía por una causa no menor.

Es la vida de Emil después de todo. Sé que estoy exagerando, este es el curso normal y ella debe ser madre, incluso si no lo pidió, pero no puedo arrancar su mirada de mi mente el día en que me dio a entender que no quería ser madre. Sencillamente no puedo quitarme esa imagen.

Una vez que llego al jardín, siento las gotas de sudor desfilan por mi rostro y cuello. Cuando por fin alcanzo el límite entre La Grata y terreno libre, me pregunto cómo se sintió Dai cuando se despidió de todo, cuando renunció a la vida. Es tan extraño, fue una de las primeras mártires en la historia de La Grata, dio su vida por nosotras, fue ella quien descubrió la debilidad de los hombres por nuestra carne, sexo, olor. Dai se ofreció a sí misma como anzuelo para el hombre que gobernaba en aquellos tiempos y cuando la bestia terminó su cometido ella lo apuñaló, luego de eso se colgó desde un Castaño. No la culpo, sin dudas debió haber sido una experiencia traumática.

Inició siendo una guerrera para terminar convertida en una ofrenda. Esto último hace que me pregunte ¿Qué seré yo? Llevo mi mano derecha hasta mi sien, intentando cubrir mis ojos del Sol. Es de día, supongo que es estúpido querer huir a pleno Sol, cualquiera podría verme. ¿Y qué?

De todos modos me olvidarán al día siguiente, bien... no olvidarán mi existencia, eso es parte de la memoria colectiva, todas nos conocemos, el censo es parte fundamental de la memoria general en las mujeres, sin embargo mi huida no lo es, de modo que podrán recordarme a mí, pero se preguntarán dónde estoy o qué pasó conmigo, porque mi escape no es parte de esa memoria.

Pero al caer la noche cuando el reloj de las doce terminarán olvidándolo otra vez, y así sucesivamente hasta que un día se despertarán sin recordar que alguna vez me conocieron. Supongo que ser prescindible no es tan malo para variar.

A unos pocos metros, diviso árboles de Sebiata, estos me avisan que estoy cerca del límite entre terreno libre y el bosque, cerca de Emil.

En el trayecto medito sobre lo que haré a partir de ahora. Debo encontrar un arrollo, por ahora el jugo de Sebiata bastará, hay un montón de ella por donde quiera que miro. Sin embargo, sería bueno tener un poco de agua dulce más que nada para mantenerme limpia, dudo que la Sebiata consiga eso. Por el contrario, me dejará toda pegajosa y las moscas no me darán en paz.

Ahora que lo pienso, el olor podría atraer incluso a animales más peligrosos, como leones de montaña... o lobos.

Nunca he visto a ninguno de los dos, en La Grata nos mantienen alejadas de cualquier cosa que pueda ser considerada dañina, lo que está bien, ya hubo muchas mujeres que sufrieron en manos de todo tipo de bestias, no hay necesidad de exponer a más.

De hecho, hubo un par de mujeres que vio imágenes y su resultado no fue bonito, ellas comenzaron a tener pesadillas y finalmente enloquecieron. Lamentable. Algo similar a lo que yo sufro, salvo que mis pesadillas no las desencadenó una imagen sino mi defecto congénito en el cerebro.

Los rayos del Sol están bastante fuertes, es una suerte que yo me haya puesto ropa más ligera para salir, además de mi bloqueador. Ahora que lo pienso, creo que hemos desarrollado un lazo irrompible. Nunca me separo de él y por consecuente, él jamás me abandona. Similar a lo que teníamos con Emil, salvo por algunas diferencias de carácter biológico.

—Mierda —gruño cuando mi pelo se queda atorado en una rama baja, es increíble lo bajas que están, si a esto le añadimos que yo soy alta...

Me paro en puntillas para que la rama no me arranque el pelo y le doy una patada al tronco, es una suerte que haya traído mis botas en lugar de zapatillas.

—Estúpido árbol enano.

¡La maldita cosa no quiere soltar mi pelo! Comienzo a tirar de mi cabeza con fuerza, al final, una bola de cabello queda en las garras de esa rama. No importa, de todas formas tengo suficiente para un par de vidas más. Me hago una trenza y me agacho cada vez que otra de esas ramas se cruza en mi camino, prevención ante todo.

Los tirantes de mi mochila molestan a pesar de que la he cargado sólo con lo estrictamente necesario: polvo de valeriana, sandalias, una botella de agua, tres mudas de ropa interior, un pantalón de mezclilla y un chaleco gris de cachemira, estos últimos para las noches frías.

—Sólo unos metros más —digo resoplando unas pelusas que tratan entrar en mi boca—. No me detendré, no hasta que la ciudad se pierda en el horizonte.

He trazado un plan mucho mejor que el de mi último intento de huida. De hecho, ahora que lo pienso, incluso su inicio es superior. Ya estoy fuera de La Grata. He

abandonado mi hogar.

Giro sobre mi hombro y a lo lejos se ve la ciudad de donde provengo, aún distingo las enormes torres en tonos pasteles, incluso desde acá, parece una fortaleza y probablemente fue construida con ese fin. Está rodeada por un cerco de cemento y piedras, es imposible entrar o salir, a menos que planees ir al bosque y en ese caso, obtener una muerte segura.

La zona del jardín sagrado es la única vía para salir de La Grata e incluso así, nadie haría tal cosa como mancillarlo al pasar sobre él. Excepto yo.

Sigo caminando por lo que me parecen kilómetros y cuando siento que mis fuerzas me abandonan y realmente no puedo más, me detengo frente a un tronco; el madero es tan grueso que me parece el equivalente a cuatro veces el ancho de mi cuerpo. Recién entonces me atrevo a girar otra vez hacia el Oeste, pero en lugar de La Grata todo lo que veo son hojas, verde musgo, verde claro, amarillas y otras cafés.

Vaya, estoy en el corazón del bosque y comienza a atardecer, por lo demás no hay señales de un arroyo por ninguna parte y ya no me soporto, apesto a sudor.

—¡Apesto a sudor! —le grito al cielo, porque gritar de vez en cuando se siente bien. Tan bien, que me entra una ráfaga de inspiración.

—Apesto a sudor, oh, oh,oh ¡Apesto a sudor! Oh, Oh, Oh —canto subiendo el tono.

Y antes de notarlo, estoy bailando al compás de mi melodía. Sé que la letra no tiene mucha dedicación en su composición, pero ¿A quién le importa? Estoy sola en el bosque y la verdad es que...

—Apesto a sudor oh... oh...oh

Dos coros más y un par de vueltas, ya no tengo ánimos de entonar ni siquiera una oh. Ahora tengo hambre, está poniéndose fresco, mi cabello está lleno de hojas y no hay un maldito lago acá.

«Aparte, aún podría regresar a La Grata»

—¡NO! —grito enfurecida conmigo, ni siquiera llevo un día afuera, demonios. ¿De verdad voy a rendirme así de rápido?

Mi mente grita no, mi cuerpo que es más básico, grita otra.

Apuro el paso, pero me doy cuenta de que a estas alturas encontrar un arroyo no me servirá de nada, ya es casi de noche y no podré bañarme sin pescar una gripe. Resfriarme y dormir a la intemperie, muy inteligente. A ese paso terminaré muriendo antes de si siquiera acercarme a Emil.

«Emil» pensar en ella me da fuerzas anímicas.

Estoy lista para comenzar a marchar cuando oigo un ruido, es líquido. Doy tres pasos y frente a mí, bajo un arco de ramas y hojas, la criatura más extraña se encuentra haciendo algo todavía más raro.

Me está dando la espalda y parece concentrado en su actividad, lo que sea que eso

signifique, ya que ni siquiera puedo ver sus manos, probablemente porque las está empleando en esa “extraña” misión.

Un montón de ideas me sobrevienen en ese momento. Siento las adrenalina subir por mi cuerpo y los latidos de mi corazón acrecentarse. Repito lo que he estado haciendo durante el correr de la tarde y trago una generosa cantidad de aire. De hecho, tengo la tentación de comenzar a echarme brisa con las manos en la cara, sucumbo a ella e intento provocar frescura, pero no hay caso.

El calor es interno.

Cuando el exquisito animal se gira, se me queda viendo de la misma manera en que yo lo miro.

Absorto.

Su pelaje tiene el color del trigo con matices oscuros como tierra fértil, algo de lo más fascinante. Fragmentos de un texto leído hace tiempo vienen a mi mente, palabras que luego son acompañadas con fotografías, sin embargo no son imágenes lo que se representan en mi cabeza, sino la construcción de elementos que mi propia imaginación ha creado basándose en viejas descripciones.

(...)Todavía no amaneció en el bosque; los cervatillos continúan durmiendo entre los pastos. En lo alto de un árbol cercano, brillan dos ojos amarillos, clavados en los animalitos dormidos(...).

¡Un gato! La curva de su boca, el sesgo de sus ojos ¡incluso tiene bigotes!. De seguro es eso. Repaso otra vez la información leída, comparando una y otra vez las facciones entre el uno y el otro...

(...)Silenciosamente, el gato montés desciende y se aproxima. Cada paso lo da con suavidad y cuidado, para no causar ni el más leve ruido de una ramita rota. Aun así, uno de los cervatillos parece presentir la aproximación del enemigo. Yergue la cabeza y escucha. Nada(...).

Es un gato, es obvio. Ahora que lo veo más de cerca, incluso comparten el mismo color de ojos amarillo o más bien ámbar. Le da un aire enigmático.

«Una criatura exquisita y misteriosa, de andar seguro y seductor», no sé el porqué, pero pienso en las palabras de Adelfreid

Trago, por algún motivo que no puedo explicar, mi boca se ha secado. Por supuesto, yo estoy al corriente de que la deshidratación es el menor de mis problemas. Así que me acerco aún más, observando al gato, imaginando formas de cazarlo.

Pero, él da un paso hacia atrás y, tal como decía el artículo, apenas lo oigo.

(...)El gato montés está emboscado a unos dos metros de distancia, completamente inmóvil.

—¿Por qué no usa ropa? —el felino se queda viéndome como si yo hubiera perdido un tornillo.

Entonces, la pequeña fiera se levanta, se balancea un poco para afirmar bien las patas en el suelo, y luego da el terrible salto(...).

—No te acerques —me grita dando un brinco atrás justo cuando me aprestaba a dar un paso en su dirección.

Me detengo algo confundida al notar la expresión de horror que ensombrece su cara.

—Sólo quería ver mejor —miento, a sabiendas de que he visto demasiado bien los detalles de su cuerpo. Es perturbador lo fascinante que me resulta esto último.

08:00

—¿Qué hacía?

Duda, sorpresa y otras expresiones que no sé reconocer transitan por su cara. Esto último pica más mi curiosidad. Doy otro paso hacia él.

—¡Te dije que no te acercaras! —me grita enojado y yo me detengo otra vez. Aunque, comienzo a preguntarme si no me habré perdido información esencial sobre estos animales. Tal vez son peligrosos, quizás comen nuestra carne al igual que los hombres.

—Sólo quería...

—Verme mejor —me corta—, ya lo has dicho.

—¿Por qué se mueve? —le increpo justo antes de dar un paso hacia la izquierda, él imita mi movimiento pero en dirección opuesta.

Espero que me dé una respuesta, en cambio sólo dice:

—¿Por qué te acercas?

Cruzo mis brazos molesta. El gato no es como imaginaba que sería ¿De qué me sirve cazarlo entonces?

—Esa no es una respuesta —contesto molesta y él sacude sus hombros antes de guardar las manos en los bolsillos de su pantalón azul, cuando hace esto me fijo en que tiene dos brazos ¡Igual que yo!, pero luego noto que no se parecen en absoluto, los de él tienen una especie de hinchazón entre el codo y el hombro, como pelotas. Definitivamente son mucho, muchísimo más gruesos que los míos.

—Como quiera —me rindo y dejo escapar el aire que ni sabía que estaba conteniendo—. Tú te lo pierdes.

Él junta sus cejas mucho, incluso da un poco de miedo y se da la media vuelta para avanzar en dirección al sur, lejos de mí, luciendo tan... tan desnudo.

¿Es que acaso los gatos no pescan resfríos?

¡Ya casi es de noche!

—¡Vete! —la lengua se me traba por lo que me tomo unos segundos antes de añadir—. ¡Al cabo que ni me importa! —luego corro hacia él y me arrojo con toda la fuerza que puedo contra su espalda.

—¿Qué dem...?

Su cuerpo se tensa cuando entra en contacto con el mío, como si esperara que dentro del mío se escondiera una bomba nuclear o algo peor. Algo extraño ocurre, puedo sentir el calor emanar de su piel y... comienza a quemarme. Me digo que puedo soportarlo y aferro mis manos a su cuello.

—¿Puedes sólo...? —intenta forcejear conmigo aún sobre su espalda. Supongo que debido a la diferencia de tamaños no sería problema para él sacarme volando con apenas una sacudida. Me pregunto por qué no lo ha hecho—. ¿Quitarte de encima?

—termina la frase, luego de inclinarse sobre su propio cuerpo y darle al mío una vuelta de noventa grados.

El golpe contra el suelo no dolió, supongo que de alguna manera, él se las ingenió para mantener mi peso en su cuerpo y que mi espalda no sufriera los daños correspondientes, de ser ese el caso no sentiría mis piernas.

Las que por cierto empiezan a picar.

—Bueno, bueno... —su voz es ronca, no como la mía o la de Jarvia, ni siquiera la de Nissa, la encargada de las habitaciones en La Grata, llegaba a ese nivel. Y eso que ella se lo pasaba disfónica—, esto es una sorpresa.

Miro hacia el cielo y el último rayo del Sol acaba de irse, en su lugar una mezcla entre rojo, amarillo y añil comienza a disgregarse en el horizonte. Pestaño confundida, en medio del paraíso de tonalidades un rostro me mira ceñudo.

—No se suponía que me tocaras —explica y por la perplejidad con la que se expresa, comienzo a creer que dice la verdad, lo que no entiendo es el porqué.

—Sólo quería que se detuviera —me defiende y comienzo a ponerme de pie justo cuando el cosquilleo en mis piernas se hace más intenso,

Una vez que consigo sentarme, noto que mis botas, piernas y rodillas están cubiertas de puntos negros; puntos negros que, de hecho, se están moviendo. Escucho a mi acompañante soltar una maldición sólo un segundo antes de ver que los puntos negros se mueven.

—¡Quítelos! —le grito sacudiendo mis piernas con las manos—, Oh, por todo lo que es sagrado —Ahora estoy a punto de llorar, la mancha negra se está haciendo más grande, de hecho sigue creciendo, y antes de notarlo tengo toda la pierna cubierta por esa cosa.

—No te muevas —me advierte, algo de lo más estúpido ¿A dónde podría ir con mi pierna siendo devorada por pequeños monstruos come-carne?

Estoy por responderle lo lejos que pienso ir cuando el gato huraño se quita los pantalones y comienza a darme golpes con la prenda, enviando a todos los animalejos espantosos lejos de mi piel... O a su mayoría al menos, quién sabe. La verdad es que estoy un poco absorta viendo lo que escondía bajo su ropa, claramente los gatos y las mujeres no se parecen en absoluto.

—Tiene un montón de pelo —suelto después de un rato. Él ahora respira agitado, supongo que es comprensible después de semejante demostración de cacería. Claramente, el animal es un depredador, lo que me viene perfecto, porque desde que dejé La Grata, sólo he comido Sebiata y muero de hambre. Tal vez él podría cazar algo.

—¿Qué has dicho? —pregunta y su voz se quiebra en la última sílaba al percatarse de la dirección de mi mirada. Yo apunto con mi dedo la zona que ha dejado expuesta; todo el largo de sus piernas cubierta por vellos un par de tonos más

oscuros que el color de su cabello.

—Tiene un montón de pelo... yo no tengo —él arquea sus cejas estupefacto—. Espere, deje y le muestro.

Me pongo de pie y llevo una mano al ojal de mis pantaloncillos cortos, quito el broche y una vez que está abierto comienzo a bajarlo para mostrarle, salvo que agarra mi muñeca con una de sus manos y me mira con furia.

—¿A qué demonios estás jugando? —Mientras me sujeta, me doy cuenta de que está abrochando su propio pantalón. Ni siquiera vi cuando comenzó a vestirse, supongo que ocurrió mientras le quitaba el seguro a los míos, lo que me recuerda...

—¡Mil gracias! —Me estrello feliz contra su cuerpo una vez que he dado un vistazo a mis piernas ahora libres de motas negras—. ¡Gracias, gracias, gracias, gracias!

Se supone que los gatos son suaves y cariñosos... No como Emil, pero este es demasiado similar a ella.

Se tensa cuando apoyo mi cabeza contra su torso y se tensa todavía más cuando paso mis manos por su cintura. Maldita sea, ¿Otra vez? ¡No es justo!

—¿Es que todo el mundo es tan frío? —Exclamo indignada alejándome de su rígido cuerpo, cruzándome de brazos al igual que un principio—. ¡No se vale! ¡No puedo ser la única anormal!

Escucho como suspira, está molesto.

—Deja ver si entiendo —una de sus manos toma lugar bajo el cuadrado de su mandíbula cubierto por una capa fina de vello claro, el tono de su voz no pierde nunca el grosor. A decir verdad, para tener un timbre tan ronco, no entiendo cómo puede sentirse tan suave, como una caricia—. Primero vienes y me interrumpes cuando... —se calla de repente y algo similar a un rubor se aloja en sus mejillas, aunque no estoy segura si los gatos se pueden sonrojar.

—¿Cuándo...? —le aliento.

—Cuando estoy ocupado —escupe molesto zanjando el tema—. Luego, comienzas a hostigarme con ese cuento de “para verte mejor” —Rueda sus ojos—, Joder, eso es tan del tipo “El lobo y la caperucita”.

¿Qué rayos?

—Antes que todo, mi nombre es Anaya y aprovecho de agregar que entiendo perfectamente de lo que habla, lo sé todo —dije sarcásticamente.

—Detén tu actuación ¿Sí?

«¿Actuación?» Siento como mis cejas se juntan en el centro de mi frente. En serio, este animal no es para nada como lo imaginaba.

—No estoy actuando. Además, para ser un gato, no es nada divertido.

—¡¿Gato?! —Exclama atónito. «¡Ajá! ¿Quién es el actor ahora?»

—Para empezar, es demasiado frío —le increpo, esperando que deje la función y

comience a actuar como un gato normal—, se suponía que tendría un andar suave, me dejaría mimarlo, cazaríamos juntos y luego de comer, también juntos, me ayudaría a encontrar a Emil y yo no estaría más sola y...

—¡Alto ahí! —grita llevándose las manos a la parte baja de su cabeza—. ¡Joder hablas mucho!

—¡Y usted es un gato huraño!

—Otra vez con eso...

—Pero si eres un huraño. Yo sólo lo abracé para agradecerle...

—No te preocupes, nadie es perfecto —responde con condescendencia, como si yo acabara de disculparme.

¿Dije ya que era un idiota?

El frío de la noche finalmente barre con mis reservas de paciencia así que me giro y le grito:

—Váyase al diablo, iré por agua...

No lo escucho decir nada pero siento sus pisadas tras de mí. Maldición, son suaves, tal como afirmaba el libro, las mías en cambio, parecen una verdadera orquesta al maltratar las hojas.

—Tú sabes, nosotros los gatos odiamos el agua... —su voz me toma por sorpresa cuando se cuela tras el hueco de mi oído. Salto y lo escucho reír. Me provoca cosquillas, pero no se limitan a la zona de mi oreja sino que por alguna extraña razón; supongo que otra de mis anomalías, se transporta hacia mi estómago.

«Estúpido gato».

—Porque, según entendí, tú manejas un montón de información acerca de mi especie ¿cierto?

—Eso es lo que dije —lo que en realidad era una total mentira.

—¿Qué diablos eres? Por la edad, dudo que veterinaria.

Sé sobre los gatos, tanto como sé de las estrellas y los hombres: nada. Apenas manejo un fragmento que memoricé al cumplir los once, pero sólo describe detalles físicos, nada remotamente cercano a su comportamiento habitual.

—¿Sabes que no encontrarás agua a estas horas verdad?—. Murmura después de un rato—. Y sobre lo de hace un rato, fueron hormigas, no “monstruos come-carne”, como les llamaste, ni siquiera te mordieron. Mírate.

Me detengo a observarme, qué vergüenza y alivio, a la vez... él tiene razón, mi piel luce intacta. Yo misma debería haberlo notado al no sentir dolor, sin embargo eso no cambia nada. Me encojo de hombros.

—Da igual, atentaron contra la integridad de una mujer, en lo que a mí respecta las amigas...

—Hormigas —me corrige.

—Amigas, hormigas... es casi lo mismo, son igual que los hombres.

—Claro...

—Hablo en serio —indico girándome hacia él, alzando mi barbilla para dar fuerza a mi expresión, saco mi pecho hacia delante para mostrar determinación. Creo que es la primera vez que hago esto, pero no lo sé, me da la impresión de que ayuda porque él guarda silencio—. Son bestias horribles —insisto ¿Cómo no se da cuenta?—, deberías tener cuidado.

Supongo que eso último podría haberlo omitido... Ya que los hombres están extintos, pero luego recuerdo que el gato se ha comportado como un idiota, así que nunca está de más meterle un poco de miedo.

—Comerán tu carne antes de que puedas decir Grata.

—¿Por qué infiernos diría Grata? —me pregunta enarcando una ceja.

—Qué se yo, sólo decía.

—Vale. Entonces tú... quiero decir las mujeres. ¿Todas ustedes tienen esta... Eh “fobia” con los hombres?

Niego, no es una fobia, eso implica un temor absoluto u odio irracional hacia algo en específico, esto es mucho mayor a un simple miedo, se trata de un asunto de honor.

Hay un montón de cosas con las que no estoy de acuerdo, los métodos de Cecania para hacerme entrar en razón, por dar un ejemplo, el modo que empleaba Liese para mantener la atención de la clase. Pero incluso así, con recuerdos o sin ellos, todas somos mujeres, todas fuimos víctimas alguna vez, eso es lo que nos une.

Quiero decir, dejé La Grata para encontrar a mi amiga, no porque no me guste lo que soy. Amo ser mujer, amo lo que eso representa: valentía, supervivencia, honestidad. Vencimos a los hombres, dominamos a esos monstruos, los derrotamos y finalmente les dimos caza. Si pudimos extinguirlos ¿Cómo no voy a poder yo encontrar a mi amiga?

—No puedo explicárselo, no lo entendería.

09:00

Una vez que termino de hablar, se produce un silencio aplastante. Espero unos minutos, pero él no dice nada, así que me quito la mochila y saco de ella el chaleco gris, la piel de mis brazos se ha puesto de gallina, los cubro con el chaleco y dejo los pantalones para cuando encontremos un lugar seguro en dónde dormir.

Sin detenerme a mirarlo, refriego enérgicamente mis antebrazos.

—Bueno, en eso llevas razón —admite y mi mandíbula cruje cuando cae abierta. Es la primera vez que él me da la razón desde que nos encontramos. Sin poder evitarlo, comienzo a albergar esperanza, tal vez él pueda ayudarme, podría hasta superar mis expectativas—. Es difícil entenderlo si no me explicas.

Adiós expectativas.

—¿Es tonto?

—¿Disculpa?

Niego, definitivamente lo es, de otro modo no contestaría todo con otra pregunta. Vale, en ocasiones también lo hago, pero eso es diferente, sólo utilizo ese recurso cuando debo evadir una respuesta incómoda.

—Da igual, no tiene caso discutir. Ahora lo que necesitamos es conseguir un lugar seguro.

—¿Necesitamos?

Otra vez...

—Si gatito, necesitamos.

Esta vez él no dice nada, en cambio posa sus manos en la cintura, emulando una jarra, y niega mientras me mira atónito y muerde su labio superior.

—Eres increíble —suelta él en un suspiro, pero comienza a avanzar hacia el lado Oeste, que es donde él se dirigía antes de mi interrupción.

—Muy bien, si voy a continuar con esto, antes debes prometer que mantendrás tu hocico cerrado.

No me gusta su tono.

—Boca, se llama boca —le corrijo.

—Ajá, ¿Te crees la única que puede tratar al otro como un animal?

Luego pasa de mí con una facilidad que me asombra.

Él sólo...sólo.

—¿Por qué actúas como si nada?

—Preciosa, me costó como no tienes idea poder llegar acá. Estoy seguro de que me comprenderás cuando digo que no voy a dejar que nada ni nadie arruine mi viaje.

—¿Viaje? —asombroso—. ¿Qué es esto, una misión?

—No —continúa caminando, lo hace tan rápido que es difícil para mí seguirle el ritmo—. Son algo así como vacaciones.

—¿En serio? Eso es nuevo, yo nunca he tenido.

Él se detiene abruptamente, pensé que lo había hecho por lo que dije, entonces me acerco hasta él, pero me empuja tras su cuerpo en vano, porque lo vi y se me ha parado el corazón. Es la cosa más horrenda que mis ojos han presenciado nunca.

Tiene un andar lento, seductor, extremadamente confiado.

«Centurias antes de su extinción, se podía reconocer a esas bestias por tres inmutables aspectos: Impulsivos, seductores y tenaces»

—Imposible, no —mi voz es un gemido y he comenzado a temblar.

—No te muevas —me ordena el gato, pero yo no le hago caso, no puedo. Estoy demasiado asustada para hacer otra cosa que no sea correr, huir de la bestia que me quiere comer. Porque he sentido el frío de sus ojos al vislumbrar mi cuerpo, mi piel. Y por sus dos metros de largo, sé que no tengo oportunidad contra él.

El frío sudor no tarda en cubrir mi cuerpo. Santa Diosa, de verdad creí que los hombres estaban extintos.

—¡Oye, tú! —me grita el gato, pero no lo escucho, estoy ocupada corriendo por el bosque, intentando escapar. Entonces, se alza otra de esas bestias frente a mí. Adopta una postura erguida, quiero correr y gritar, pero en cambio me quedo quieta, congelada por el horror, el pavor, y es ahí cuando veo sus monstruosos colmillos.

Algo oscuro y húmedo impacta mis ojos, éstos comienzan a arder, pero no puedo hacer mucho, justo cuando oigo gritar mi nombre de los labios del gato, siento los colmillos en mi piel

Un molesto ruido me despierta, parece un molino en pleno proceso. Mi oído izquierdo zumba y las encías me duelen.

—Eres tan impetuosa. Te dije que no te movieras —Hay un dolor lacerante en la parte baja de mi nuca, y desde el ángulo interno superior del hombro izquierdo duele como la mierda.

—¿Cómo te sientes?

—Yo, hum... Can-sa-da

—Sí, apuesto a que sí. Tus vertebras dorsales deben estar ardiendo mucho.

Posa su mano en la parte alta de mi columna, justo donde no deseo ser tocada.

—¿Arde?

Muerdo mi boca para contener un gemido, no sólo arde. El dolor me está matando.

—Maldición, por una vez no podías sólo quedarte quieta.

Quiero replicar, pero estoy demasiado agotada para eso, ni siquiera soy capaz de abrir los ojos, me pregunto si es debido a mi falta de fuerzas o porque me da miedo encontrar lo que sé que veré en su rostro.

—No estoy enojado —admite de repente, como si hubiera leído mis pensamientos, como si conociera los secretos que escondo en mi corazón—.

Maldición mujer, estoy completamente aterrado. Cuando te vi...

Se hace un silencio.

—Pensé que morirías.

Yo no puedo respirar, no tanto por el dolor en mi tórax como por sus palabras. ¿Es posible que él esté preocupado? Imposible, nadie nunca se ha preocupado por mí. Nadie me conoce lo suficiente como para que le importe, punto.

—¿Voy a morir? —consigo decir y me enorgullece hacerlo sin que mi voz se corte, él no responde de inmediato, esa es razón suficiente para que intente abrir los ojos, los párpados me pesan y la tentativa de continuar así, sin conocimiento de mi entorno, simplemente descansando, me gana la partida.

Me dejo vencer por el sueño y de inmediato me arrepiento, pero ya estoy en ello y no hay nada que pueda hacer.

Antes, solía soñar con hombres, bestias y gatos. Las pesadillas que sufría parecen dulces sueños cuando las comparo con la realidad. Los hombres existen y están acá, tan malditamente cerca. Ni siquiera el agotamiento es suficiente para hacerme olvidar, estúpidos recuerdos, estúpida memoria.

Ahora tendré que volver a La Grata para avisar al resto, tengo que ir con mis hermanas para explicarles que han sido engañadas, que toda nuestra educación está basada en libros de ficción, en mitos. Todo está mal, nuestra sociedad está cimentada en una gran mentira, que esas bestias no están extintas, ¡una de ellas me mordió!

En cuanto pienso en esto, inmediatamente una imagen de su feroz postura y sus colmillos relampaguea en mi cabeza. Es tan monstruosa y macabra, sus gigantes colmillos, la repugnante luz de sus ojos viéndome con esa crueldad deliberada.

Despierto gritando a todo pulmón. Los brazos del gato no tardan en cubrirme, me envuelven como la crisálida a la mariposa, y no quiero que me suelte, no quiero dejarlo ir. No entiendo el cómo, ni el porqué, pero su olor, su tacto, es algo tan nuevo y anormal, tan extrañamente rico y me encanta.

Por increíble que parezca, me siento a salvo, así que me acurruco más cerca de él, enterrando la nariz en su pecho y me impregno de su olor. Huele a noche, bosque y él.

—Tranquila —pide en un susurro, su boca está tan cerca de mi piel como lo están mis manos de la suya. Me recuerda a Emil, a su íntima compañía y el calor de su recuerdo, pero no es como ella en absoluto—. Todo está bien.

El único problema es que tengo la fuerte sensación de que voy a morir en cualquier momento.

—Tienes tus pies fríos —nota, estirando su torso para alcanzar mis tobillos. Extraño, estoy descalza.

Un momento...

—¿Dónde estoy? —Pregunto, girando mi rostro hacia la izquierda, donde una

pequeña chimenea alumbra nuestros cuerpos recostados sobre una alfombra cubierta de cojines, algo así como una improvisada cama.

—En el infierno —hay culpa en su voz—. Lo siento mucho, no debí traerte hasta acá, pero fuiste mordida por una Naja rabiosa.

—¿Naja rabiosa? —repito sin entender, las palabras no tienen ningún sentido. Sólo recuerdo a esa bestia, ese... ese hombre, luego no conforme con ello se introdujo en mis pesadillas y ¡Maldición! Todo es tan confuso. Además, necesito recuperar a...

—¿Emil? ¿Dónde está ella?

—No tengo idea de lo que estás hablando. Y que conste, no fue un hombre quién te atacó —él aleja su rostro luciendo algo así como molesto, otra vez, hay un montón de desconcierto en su voz— Mujer, fuiste mordida por una Naja, cobra, serpiente, ¿Sí sabes lo que son, verdad?

Niego, la verdad es que la cabeza ha comenzado a dolerme.

—Emil, es mi amiga... Ella está mal, se la han llevado ¡tengo que salvarla!. Mi boca... —trago, la siento fría y me cuesta trabajo mantenerla cerrada, un sabor entre metálico, ácido y amargo reverbera en ella—.

Necesito agua.

—Sí, lo has repetido como cuarenta veces en los últimos días...

Un momento ¿Dijo días?

Pestañeo aturdida, esto no puede ser... él debería haberme olvidado.

—¿Cuánto?

—¿Te refieres a cuánto tiempo llevas en casa? —su voz suena más viva, casi divertida. Ya no percibo ese matiz culposo. Menos mal, me deprime ese tono.

—Exactamente dos días y medio.

—¿Cómo? —niego de inmediato—. No es posible.

—¿Qué cosa no lo es?

—Tú, los recuerdos, no está bien. No es normal.

—Mujer...

—¡Deje de llamarme mujer! —exploto— ¿Es que no lo ve? Algo no va bien, primero aparece, todo esquivo ignorándome. Luego, actúa raro como... como si le importara y dice que una “Cobra” fue y me mordió, cuando ambos sabemos perfectamente que se trata de un hombre. No sé porque los encubre, pero no está bien, ellos son malos, son peligrosos.

—Mujer...

—¡Que no me llame mujer le dije!

—¡Vale! —él se mueve en la alfombra y deja mi cuerpo recostado entre las mantas y almohadones. A continuación, lo veo caminar hasta una puerta de madera barnizada—. Hembra, ¿Está mejor así?

Arrugo mi cara, eso se pasa de mal.

—Como sea, la cosa es, tú y yo necesitamos hablar, pero está claro que necesitas descansar, el antídoto aún no hace efecto completamente en tu organismo.

—Me llamo Anaya, ya se lo dije —consigo decir, mi reciente arrebató a agotado mis reservas de energías, él tiene razón, necesito dormir—, pero puede decirme Aya.

—Muy bien, prefiero Aya, eso es un avance. Yo soy Irah Levi y tienes siete horas para reponerte, si no estás despierta para ese entonces, tendrás que enfrentarte a mis manos y un montón de agua fría.

Abro un poco mis parpados, no dejo pasar que tiene el mismo apellido que mi maestra de Historia. Es raro, pero he leído que a veces, los gatos son apellidados por el nombre de sus dueños, quizás este gato era de alguna hermana lejana de Adel, o algo parecido. Abro un poco más mis ojos, consigo ver algo del rostro de Irah, no está demasiado lejos así que no me pierdo el momento en que esboza una sonrisa.

—No es tan malo, hablo de una ducha. No pienses mal —no entiendo por qué se defiende. No he pensado nada malo.

Siete horas después, con los rayos de luz atravesando el cristal de la cabaña, me siento mucho más tranquila.

Él tenía razón, el antídoto necesitaba unas horas más contrarrestar completamente lo que sea que me haya contagiado el maldito hombre. En lo que a mí respecta, esa poción es realmente mágica.

Recibo el tazón que él me ofrece, es gigante y parece más una cacerola, pero la acepto de cualquier forma, cuando pruebo el líquido que hay en su interior, me quedé atónita, es tan dulce como la miel.

—Entonces —empieza, sus enigmáticos ojos ámbar repasando mi rostro— Eres algo así como una heroína, ¿Cierto? —No lo llamaría así, pero desde que le conté mis intenciones de salvar a Emil, él no para de repetirlo.

—Sólo quiero lo mejor para ella.

—¿Qué es, tu novia o algo así?

—Sabe, la mayor parte del tiempo, ni sé de lo que habla.

—Tienes razón. Debe ser porque soy muy inteligente.

—¿Es broma?

—Sí, pero eres demasiado tonta para notarlo.

—¡Oiga! —exclamo molesta, pero él empuja el tazón a mis labios antes de que pueda añadir algo más.

—Es usted un mal educado —consigo decir cuando he tragado.

—Así somos los gatos, defecto congénito supongo.

—Sí, debe ser eso.

Él suelta una amplia sonrisa, revelándome sus dentadura completa mientras estrecha los ojos levemente, yo me pregunto qué otro problema congénito puede

tener. Realmente hay algo mal con él.

—¿Qué tengo que hacer para que se comporte de forma civilizada?

—Bueno —se toma su tiempo examinando nuestra mesa, no tiene mantel y rayas feas cubren la madera de la superficie, parecen marcas de garras—. Para empezar, ¿Podrías sólo dejar de mirarme?

—¿Es malo? —Frunzo el ceño—. No le duele, ¿O sí?

—¿Qué? ¡No, cómo crees! Es sólo... bueno, tú sabes —me quedo mirándolo seria, esperando a que continúe.

—Es raro ¿Vale? Me incomoda. Además, ni siquiera es como si te limitaras a echar un vistazo, estás prácticamente pegada a mi piel, tocándome con tu nariz.

—Soy corta de vista.

—¿No tienes lentes?

—Estaba a punto de operarme en La Grata —me detengo, recordando todas las ideas inconclusas que dejé en mi antiguo hogar.

—Emil me necesita —afirmo—, mi vista puede esperar.

—Sí, sí... si pudieras dejar de repetirlo al menos una vez, juro que no me quejaré. Te lo aseguro. Pero la cuestión es, lo veo difícil una vez que te descubran.

—¿Descubrirme?

—Ah, bueno... —admite llevándose el pulgar a su boca, muerde su uña tal y como lo hacía Emil, mi corazón se acelera sin que pueda evitarlo—. De eso es de lo que te quería hablar ayer.



10:00

Mientras espero a que el gato termine lo que tiene que decir, me vuelvo consciente de cada detalle en la cabaña, desde su claustrofóbica forma hasta su sencilla decoración. Mesa destartalada, alfombra transformada en cama, apenas una ventana y esa extraña puerta que parece más un mueble que la entrada de un hogar.

La cabaña está tan silenciosa que da la impresión de que, incluso, el aletear de una abeja podría emitir un eco.

—¿A qué se refiere con que tenemos que hablar?

Sin responderme, el gato se pasa una mano por la cara, es un gesto que nunca antes he visto, ninguna de mis hermanas en La Grata lo utilizaba. No contento con eso, camina hacia el cristal de la ventana, lejos de la mesa, dándome la espalda. Para ser sincera, me parece el colmo del descaro. ¿Cómo puede soltarme una bomba como esa? ¿y el tono que usó? Todo indica que es algo grave. ¡Y se da el lujo de hacerme esperar!

Desearía haber traído a Cecania para que le diera una paliza como lo hizo con Jarvia, en cuanto lo pienso, me siento culpable. ¿Pensar en ella sólo cuándo necesito ayuda? ¿Acaso era así como se sentía Emil respecto a mí? ¿Pensaba en mí sólo cuándo necesitaba ayuda para algo?

No lo creo, Emil no era de ese tipo de personas. Ella era independiente, no necesitaba ayuda de nadie, una contradicción colosal con su apariencia tan vulnerable. Pero Emil tampoco me podía recordar y entonces me doy cuenta de que no quiero seguir pensando, no me hace bien, porque en algún lugar de esa torre se encuentra mi amiga y está sufriendo, no parece justo que pierda mi tiempo ocupada en sentimentalismos.

—¿Gatito?

Me tomo de un sorbo el resto del tazón y me doy prisa por alcanzarlo. La cabaña es pequeña, así que no me lleva mucho tiempo unirme a él. Parece molesto. No, a decir verdad luce preocupado, o tal vez, asustado.

Me detengo a sólo dos pasos del gato, quien está empuñando su mano contra el cristal. Sigo su mirada, unos hilos de luz lo atraviesan formando líneas difusas en su mano, pero no son sus dedos los que llaman mi atención sino más arriba donde se encuentran sus nudillos, lucen blancos y tensos. Otra vez un gesto similar a los que hacía Emil, no puedo evitar pensar en ella, en la forma en que solía perder el control por tonterías, cuando estropeaba la ropa que acababa de ordenar o se hartaba por algún comentario de Ceca, cosas como estas solían descomponerla y apretaba sus nudillos hasta arrancarles el color.

—¿Gatito? —intento otra vez y los músculos de su espalda, aún desnuda, se tensan. Al parecer, le disgusta que lo llame así—. Irah —pruebo y él golpea el vidrio.

No es la respuesta que esperaba, pero molestia es mejor que indiferencia.

—No estás a salvo aquí.

—Vaya novedad —respondo con tono aburrido, pensando en lo cerca que estuve de morir a manos de esa bestia tres días atrás, pero también un tanto aliviada de que vuelva a hablarme, incluso si es sólo para decir bobadas. Siempre he ligado el silencio a la soledad y para ser sincera, estoy cansada de estar sola—. Sólo para que usted sepa, me da igual.

—Puedo verlo —dice, aún sin mirarme—, verás, mientras dormías salí a dar un paseo. Ya sabes, alguno de nosotros debía hacer algo útil.

—¿Llama útil a salir de paseo?

—Lo es cuando se trata del sitio de donde provengo —esta vez se gira hacia mí y hace ademán de esconder las manos en la pretina de su pantalón, pero elige enganchar sus pulgares en los bolsillos delanteros con actitud despreocupada, aunque el gesto no es suficiente para ocultar sus nudillos lívidos—. Bastante útil a decir verdad.

—Vale y ¿qué fue eso tan importante que averiguó?

—Toda esa historia de tú salvando a tu amiga fue muy conmovedora, pero olvidaste mencionar un detalle.

—Y qué sería, tiene que ser de lo más importante para que haga todo ese teatro de deambular por la cabaña y pararse pensativo frente a la ventana. En todo caso, se le da muy bien, podría ser actor.

Un atisbo de sonrisa tira se la esquina derecha de su boca, es curioso como ese simple gesto logra que mi cuerpo entero hormiguee, mientras espero que el efecto pase, me pregunto si aún estoy bajo los efectos de la medicina.

—Gracias por el cumplido, la verdad es que me lo he planteado, pero me gustan más las computadoras, así que paso. Sí sabes lo que son ¿verdad?

—Por supuesto —miento—, las hay por miles en La Grata.

—¿No me digas? ¿Y qué te parecen?

La curvatura de entre mis dedos comienza a picar igual que mis palmas, las que también, están húmedas.

Deseo secarlas en los costados de mis pantaloncillos cortos, pero temo que el gato note lo nerviosa que estoy, en cambio me las paso por el pelo simulando unas ganas irresistibles de desarmar mi trenza, lo que me ayuda a desviar la vista de su boca y la media sonrisa que baila en ella, porque por mucho que me moleste admitirlo, el efecto de las hormigas trotadoras moviéndose por mi cuerpo, no se pasa.

Mientras lo hago, el felino se queda callado, aumentando mi estado de nerviosismo. Para tratar de salvar la situación y no quedar como una idiota digo:

—Hermosas.

—Desde luego que lo es —añade él, pero por el tono de su voz, no parece que

hable de la computadora, alzo la vista y lo pillo mirándome, sus enigmáticos ojos color caramelo parecen quemar cada sitio donde los dirige.

«Esto no es normal», me grita mi conciencia, todos mis instintos intentan advertirme algo, pero soy estúpida. Después de todo, tengo un cerebro defectuoso, así que no me sorprende cuando lo observo acentuar aún más la mueca de su boca y enarcar una ceja.

—¿Y qué me dices de su sabor?

—¿Ah?

—Las computadoras, antes dijiste que te parecían hermosas. ¿Piensas lo mismo de su sabor?

«Ah, con que se comen», bueno eso está difícil. Podría tratarse de algo dulce o salado, peor aún amargo ¡o ácido!

¡Diosa querida, qué difícil! Al final, decanto por lo más fácil.

—No, sólo me gusta su apariencia, por lo general paso de ellas —luego, en un arranque de inspiración, añado—. No me gusta su sabor.

Él se lleva la mano a la boca y apoya la cabeza en la pared junto a la ventana, uno de los rayos del sol da justo en su perfil y es, bueno, es algo difícil de describir. Teniéndolo así de cerca y con actitud mil veces diferente a nuestro primer encuentro, soy capaz de apreciar cosas que antes no notaba, por ejemplo su cabello, es claro, aunque varios tonos por debajo del de Emil, también más corto que el de ella, mucho más corto.

Bajo su ojo derecho, sobre su pómulo tiene un lunar. Por irónico que parezca, me resulta atractivo, supongo que es hermoso... a su manera, quiero decir, para tratarse de un gato.

Sacudo mi cabeza, otra vez enojada conmigo y estos pensamientos irracionales. Noto que Irah sigue apoyado en la pared, un par de arruguitas se forman en los contornos de sus ojos y es ahí cuando me doy cuenta de que se está riendo, Irah se está burlando de mí.

¡El muy bastardo!

Mientras ese gato roñoso intenta recobrar la respiración perdida de tanto reír, me apresuro hasta la alfombra donde pasé las últimas dos noches y tomo la almohada. Es bueno que la cabaña tenga forma de L, y mi improvisada habitación está ubicada en un punto ciego para Irah. Imposible que pueda ver lo que planeo, de todos modos no lo notaría, aún sigue muy ocupado mirando por la ventana.

—¿Qué demonios? —suelta él, pero ya es tarde y le he dado un golpe con todas mis fuerzas. Por ley general, no me considero una persona violenta y en el fondo, sé que un almohadón no hará gran daño, pero ayuda a botar algo de tensión acumulada y de bono, sirve para desquitarme.

—No le gustó burlarse.

—¡Alto! —pide llevándose ambas manos a la cara—. No fue mi intención ofenderte.

—Sí claro

—Lo juro —dice entre risas, justo cuando le atizo otro golpe con el almohadón—, pero es que esa computadora tenía un sabor tan rico.

A estas alturas, no es un misterio para mí que las computadoras no son comestibles, de cualquier modo, el que sepa un poco más no le da derecho a burlarse de mí.

Sólo para que quede claro, le doy un último golpe y me regreso a la mesa.

—Las computadoras son una especie de televisión, pero con cerebro —me explica sacudiéndose el cabello con una mano y sobándose la mejilla cubierta de vellos con la otra.

¡Dea-mater, le he dejado la cara roja!

—Por favor dime que tienen televisores en La Grata —pide, acercándose a mí y luciendo francamente preocupado.

—Los tenemos —le digo—. Sólo que no se nos permite usarlos.

Él abre sus ojos consternado, pero no dice nada, en cambio me regala una mirada capaz de congelar al sol y se encarama en la pequeña mesa. Debido a la posición en que estamos, yo en la silla, Irah en la mesa, frente a frente, procuro distraerme y empiezo a observar la superficie rayada de la mesa.

—¿Sabes? todo esto empezó por tu culpa, con esos consejos acerca de que lo mío era la actuación.

—Lo dije sincera, se le da muy bien poner esa mirada profunda. Bastante dramático.

—¿Cómo puedes saber siquiera lo que es la actuación si no tienen televisores?

—Los tenemos, sólo que no se nos permite ver cualquier cosa, lo mismo con los libros. Además, le informo que existe algo llamado teatro.

—Déjame adivinar: Mujercitas. A puesto a que eras March, olvídale, demasiado agresivo, ¿Eras Jo verdad?

—Sabe una cosa, realmente no es gracioso, mejor dedíquese a la actuación, el humor no es lo suyo. Y no, no he tenido el gusto de ver esa obra.

—Es una novela.

—Pues no lo he tenido. Pero, por como lo pinta, esa Jo podría ser bastante fuerte. ¿No será, señor gato que se siente intimidado por el hecho de que una mujer sea capaz de doblegar su carácter?

—De eso nada. Oye, no me cambies el tema, y antes no estaba mirando la ventana, estaba buscando en los alrededores por si venía alguien.

—¿Alguien? ¿Quién podría venir al bosque? Todo el mundo sabe que está repleto de criaturas salvajes.

—Todo el mundo dentro de La Grata, querrás decir. De dónde vengo, un montón de gente estaría más que feliz de poder pasar un tiempo en calma, a diferencia de ti, que parece estar pasándotelo en grande observando las rayas de mi mesa. ¿Quieres una calculadora para sumarlas?

Niego, todavía sin mirarlo.

—Bueno, tengo que decirlo: no eres lo que esperaba. Cuando decidí tener un fin de semana al aire libre no hablaba de embarcarme en un rescate con una linda jovencita, pero ya que estamos en ello, no me parece cortés bajarme del barco.

—¿Cree que soy linda? —sin poder evitarlo, alzo mi vista. Qué absurdo que la opinión de un animal me importe tanto. Tal vez se deba a que por primera vez conozco a alguien objetivo, exento del temor de ser regañado por una de las hermanas.

—Eso es lo que dije ¿no? Bueno, ahora hay que trazar un plan. ¿Tienes alguna idea de dónde podrá estar ella?

—La gran torre.

—¿La Große? Tiene sentido —medita mientras rasca la parte trasera de su nuca, es curioso, actuando así luce casi inofensivo, para nada como el héroe que me liberó de esas bestias negras come carne y también de ese hombre... cobra, hombre-cobra —. Supongo que podríamos empezar mañana.

—Antes que todo, ¿a qué se refiere con La Große? y para terminar ¿Mañana? Olvídelo, hay que partir ahora mismo.

—Primero, La Große es el nombre de “La Gran Torre” como tú la llamas. O Der Große Turm para ser exactos y segundo, ¿Tienes al menos idea de la hora que es? o ¿cómo llegar a la torre?, olvida eso. ¿Has pensado que harás en el caso de que te sorprendan?

No me gusta la forma en que me está mirando, es como si disfrutara de mi silencio.

—¿No verdad?

—¿Por qué tengo la sensación de que esto es un interrogatorio? Era usted quién tenía algo que decir.

—Soy un gato, puedo hacer cosas como esas.

Me tomo mi tiempo antes de responder, la piel de mis brazos se eriza y conozco el motivo. En el fondo sé que tiene razón y no tengo otra opción salvo creerle, ya que, en efecto, Irah sí que puede hacer cosas como esas. Después de todo me cuidó por tres días, más increíble aún, no me olvidó. Es desgarrador comprender lo mucho que eso me afecta.

—Mira, voy a ser honesto contigo —dice en voz baja, casi en un susurro y me asombra lo cerca que está. ¿En qué momento inclinó su rostro hasta mí? ¿Tan ensimismada estaba con mi cerebro defectuoso que no fui capaz de oírlo?—. Calma

—Me pide, puedo ver que está controlando su tono de voz cuando ladea la cabeza con expresión compasiva, no le creo nada—, siento asustarte, supongo que estabas realmente concentrada.

Todos los músculos de mi cuerpo pesan y las ganas de bostezar se vuelven del tamaño de Orión, así que estiro mi cuerpo para desperezarme. Y así de rápido, lo tengo lejos otra vez.

—Volvamos a lo importante—carraspea—, parece ser que omitiste información vital en tu historia, como por ejemplo de dónde provienes. La Grata, ¿verdad?

—Usted sabía que yo vivía ahí, le dije que pensaban operarme los ojos.

—¡No mencionaste que ahí vivían sólo mujeres! —La cara de Irah cobra un color escarlata mientras sus misteriosos ojos me observan con una ira ciega que parece derretir el caramelo de su iris y se me ocurre que este lugar podría ser tan peligroso como cualquier otro—. Maldición Anaya, pudiste partir por ahí.

¿Por qué actúa así?

Nunca antes le he visto enojado, de un segundo a otro, él pierde el control, salta de la mesa, rozándome con su brazo al alejarse y patea una caja de cartón abandonada en una esquina de la sala, lo hace con tanta fuerza que la envía al otro extremo de la cabaña, cae de lado y un montón de papeles se esparce a nuestros pies.

—¿Tienes idea de los peligros que hay? Eres —me apunta con el índice y su dedo tiembla. Rayos, está muy enojado—. Mierda, yo de verdad creí que me tomabas el pelo cuando me decías «gatito»

—¿Por qué pensaría usted algo así?

—Sólo lo pensé —¿es nerviosismo lo que detecto en su voz?—. Además, no he terminado. Yo hago las preguntas, tú respondes, es bastante fácil.

¿Qué tal si me golpea? ¿Qué sucedería entonces?

—¿Por qué debería responder? No confío en usted —Los músculos de su pecho se contraen y esos globos en sus brazos son una verdadera distracción, mis brazos no son así, definitivamente los suyos son más gruesos, no me gustan—. Quizás tiene razón, puede que tenga miedo. Tal vez sólo debería irme.

—¡Buena idea! —gruñe con la mirada fija en mí—. Total, a quién le importa lo que pueda ocurrirle a una niñita como tú que no sabe cuándo mantener su boca cerrada.

—¡Ni siquiera sé porque se enojó!

—¡Es por tu inocencia! —Me grita y su voz, esa sinfonía cálida a la que absurdamente me había acostumbrado, adquiere un matiz frío, casi tanto como sus ojos, ya no reconozco a la persona frente a mí—. Eres tan malditamente ingenua que no sé qué hacer contigo. No puedo ayudarte si vas por ahí ofreciéndote como carne para buitres.

Cierra la boca y puedo ver un músculo de su mandíbula latir, como si estuviera

apretando los dientes con fuerza.

—Tengo cosas más importantes que hacer antes que perder mi tiempo hablando con usted sobre si luzco o no como carne para buitres, muy considerado de su parte— le respondo, en un tono mucho más duro del que pretendo—. Hay alguien afuera sufriendo, ni siquiera sé en qué condiciones se encuentra.

Con un vistazo rápido hacia la alfombra, noto que mi mochila continua en la orilla de la chimenea, el fuego ha cesado, por supuesto, sería un absurdo mantenerlo encendido con ese sol radiante alumbrando afuera.

Sigo trayendo puestos mis pantaloncillos cortos, lo que me tranquiliza, el gato no intentó arroparme por la noche, supongo que por eso era el fuego, para mantenerme caliente.

—Gracias —logro formar una sonrisa a fuerza de voluntad, más que nada por educación, sé que no soy la mejor compañía, e incluso si somos iguales con eso de recordar, no le da derecho a comportarse así.

Él ni siquiera me mira cuando salgo por la puerta, está demasiado ocupado cubriendo ese pecho lleno de curvas y esferas hinchadas que no deseo volver a mirar.

Cierro la puerta tras de mí, luchando contra el nudo de mi garganta. «Date la vuelta», me grita mi consciencia «pídele perdón», pero no puedo hacerlo, no cuando es otro quién cometió la falta. Me he pasado la mayor parte de mi vida aguantando los desaires de otros, soportando su indiferencia, su olvido. ¿Para qué?, para que aparezca un gato que más encima tiene la capacidad de recordarme, y me trate aún peor.

No parece justo, pero entonces, ¿qué en la vida lo es?

Frente a mí se abre un pequeño camino en forma de S, a base de piedras teñidas de blanco, no parece propio de un gato, mejor dicho, no parece propio de Irah, no sé cómo será el resto de su población, pero dudo que se le parezcan.

Los gatos son seres tiernos y de pelaje suave, algo que te provoca abrazar, no arañarlos hasta la muerte y es así como me siento con él en estos momentos.

Mientras me alejo de la cabaña, doy un último brinco fuera de la S y me topo con una cerca blanca que me llega hasta la cintura, es tan hogareño, tan de cuentos que siento mis ojos humedecerse, pero las evito. No soy esa clase de persona, así que me limito a alejarme de la cabaña mientras me aplico bloqueador solar en la carita.

Minutos más tarde, tal vez diez o veinte, no tengo ganas de abrir mi mochila y buscar el reloj, noto que el sol ha ido decreciendo y todo mi entorno parece un lugar distinto, completamente opuesto al bosque que dejé dos noches atrás. Destellos rojos atraviesan las siluetas negras en que se han convertido los árboles, mientras que unas motas doradas dan forma a los bordes de las hojas. Es hermoso y por primera vez en quince años, disfruto del atardecer, porque esta vez no significa olvido, sólo hay paz y belleza, y desearía poder guardar este momento para siempre.

11:00

Conforme avanzan las horas, comienzo a pensar que abandonar al gato no fue una buena idea, aunque “abandonar” no es precisamente la palabra correcta, eso implica dejar a alguien, yo no dejé a nadie, porque el gato en cuestión ni siquiera es persona. No lo conozco, sólo es un animal que me ayudó y ya. Asunto zanjado.

Rehago mi trenza, recordando lo peligrosas que son las ramas del sector, más ahora que el sol ha desaparecido casi por completo. Estoy exhausta. Me apoyo en un tronco menudo para quitarme la mochila, desato el pasador y comienzo a buscar mi pantalón. Lo encuentro, está justo bajo mi ropa interior, lo que me recuerda que con hoy, llevo tres días sin mudar mis pantaletas. No hace frío, así que guardo de nuevo todo en el bolso, excepto mi reloj. Camino en busca de algún lago para así poder asearme y cambiar mi ropa interior.

El sonido de un riachuelo no tarda en aparecer, pero está oscureciendo demasiado rápido y no estoy segura, alguna bestia salvaje puede aparecer, una en particular me tiene especialmente preocupada.

Con la ayuda de una rama, me abro paso en la espesura del follaje. El destello dorado-rojizo se ha perdido por completo en las hojas del bosque, en su lugar una bruma grisácea lo cubre mientras poco a poco los primeros rayos lunares van penetrando con rapidez entre las ramas. Apoyo mi cabeza en uno de los troncos para descansar un poco y tomar aire, la corteza del tronco me raspa la sien, pero no es la gran cosa, así que una vez que recobro mis fuerzas retomo la marcha.

Exactamente quince minutos más tarde, el tranquilo susurro del riachuelo me avisa que he llegado. Necesito desentumecer mis sentidos, así que pongo el doble de atención para identificar de dónde exactamente proviene el ruido, quiero aprender a escuchar.

A medida que avanzo, lo sé, he tomado la dirección correcta, el rico y dulce sonido de gotas arrastrándose en fuerte flujo me lo confirma. Me guía hasta el vórtice de la corriente. Comienzo a avanzar con rapidez, concentrándome únicamente en ese sonido, en los latidos del bosque, en el líquido sonido de la vida, todo con tal de no detenerme a pensar más, no quiero prestar atención al resto de los ruidos, a los chillidos agudos que me hacen pensar en bestias o esos alaridos que me erizan la piel de los brazos y nuca.

Al fin doy con el lago, sin perder más tiempo camino hasta el borde y me siento en cuclillas encima de una roca lisa que está tibia. Probablemente porque recibió toda la furia del sol durante el día, y me viene perfecto, dejo mis cosas en ella, mientras me inclino para tomar un sorbo de agua. Sabe bien, pero muy fría, así que me inclino sólo un poco para enjuagarme la cara. Desgraciadamente, no puedo obviar la capa de sudor en mi piel, así que no me queda más opción que deshacer mi trenza y

humedecerla ya que está toda apelmazada.

Es prácticamente de noche, así que no puedo pegarme una zambullida, tampoco es que esté muriéndome de ganas, pero aunque lo deseara, sería imposible. A falta de opciones, decido lavarme parte por parte.

Me quito la ropa y me quedo sólo en bragas y el sujetador. Doblo mi camiseta y la dejo sobre el pantaloncillo corto también doblado.

—¡Ay!—, dejo escapar un jadeo cuando mi mano húmeda alcanza la zona de mi cuello. Mi piel se enchina y resulta bastante doloroso. Y el contacto con la brisa, no mejora mi situación. Luego, con movimientos bruscos y rápidos, sigo con los hombros y axilas. Repito el proceso con el lado izquierdo, pero es, ¡rayos!, muy difícil, está heladísima. Me rearmo de fuerzas y vuelvo a tomar un poco de agua, y la deslizo por mi cuerpo.

Guiándome sólo por el tacto, vuelvo a curvar mis manos con la intención de acunar el máximo de agua posible e inclino la cabeza para llevármela hasta los labios, las mejillas, incluso la nariz. La sensación es liberadora.

—¿Está muy helada? —Ni siquiera me detengo a pensar en el dueño de esa voz, sé de quién se trata aún sin verle, el problema es otro, algo extraño, una actitud completamente involuntaria toma el control dentro de mí y de pronto me encuentro estirando ambas manos para cubrir mi cuerpo, lanzando en esa acción, mis pantaloncillos y camiseta, al lago.

—Mierda —dice el gato cuando giro un cuarto de mi rostro hacia él—, no quería asustarte —añade, pero justo en ese momento un rayo de luna se filtra en medio de nosotros dejando a la vista su rostro, y la sonrisa en su boca lo delata.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunto más molesta de lo que he estado nunca, mientras gateo hasta el inicio de la roca, donde dejé mi mochila y me maldigo internamente por no haber dejado también mi ropa ahí, así hubiera prevenido este accidente—. Le dije que quería estar sola.

—En realidad no. Tú dijiste que no confiabas en mí y luego... sólo te fuiste. En ningún momento mencionaste algo sobre querer estar sola y ahora que lo recuerdo, necesitas mi ayuda para salvar a tu amiga.

—¿No es un poco tarde para eso? Además, antes estaba vuelto un loco.

—Sí, siento haber actuado así.

Haciendo caso omiso de él, comienzo a ponerme el chaleco y saco el pantalón que había guardado para momentos como este, desgraciadamente, ahora me he quedado sin muda de ropa. Y todavía tengo que lavar mi ropa interior ¡Demonios!

—Espera un poco —me dice Irah, pasando junto a mí y dejando una ráfaga de perfume a su paso justo antes de saltar al riachuelo.

No soy una experta en la exploración, pero soy buena tomando nota de cada nuevo acontecimiento que toma lugar en mi vida, supongo que es un efecto

secundario de tener una memoria a la que no se le agota la pila.

Y algo que he aprendido en las dos ocasiones que he podido explorar el bosque, es que posee olores verdaderamente sutiles. Desde el musgo que se aloja en las zonas más húmedas hasta el romero que no veo pero que sé que está cerca; ambos tienen una esencia única y diferente entre sí, así como también la acidez de la hierba junto a la amalgama de aromas florales que emanan de los diferentes confines de este paraíso, incluso el calor del Sol rebotando en la piedra donde ahora estoy sentada tiene un perfume específico. Y aún así, el aroma de Irah no se parece a nada que conozca.

A duras penas consigo ver su silueta entre las aguas negras, unos tímidos rayos lunares se atreven a salpicar el agua y me dejan verlo moverse.

Con el chaleco a medio abrochar y los pantalones aún en mi mano, me acerco a la orilla con cuidado para ver al gato, pero no hay señales de él y demasiado tarde recuerdo lo que él dijo la primera vez que nos vimos: los gatos odian el agua.

Rápidamente, comienzo a desabrocharme el chaleco y lo arrojo lejos del agua, justo detrás de la mochila, hago lo mismo con el pantalón.

—Estúpido gato con aires de héroe. ¡Estúpido Irah!

Me acerco al borde lista para saltar y una lluvia de gotas me salpica cuando el gato emerge a la superficie con ambas manos alzadas, en cada una lleva una de mis prendas: camiseta y pantaloncillos cortos.

Veo que ha recuperado mi ropa y un sentimiento raro se agita en mi interior, sin embargo no hago caso a eso, así que me agacho y se los arrebató de las manos, pero Irah es más rápido y me sujeta de la muñeca con su mano izquierda mientras se apoya en la roca con la derecha.

—De nada —dice sin soltarme.

Me lleva bastante trabajo actuar normal, debe ser porque no lo soy. En mi caso, la definición de normalidad es actuar como un jodido bicho raro, eso es normal en mí, así que intento aplacar los temblores de mi cuerpo, que supongo son por culpa del frío e intento que Irah suelte mi mano. Por supuesto, no lo hace.

—¿Entonces? —me pregunta, pero le cuesta trabajo pronunciar palabra, su boca está temblando, está muerto de frío. «Somos dos compañeros», quiero decirle, pero en lugar de eso respondo:

—Fue estúpido. Ya suélteme, me duele la mano.

Él no dice nada, en cambio, da un vistazo a mi cuerpo completo y eso es incómodo; muy incómodo a decir verdad. Debe ser porque estoy de rodillas en la piedra y es dura, claramente la responsable de mi creciente incomodidad. La áspera y rugosa roca, traspasa mi piel, se entierra en mis rótulas causando un dolor persistente. Como el sonido de una abeja en el oído. Bastante irritante en realidad. Eso lo explica todo.

—¿Tienes frío? —su tono es pura malicia y como no quiero parecer débil le miento.

—Nada que ver, estoy muerta de calor.

—Buenísimo —suelta una risita infantil, luciendo más feliz de lo que le he visto nunca. Inmediatamente sé que algo no va bien, esa sonrisa no es de fiar. Por desgracia, tardo demasiado en notarlo e Irah ya ha tomado ventaja, su brazo es al menos tres veces más fuerte que el mío. Me jala hacia él y antes de poder gritar, me encuentro con el agua dentro de mi boca, oídos y nariz.

Estoy hundiéndome y es desesperante.

—Te tengo.

Mientras el cuerpo de Irah rodea el mío, me debato entre patearlo en el estómago o aferrarme más a él, opto por la segunda ya que de otro modo terminaremos los dos ahogados en el lago.

—Pudiste mencionar que no sabías nadar —Tiene la desfachatez de recriminarme.

—An-tes o después de que me... me a-rr-o-ja-ra al a-gua.

—Dijiste que tenías calor —otra vez lo escucho reír, pero no puedo ver su cara, tengo mi rostro enterrado en

la curvatura de su hombro y de algún modo me las arreglé para enrollar mis brazos entorno a su cuello.

Es como una baya de la salvación.

—Muy bien, ahora me estás ahorcando. Ya no es gracioso.

Claro que no es gracioso, me provoca matarlo a golpes, ahora todo tiene sentido. Con razón no nos dejaban leer cualquier libro, es demasiado obvio. No en vano el perro es el mejor amigo de la mujer. ¡Los gatos apestan!

—Sáqueme de aquí —exijo, porque mi rabia se ha convertido en furia asesina y es muy difícil luchar contra los deseos de patearlo en el estómago—. ¡Irah!

Él traga un poco de agua cuando lo pateo en el estómago, pero se recupera al instante. Me agarro con fuerza de su cuello, porque el agua hace que me resbale y aunque quiero verle la cara para ver si se está riendo, me aguanto las ganas porque tengo miedo de ahogarme.

«Emil», pienso y me siento mal por recordarla apenas ahora. No puedo ahogarme, ¡Claro!, tengo que salvarla. No huí de La Grata para salir de paseo, ni domesticar a un animal. Estúpido gato distractor.

—Ya sabes, estoy esperando una disculpa o gracias, como mínimo.

Las manos del gato están aferradas a mi cintura y es tan alto que da la impresión de que ni siquiera está na

dando, ya que no mueve las manos, sólo las usa para afirmarme. Rayos, no sé qué pensar.

—¿Está de pie?

—Sí —dice y por la forma en que siento su mandíbula presionar mi cabeza, noto que está asintiendo.

—Bueno, yo no.

—Eso ya lo había notado, ¿entonces?

—Oh, ¿en serio va a obligarme? —es más fácil decir esto cuando no puedo verlo a la cara, no entiendo el porqué. Sólo sé que sus ojos amarillentos me intimidan.

—Hago mi mejor esfuerzo.

—Pues no es divertido —digo saltando en el agua mientras recuerdo que puedo flotar—. Dese por enterado.

—No se supone que lo sea —reconoce, pero percibo cierta risa en su voz—. Aunque podemos ponerle remedio a eso.

Antes de que pueda procesar sus últimas palabras, Irah me gira y pone su brazo tras mi cabeza. Me giro y noto que hemos vuelto al principio, estamos apoyados en el borde del lago. Yo atrás y él cubriéndome, formando una cárcel gatuna con su cuerpo. Estiro uno de mis pies para ver si consigo tocar fondo ahora que estamos en la orilla, pero no lo logro, así que me sujeto fuerte del gato.

—No tenía idea de que fuera tan hondo —murmuro, pero me callo al recordar que ahora puede verme la cara y claramente yo puedo ver la suya. Hay que decirlo, está muy cerca de la mía, tiene esos ojos amarillos que involuntariamente me hacen recordar a esa bestia hambrienta de la que me salvó la última vez.

—Lo que demuestra que eres una irresponsable. Ni siquiera puedes cuidar de ti misma y pretendes salvar a tu amiga. Oh, pobre Emilia. ¿Así se llamaba, verdad?

—Oiga, yo estaba perfecto hasta que usted llegó a interrumpirme. Y su nombre es Emil, ¿no Emilia!

Irah se queda viéndome serio, su mano no abandona nunca su lugar en mi cintura. No hay demasiada luz y los ruidos que oí antes ahora comienzan a preocuparme.

—Tengo frío —le recuerdo, un poco nerviosa ya que no deja de mirarme—, salgamos de aquí.

Su cabello claro luce oscuro porque está empapado, igual que el mío, y se le adhiere a la frente, look que lo hace lucir diferente, mejor. Una de esas gotas se desliza hasta abajo por la piel de su frente hasta la ceja y se queda ahí, distrayéndome, está inmóvil en su pestaña por tanto tiempo que parece que no se va a mover, pero lo hace y aterriza justo donde no quería, donde será imposible de olvidar: en el lunar de su mejilla.

—Sí, salgamos —murmura con tono distraído y un atisbo de alegría destella en mí: no me hizo disculparme. Qué extraño que ahora eso no parezca tan genial.

En el trayecto de regreso a la cabaña, me las arreglo para lucir molesta y no hablar. Hay varias razones para hacer esto: eh, bueno estoy molesta. Además tengo

mucho frío, pero la razón principal es que no sé qué decir. Algo raro ocurrió antes en el lago, algo a lo que no sé dar nombre. Irah tampoco hace mucho por socializar, una vez que salimos del lago, le pedí que se girara para poder cambiarme y él lo hizo sin rechistar, ni siquiera respondió, en realidad, tuve que darme vuelta para constatar que no estaba espiándome, pero se había ido sin decir nada. Ya vestida, cuando me preparaba para continuar con mi travesía, él apareció de la nada, arrebatándome la mochila y ofreciéndome su brazo.

Pude haberle dicho que no quería regresar con él, pero ¿a quién quiero engañar? ambos sabíamos que estaba lo suficientemente sola y desesperada como para rechazar su ayuda.

—¿Estás bien? —me pregunta y yo asiento, pese a que no puede verme. La oscuridad ha descendido al menos dos tonos en la escala de diez las hojas crujen bajo mis pies, los de Irah en cambio no hacen el menor ruido.

—No luces nada bien —me provoca, pero no tengo ganas de responder, no tengo ganas de nada en cualquier caso, el lago me dejó agotada y sólo quiero llegar a la cabaña a dormir.

—¿Cuánto falta? —pregunto, apurando mis pisadas, este gato camina realmente rápido.

—Otra media hora, por qué ¿Ya te cansaste?

A diferencia de la última vez, Irah está con camiseta junto a unos vaqueros raídos de forma natural, desgraciadamente no sirven de mucho ya que está empapado. Él no traía muda, claro, debió pensarlo antes de arrojarlo como un idiota al lago. Nadie le pidió que trajera mis cosas de vuelta. Además, por su culpa las dejé caer al agua.

—No —titubeo—. ¿Y usted?

—¿Qué pasa conmigo? —pregunta, sin dejar de caminar. Ahora que la ropa se le pega a la piel, su silueta se ve más delgada, es alto, muy alto, nunca vi a nadie así de grande en La Grata. Es curioso que ese detalle me haga sentir tan segura, a salvo, sobre todo porque hace sólo unas horas me resultaba aterrador. Continúo con mi escrutinio, aunque no se logra ver mucho, la luna apenas y consigue traspasar el denso túnel de ramas y hojas que forman sobre nuestras cabezas, pero aún así me doy cuenta de que va descalzo.

¿Y él dijo que yo era la irresponsable? ¡Por favor! Vagando así podría morderlo algún animal o enterrarse una roca.

—¡Ay! —grita, agarrándose una pierna y cojeando, aún así no suelta en ningún momento mi mochila.

Me muerdo la boca sintiéndome culpable por atraer la calamidad con mis pensamientos y me apresuro en llegar hasta él, pero el gato baja la pierna tan rápido que no consigo ver si se lastimó o no.

—¿Se ha herido el pie? —suelto como si no quiere la cosa, mal que mal, nadie lo

manda a andar descalzo.

«Tal vez salió apurado porque quería encontrarte», dice una molesta voz en mi cabeza, pero no le hago caso, nunca antes nadie se ha preocupado por mí y un gato no será el primero en intentarlo.

—Estoy bien —suelta y toma mi mano para que apresure, pero camina tan rápido que me hace tropezar.

—¡Maldición! —Gruñe fastidiado y hace chistar su lengua—. Ven, yo te llevo.

—¿Cómo? —pregunto, observando cómo se descuelga la mochila y se la pone por delante, con la carga en

su estómago. Sonrío un poco, porque se ve realmente gracioso.

—Así —me responde y su aliento me hace cosquillas en la oreja cuando se inclina para hablarme—. Súbete

Irah se inclina un poco y lleva ambas manos hacia atrás, como cuando Emil y yo éramos pequeñas y jugábamos a ser pollitos.

—Peso

—Creo que puedo con ello.

—Es que, en serio...

—Sube, no me hagas ir por ti, por favor Aya. No eres la única que quiere llegar a casa.

No es que me preocupe su amenaza, más que nada es el hecho de que estoy cansada y si él quiere joderse la espalda, pues, es una pena, pero no deseo perder el tiempo discutiendo en el bosque, porque aunque a diferencia de Irah llevo ropa seca, mi pelo es largo y está empapado. Por lo tanto, doy un paso hacia su cuerpo y me agazapo a su espalda, soy todo tentáculos enroscándome a su cuerpo, mis piernas le rodean la cintura y él me da ánimos apretándolas, asegurándome que no va a dejar que yo caiga.

Mis brazos están tensos rodeándole el cuello, algo bastante similar al episodio del lago, sólo que ahora debo pesar el doble y bueno, yo estoy seca, casi seca en realidad, porque la espalda de Irah está mojando mi pecho y muslos.

—No tan fuerte Aya —pide él y su voz suena ronca, rayos, lo estoy ahogando.

—¡Lo siento!

Lo escucho toser, pero sé que está bromeando cuando exagera un gemido. Me paso el resto del trayecto con la cara recostada en su espalda, mi frente descansando en la tela húmeda y tibia que cubre su piel e inhalo su olor como si en ello se me fuera la vida. Él huele a bosque, noche e Irah. Sin poder evitarlo, me pregunto ¿cuánto durará esto? Una parte de mí está desesperada por encontrar a Emil, la quiero más que a nada en este mundo, pero... pero

—¿Todo bien?

Mi corazón pega un brinco, cuando Irah gira su rostro, está rojo y gotitas claras

perlan su frente, puedo verlas porque está casi pegado a mi cara. Además, la luz de la cabaña llega directo a nuestros cuerpos, lo que me hace ver que hemos llegado y ya va siendo hora de que me baje del cuerpo.

—Sí, sólo bájeme.

—Muy bien. Hey, calma. ¡Aya!

Estoy un poco desesperada por salir de su espalda, así que no espero que él se incline y tropiezo contra el cerco, es pequeño y luce inofensivo, pero logra causar un rasmillón en mi pantorrilla. ¡Como si no tuviera suficiente ya! Mi sien, la rótula y ahora también la rodilla.

—Te dije que esperaras.

—Estoy bien, sólo ¡Auch!, no es nada —digo sobándome la herida. Irah, por esta vez no me molesta y abre la cerca para que yo pase, lo hago y él pisa mis talones. Ya en la cabaña, la enana puerta hace un ¡clap! cuando la cerramos y una vez dentro, él se precipita a la esquina del cuartito justo a una esquina de la pequeña mesita de los rayones, mientras yo recuesto mi cabeza contra la puerta y gran parte de mi espalda. Estoy exhausta, pero no lo suficiente como para pasar por alto ciertos detalles, como el hecho de que en la esquina donde Irah acaba de sentarse hay un pequeño lavaplatos, temprano, cuando desperté, no lo vi, bueno también hay una decena de lámparas repartidas por la pieza que antes no estaban, seguramente las sacó mientras yo no estaba.

Desde donde estoy parada no consigo ver lo que el gato está haciendo, así que tiro mi mochila sobre la alfombra sin siquiera mirar, ya que tengo toda mi atención puesta en ese felino.

Doy el primer paso en su dirección, pero me detienen unas manchas sobre el suelo de madera: frente a mí, veo un pequeño camino hecho con huellas de sangre que se encaminan hacia Irah, tienen la forma de sus pies. Pienso en el momento en que lo vi cojear, ahora entiendo el porqué prefirió cargarme en brazo, lo hizo para distraerme y no dejarme ver su herida. «¡Oh, estúpido gato. ¿Por qué hiciste eso?!», pensé.

No sé si matarlo o ponerme de rodillas para que me disculpe.

—Si vas a decir que lo sientes, ahórratelo —la calma de su voz me golpea de la misma forma que podría haberlo hecho una cachetada. Él ni siquiera me ha mirado, es todo seriedad. Está concentrado en su pie enlodado, trata de limpiarlo delicadamente, evitando tocar de forma brusca esa fea herida que, poco a poco, se va dejando ver en su planta. Es como un ojo y me da escalofríos—. Y a no ser que tengas estómago fuerte, te recomiendo ir a la cama.

Tenía una respuesta bastante buena para eso, una que no tenía nada que ver con la verdad y todo que ver con quedar como alguien digna de respeto, no una muchachita debilucha, pero entonces él dejó de prestar atención a su herida y me miró con sus

ojos dorados. Realmente se clavaron en mí, incomodándome, haciendo que me sintiera mal, desnuda, peor aún, vulnerable. Y así, sin esperarlo, las ganas de aparentar fortaleza se fueron al traste y sólo quedé yo, la Aya defectuosa que recuerda más de la cuenta y que tiene la certeza de que el día de mañana este gato la olvidará.

—Y, no es que te ofenda, pero no pareces ser del tipo rudo.

—Tiene razón —esto pareció sorprenderlo—. No lo soy —admití, ya sin fuerzas para seguir el juego de tiras y aflojas.

Él deja de limpiar su pie y me doy cuenta, demasiado tarde, que tras su cuerpo ha escondido un cuenco de vidrio con agua. Bueno técnicamente era agua, sólo que ahora está rosada, teñida con sangre. Luego, como notando mi aversión, cubre su herida con otro paño, no uno limpio, pero sí menos sucio.

—Gracias —suelto, porque me siento realmente agradecida de que haya cubierto su fea herida.

Irah se estira y la mitad de su cuerpo queda escondido bajo la mesita, como respuesta, deja mucho que desear, pero entonces él sale de su escondite con dos toallas hechas bolita entre sus manos.

—¿Todo eso salió de ahí?

Él asiente.

—¿Qué más hay?

—Te sorprenderías —Me provoca con tono malicioso y sus ojos almendrados se abren más de lo habitual,

incluso alza sus cejas para dar énfasis al asunto. Por supuesto, eso me pone realmente curiosa, pero decido sepultarla por esta noche—. Sécate el pelo, luego podrás dormir.

Me lanza la toalla a las manos, no a la cara como hacía Emil cuando despertaba de mal humor. Me preocupa encontrarme comparándolos y centrarme más en sus diferencias que en sus similitudes, porque eso significa que el gato me interesa más por ser quién es, que por parecerse a mi amiga, como había creído en un principio. Y eso, sencillamente no está bien, he sido abandonada, más bien omitida demasiadas veces, como para arriesgarme. Y aunque esta noche parezca imborrable, sé que él la olvidara. Todos lo hacen

Comienzo a secarme el pelo e Irah se pone de pie, no me pasa desapercibida su cojera y otra vez, siento como si me sacudieran el corazón. ¡Qué extraño!

—Ten —dice entregándome una caja con galletas—. Hay agua limpia en esas botellas en la esquina, mañana iremos por más. Ahora estoy muy cansado para ir al pozo.

—¿No va a cambiarse? —pregunto, porque veo que no tiene intención de moverse, tal vez piensa que voy comer en este preciso instante, una lástima ya que no tengo hambre. Supongo que por el ejercicio del día debería estar famélica, pero tengo

unas cosquillas en la pansa que me impiden sentir otra cosa salvo nervios.

—Claro, una vez que te duermas.

—No voy a mirar —le aviso, cruzándome de brazos con la intención de parecer ofendida.

—¿Segura? —respira, inclinándose hacia mí, quitando un mechón húmedo de mi frente para acomodarlo tras la oreja. Pestañeo, intentando recomponerme del impacto. ¿Qué diablos? Esto no es normal. Inmediatamente llevo una mano a mi estómago, ¡Dea-mater, siguen las cosquillas!

—Tanto como si mi vida dependiera de eso —digo, pese a que estoy asintiendo.

—Muy bien —suspira con expresión afligida—. Supongo que teniendo en cuenta tu situación, no tengo que temer que abuses de mí.

Dejé de comprender lo que decía desde que utilizó la palabra “situación”. Cuando noto que se lleva una mano a su camiseta, rápidamente me doy la vuelta, incluso si somos especies distintas, no parece correcto mirar, quiero decir, no me gustaría que él lo hiciera conmigo, así que supongo que eso lo explica.

«Lo que se siembra se cosecha»

Me arrodillo sobre la alfombra, otra vez transformada en una sencilla cama. Irah la hizo a la perfección, tiene sabanas, frazadas e incluso un par de cojines para fines más prácticos que decorativos. Una versión mejorada de la improvisada cama en la que desperté, tiempo atrás, después del ataque de ese hombre.

El sonido de la ropa húmeda cayendo como trapo contra el suelo, atrapa mi atención; es su camiseta, deduzco, porque le sigue el retintín de un cierre y de nuevo, percibo el murmullo de la fricción del pantalón contra su piel, luego un eco seco cuando éste cae el piso. Se me calientan las mejillas. ¡Maldición! realmente debo haber pescado una enfermedad o algo así.

Comienzo a mover ambas manos, intentando refrescarme la cara, a estas alturas me he dado por vencida con el secado de mi cabello, sin embargo, lo último que necesito ahora es acatarrarme, Emil me necesita sana y fuerte.

—Muy bien. Ya estoy listo, puedes girarte.

—¿Qué? —tiene que estar loco, no hay otra explicación. Me meto en el intento de cama y me cubro hasta la

cabeza—. No pensaba girarme —digo, una vez que estoy segura bajo las frazadas.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—¡La que se merece cuando lanza cosas como esa así de repente!

Me gustaría ser capaz de poner esas miradas crueles que nos daba Liese, a pesar de ese rostro infantil, tenía los ojos de un demonio.

Rayos, otro escalofrío, alejo de mi cabeza la imagen de mi profesora de Religión y me concentro en el cojín que se hunde a mi lado. Él no puede dormir acá, aunque técnicamente es su cama, pero aún así. Oh, por favor, ni siquiera es un hombre, no es como si fuera a comerme o algo así.

—¿Roncas? —me quedo quieta mientras lo siento acomodarse junto a mí, suelto un suspiro de alivio cuando descubro que se ha quedado encima de las sábanas—. ¿Aya? —comienza a sacudirme, intentando despertarme—. ¿Sigues viva, verdad?

—¡Estoy bien! —digo enojada, acomodándome el pelo aún mojado.

—No, no lo estás, sécate esa mata. Y tranquila —añade, al ver que no me muevo—. Esperaré a que termines para apagar la luz, no eres la única que tiene sueño.

—Lo tengo muy largo, tardaré horas. Mejor présteme una tijera, nos haré un favor a los dos.

—No seas dramática. Cargué contigo tres kilómetros, creo que puedo aguantar un poco más.

El remordimiento viene otra vez, recordándome que aún no me he disculpado. «Le has dicho gracias». Sí, pero no es lo mismo que ofrecer disculpas. Me siento confundida, la situación me incomoda y ni siquiera entiendo bien el porqué.

—Y si se duerme...

—Me despiertas y ya, fin del asunto.

—No puedo —musito, perdiendo mis últimas reservas de esperanza—, me olvidará.

Él me mira por encima del hombro, con la barba crecida y el pelo alborotado. Sus ojos acaramelados me sonríen con ternura, desvío la vista para no pensar cosas que no son, no es saludable. Es lástima y ya está.

Nada más que eso, lástima.

—No, no lo haré.

—Si lo hará, cuando el reloj da las doce, todos los cerebros se formatean y...

Me callo cuando Irah me muestra mi reloj, ni siquiera noté cuando lo sacó de mi mochila.

—Son las una de la madrugada ¿ves? —dice ofreciéndome el reloj, olvido mis reservas y me inclino a mirarlo, en efecto, son las una pasada en quince minutos. ¡Virgen querida!

—Es porque no has dormido... Sí, debe ser eso.

—¿No crees que ya hubiera comenzado a convulsionar? —Por supuesto que lo he pensado, pero me estoy

quedando sin excusas, no puede ser real, no podemos ser...

—Iguales —le oigo a decir.

—¿Perdón?

—Dije que somos iguales, que no eres la única que puede recordar —me mira

fascinado mientras habla y francamente no entiendo porqué, no hay nada de fascinante en ser un bicho raro.

—¿De dónde saca que puedo recordar? —mi tono es una oda a la calma, incluso logro sonar divertida—.

Justo como me temía. Señor gato, está un poquito chiflado ¿verdad?

Irah levanta una ceja, su cabello se ha secado y ha vuelto a lucir rubio, combina perfecto con sus enigmáticos ojos del color de la miel.

—Pequeña, estuviste dos noches durmiendo en mi cama —me recuerda desviando la vista a la alfombra donde estamos recostados ahora—, sin mencionar que pasaste la mitad del día inconsciente ¡Ops! Lo siento, acabo de mencionarlo. En fin, creo que tengo razones de sobra para decir que somos iguales.

Mi boca cae abierta, he sido pillada ¿se puede ser más estúpida? Para colmo de males, en ese preciso momento Irah lleva su mano a mi mandíbula, la acaricia con dulzura y me invita a cerrarla. Maldición, qué vergüenza.

—Mira, estoy exhausto, qué te parece si te das prisa con el pelo y a cambio, yo mañana te muestro La Große, o La Gran Torre, como quieras llamarla.

—¿Mañana? —ni siquiera me molesto en ocultar mi emoción.

—Sí, mañana, pero sécate ese pelo rápido, no querrás pescar una gripe.

No necesita repetirlo dos veces.

«¡Ay!, espérame un poco más Emil, que allá voy»

12:00

Irah ha decidido ayudarme sin poner trabas. Lo sé porque, en cuanto me desperté hoy por la mañana, se mostró bastante amigable. Incluso sirvió desayuno, pese a que la noche anterior, me esperó despierto hasta las tres de la mañana, hora en que al fin terminé de secarme el cabello. Como si eso fuera poco, me arrastró de un brazo hasta el pozo, a sólo unos metros de la cabaña con la intención de mostrarme algo vital en la búsqueda de Emil.

—¡Ay! tenga cuidado, no soy de fierro —exclamo cuando me arrastra de un brazo hasta el borde del pozo.

El gato usa mucho esto de “arrastrar” a las personas hacia algún lugar, quizás es algo característico en su especie: la falta de paciencia. Lástima, lo prefiero delicado, aunque sólo se da cuando duerme. Lo sé porque me desperté varias veces en la madrugada, sólo para comprobar que seguía dormido, o en el caso contrario, salir corriendo antes de los típicos gritos e interrogatorios que vienen después del formateo de mentes. O aún peor, constatar que él había salido huyendo despavorido al ver a una desconocida durmiendo a su lado.

—Tampoco yo, pero parece no importarte.

Me distrae ese comentario, pero lo dejo pasar cuando se lleva una mano a su frente como protegiendo sus ojos del sol, luego apunta hacia la derecha. Imito su gesto y me cubro intentando captar lo que él ve.

—Ven aquí —no es una sugerencia, me agarra de la cintura como si fuera peso pluma y me sube en la base del pozo.

Me quedo quieta, mirándolo fijo, hoy no trae sus pantalones azul sino unos color beige y la camiseta que le cubre el cuerpo es de un gris oscuro. Agradezco su vestimenta, ya me estaba hartando de ver sólo su piel, día y noche. De repente, mientras nos miramos, se me pasa por la cabeza que quiere arrojarme en el hoyo, pero la descarto, no tiene lógica. No hubiera pasado por tanto sólo para deshacerse de mí de una forma tan banal.

Tal vez esta es su manera de conseguir agua.

—Gatito, necesitamos un balde —le recuerdo.

—Olvídate de eso, luego el agua, ahora pon atención ahí.

Vuelvo a imitar su gesto, al principio todo lo que veo son árboles, incluso si elevo mi vista hacia el cielo, por encima de su copas, no hay nada a excepción del azul puro que me hace evocar los ojos de Emil y luego nada.

—Sigue intentando —me dice con voz suave, percatándose de mi vacilación. Concentro toda mi energía y pruebo otra vez y sólo veo verde, verde y...

—¡Todo es verde!

—No todo. Tú cara por ejemplo, está blanca, parece leche —se burla y me da un

poco de vergüenza. Tal vez exageré con el bloqueador esta mañana, pero él no sabe lo dolorosa que son las quemaduras cuando se tiene una piel como la mía—. Prueba a la izquierda.

Volteo mi cuerpo hacia donde él ordena y la veo. Es gigante, tan alta como para perderse en el cielo, poderosa e inalcanzable. Parece nacer en algún punto medio del horizonte.

—¡La gran torre! —Exclamo sin pensar—, ¡la encontré!

—Sí, La Große, ¿No soy un genio?

—¡Sí que lo es!

Estoy tan feliz que podría cantar, quiero hacerlo, muero por hacerlo aunque lo hago fatal. Oh mierda, me arrojaría a sus brazos, se siente bien cuando me abraza, es algo nuevo. No había experimentado nunca algo parecido, ni siquiera con Emil.

—Entonces, ¿cuál es el plan Oh-gran-genio? —pregunto, mientras intento bajarme y rechazo su mano cuando él hace ademán de ayudarme a bajar. Pero cuándo me mira ofendido, sé lo que está pensando: soy una mala agradecida, pero es todo lo contrario, me siento demasiado agradecida, demasiado en deuda. Además no me gusta la forma en que me siento a su lado, segura, a salvo. No quiero depender de él porque no sé cuánto tiempo va a durar, incluso si resulta real, si de verdad recuerda, no existe un futuro donde podamos continuar el viaje juntos, ya que tengo a Emil, Irah sólo me va a ayudar, el tiene su mundo, tiene su cabaña, su bosque. Él tiene una vida y yo no formo parte de ella.

—Primero ir por agua.

—¿Dónde está el balde?

—Ahora gira a tu derecha y mira hacia el piso —lo hago y ¡que tonta! Hay dos y son lo bastante grandes como para no pasar desapercibidos, ambos están apilados uno sobre el otro a sólo unos pasos de mí.

—¿Promete no mojarme? —le pregunto, todavía temerosa por su jugarreta de ayer en el lago.

—¿Y arruinar ese maquillaje? —me responde haciendo alusión a mi exceso de bloqueador, luego se lleva una mano al corazón y retrocede con una expresión ofendida que es cien por ciento fingida. Ese gato es un actor incorregible—. No soy esa clase de persona ¿Por quién me tomas, Aya? No soy un gato cruel.

Nos pasamos otros quince minutos llenando los cubos. Bueno, él llenándolos y yo mirando, Irah insistió en que sería más un estorbo que una ayuda. Al principio me negué a dejarlo mandar. Claro, eso fue antes de que el gatito se acercara a mí con actitud firme, pero a un ritmo endeble. Sus pisadas, esa pierna y su cojera, me hicieron recordar que, anoche él se había herido al ir por mí, por lo que automáticamente me obligué a no discutir. Ya lo había jodido todo una vez, si continuaba dejándome dominar por el orgullo no haría más que arruinarlo todo, otra

vez. Además al verlo lastimado constaté que no era el gato invencible que parecía ser en un inicio.

Hoy se trataba de agua, mañana podría tratarse del rescate de Emil. Así que tomé una decisión: no más orgullo en lo que quedaba de travesía, por lo menos no tanto y no frente al gatito, mi único aliado.

Cuarenta minutos más tarde, una vez que hemos recolectado agua, bayas y sebiata para hacer jugo, nos regresamos a la cabaña. Nos tardamos el doble de lo que me hubiera llevado a mí ir sola. Pero no me quejé.

No. Nada de berrinches.

Mientras me quito las sandalias y deshago mi trenza, observo a Irah cocinar. Posee una técnica algo arcaica, pero huele bien e imagino que el resultado no estará mal.

—Ya hemos perdido cuatro días —le digo ligera, sin ánimos de presionar, pero con el mensaje intrínseco de: “hoy puede ser un buen día para dirigirnos hacia La Große.

Irah no responde, parece concentrado mientras muele la sebiata con una roca de forma ovalada.

—Tal vez, después de comer —sugiero, mientras arrastro una de las sillas y me acomodo en la mesa junto a él. Estamos bastante cerca, tanto que puedo ver a gran detalle el jugo de la sebiata, tiene un color rojo oscuro como la sangre, siento cómo se me revuelve el estómago—, supongo que no será fácil así que lo mejor es que partamos bien alimentados —digo aún asqueada por la imagen que me formé del jugo de sebiata. Era imposible no compararla con el color y textura de la sangre. Asco.

—Tienes que estar loca si piensas que nos presentaremos allá después de la comida —dice sin mirarme y casi pierde un dedo al moler la fruta sin mirar. Ambos gritamos al ver el líquido rojo correr por sus dedos.

«¡Virgen bendita!» exhalo al ver que él sonríe y yo comprendo que no es sangre.

—¿Entonces? ¿Qué tiene en mente? Porque ya me estoy quedando sin ideas.

—Para empezar, no hemos perdido cuatro días: tú estuviste dos y medio inconsciente. Luego, decidiste ir a jugar a la exploradora en el bosque. Ya van dos veces en plan Caperucita ¿No será mucho? Son las once —mueve su muñeca y me enseña un reloj que nunca antes le había visto, es de oro y tiene apuntada no sólo las manecillas del minuterero y segundero, sino que además, en la parte de inferior, justo por debajo del número seis, hay un pequeño recuadro con una cuenta regresiva.

—¿Lo ves? No necesitas preocuparte por el día cuatro. Apenas empieza.

—¿Qué es eso? —digo en referencia a la cuenta regresiva de su reloj, pero Irah gira la mano rápidamente y continúa machacando la sebiata.

—Un reloj.

—Sabe que no me refiero a eso.

Irah suelta la roca y se gira a mí, sus misteriosos ojos amarillos me provocan otra vez esa sensación insondable y pienso en el sol, en su calor.

—Anaya —dice mi nombre completo y su tono es pura exasperación contenida—. Haces demasiadas preguntas.

—¿Muchas?

Él asiente y un atisbo de sonrisa quiere escapar del borde de su boca.

—Demasiadas, no quiero mentirte, pero no me estás dejando otra opción —desliza el pulgar por el cuenco de fruta molida, se lo lleva a la boca y succiona

—Maldición, esto está bueno —Irah parece disfrutar el sabor, se gira hacia mí con una sonrisa nerviosa. Me ofrecerá su dedo ¿Lo hará? ¿Serán los gatos capaces de compartir algo así de íntimo? Martha Brooke y Patrinix Anouk hacían cosas como esas, pero era distinto, eran hermanas, mujeres, descendientes de La Grata como Emil y yo. Por lo que sé, los gatos no hacen cosas como esas. Confirmado, no lo hacen, ya que Irah limpia el dedo en su camiseta azul y continúa machacando.

—Como te decía, son apenas las doce, dudo que alcancemos siquiera a almorzar. Nos tomaremos este jugo energético, pelaré un par de bayas para el camino y ya veremos en casa.

Me cuesta un momento procesar todo esto, cuando por fin lo asimilo pregunto.

—¿Va a llevarme a su casa?

Él asiente.

—Pero, ¿acaso no estamos en ella?

—Te dije antes que esta era una cabaña —estira el brazo para alcanzar un jarro y saca un colador diminuto de él—, podríamos decir que estoy tomándome unas merecidas vacaciones.

—¿Vacaciones? —pregunto, mientras el gato vacía el jugo de sebiata en el jarro y los trozos de fruta se quedan atrapados en el colador.

—¿No tienen vacaciones en la Grata?

Niego.

—Ni siquiera sé lo que son.

—Bueno, son algo así como. ¿Tienen trabajo al menos?

—Por supuesto, tenemos profesoras, enfermeras. Está Nissi, la dea-mater, nuestra gobernadora, ella es quién dirige nuestra familia.

—Querrás decir ciudad —responde él escéptico—. Ten.

Tomo el vaso que Irah me ofrece, un poco aprensiva por el color.

—Anda, Pruébalo.

—Ya, es que no tengo sed.

—Qué mala mentirosa eres. Mira, si te sirve de consejo, cerrar los ojos ayuda. Sé que el color no es de lo mejor, pero su sabor es increíble.

Hago lo que él me dice y noto que Irah tiene razón, en realidad el jugo no tiene

mal sabor, por el contrario, sabe increíble. Quién hubiera pensado que el jugo de Sebiata podría ser tan sabroso.

—Son las bayas —me dice él después de que se me escapa un suspiro— le dan el toque dulce. Bueno, mientras tú te acabas eso, yo te explicaré lo que son las vacaciones.

Y entonces, Irah se pone a hablar sin descanso, incluso un poco molesto. Es como si no pudiera creerse que yo provenga de un lugar donde no tenemos derecho a “descanso de nuestras obligaciones”, como bien lo definió él.

—¿En qué trabajas?

—Con computadoras, ya te lo dije. A todo esto, ¿qué edad tienes? Se me olvidó preguntarte eso.

—Quince —él escupe el jugo y empieza a ahogarse. Temiendo que se le haya pasado alguna pepita de las bayas, me paro de la silla y comienzo a darle palmaditas en su espalda con una mano y levantarle los brazos con la otra.

—Estoy bien —dice—, ¡Dije que estoy bien! —. Ahora levanta la voz y se sacude de mí, no añade nada más, supongo que me excedí con los golpes, pero podría jurar que lo oí susurrar algo como: «Quince... Joder»

Antes de partir me aseguro de llevar todo, el reloj en mi muñeca, la mochila cargada. Esta vez, por orden de Irah llevo mis pantalones largos en lugar de los cortos, ni siquiera me preocupé en discutir, mejor así, ha estado malhumorado desde que salimos de casa. También insistió en que llevara el chaleco con gorra, así podré cubrirme el cabello, además de los brazos, cuello, en resumidas cuentas, toda la piel.

Es un tanto absurdo dada la temperatura, sobre todo porque él seguía con sus cómodos pantalones beige y esa camiseta delgada azul puro como los...

—Gato —digo, alejando de mi mente la imagen de Emil y sus ojos azules.

—¿Ah?

Él ni siquiera se detiene o se gira a mirarme, por el contrario, sigue caminando y —pese a su cojera— me lleva ventaja. Lo miro caminar y me doy cuenta que no es rápido, sólo resistente. Fuerte como un roble, yo en cambio, estoy derritiéndome bajo toda esta ropa.

«¿Por qué tiene que ser tan mañoso?»

«¿Qué tal si termino frita? »

«¿Qué sucedería entonces?»

—Me estoy asando.

—Ya falta poco, aguanta un poco más.

—Eso fue lo que dijo hace media hora —digo mientras exprimo mi barrita de bloqueador y me aplico otra capa más sobre la piel de la cara, arde como una condenada.

—No seas llorica.

—Explíquemelo otra vez entonces, explíqueme cómo sabe que no moriremos fritos de un momento a otro.

—Sólo lo sé.

—Pero el sol es tremendo.

—Ya, pero nadie muere frito por eso.

Mis labios reseco tienen una idea muy diferente, pero omito eso. Estoy demasiado exhausta para replicar, además es incómodo caminar con la ropa interior empapada de sudor, por no mencionar asqueroso.

—Alguien tendría que enseñarle modales.

Pasó otra media hora, antes de que Irah se detuviera frente a un poste, muy parecido a los que habían en La Grata. Prácticamente me arrastré hasta ahí y el gato tuvo que esperar unos seis minutos para que le alcanzara.

Debemos lucir ridículos, ambos recostados sobre el mástil de concreto, a espaldas del otro. Esa era la escena hasta que Irah rompió el silencio, supongo que es más fácil conseguir respuestas justo en momentos como estos: cuando estás exhausto, sediento y sin poder ver la cara de tu interlocutor.

—Cómo te diste cuenta que eras...

—¿Defectuosa?

Lo escucho reír.

—No. En realidad, iba a usar la palabra especial —se toma su tiempo—. Diferente, ya sabes distinta al resto.

—Lo mismo, un jodido bicho raro.

Su brazo se desliza por el poste y sacude al mío.

—No es verdad Aya —dice aún sin soltarme.

Agradezco que estemos aquí, en medio de la nada, rodeados de árboles y un sol resplandeciente, sobre todo, doy gracias por el poste que impide al gato verme, porque yo Anaya Sonnenschein, estoy a punto de romperme.

—Escucha muy bien lo que te voy a decir —carraspea—, y ¡por favor, no te alarmes! ¿Vale?

Me seco la cara con mi manga, antes de que él decida girarse.

—¿Vale? —su mano presiona más fuerte en mi hombro.

—Me lo pensaré.

—Joder.

—Sólo diga lo que está pensando.

—No te lo tomes como algo personal, pero eres exasperante.

—¿Eso era lo que quería decir?

—No, pero me hiciste enojar, así que no te lo diré.

—¿Exasperante, en el sentido bueno o malo?

—No existe sentido bueno para la palabra exasperante.

Automáticamente mis memorias se transportan al pasado: aquella ocasión en donde se nos ordenó limpiar los retratos de las mártires y reté a Emil a utilizar su propia saliva cuando se le volteó líquido limpiador. Ella me había sonreído con genuina diversión y me había dicho “Eres exasperante”, luego limpió el cuadro con su propia saliva.

—Supongo que no.

—De todos modos ¿Cómo lo supiste?

—¿No es obvio? En clases de Ciencias, desde pequeña todo fue muy claro para mí. De hecho, soy bastante inteligente, entendía a la primera cuando hablaban de las partes del cuerpo, del sistema nervioso, el cerebro, la memoria a corto plazo, largo plazo. Por supuesto, ambas disfuncionales en mí.

—Hablas de memoria a largo plazo. Pero, me pregunto ¿qué es largo plazo cuando tu único plazo son veinticuatro horas?

—No para mí.

Después de eso, nada. Ambos nos quedamos dilatando el silencio, yo me dedico a oír el viento que, al mecer los árboles interrumpe nuestra paz, o siento un par deavecillas cantar. Irah se limita a descansar, supongo.

—Irah...

—¿Sí?

—Somos nosotros los que estamos mal, por favor no intente convencerme de lo contrario. Nada peor que mentirse a uno mismo; es triste, no lo haga. Yo ya aprendí a vivir con ello, ni siquiera me deprimó ¿Lo ve?

—Lo tengo clarísimo.

Las gotas de sudor comienzan a correr por mi frente y estoy demasiado agotada para ponerme de pie y continuar.

—Imagine por un momento ser como el resto, ser normal —le insisto.

—Una vez intenté serlo, fueron los peores diez minutos de mi vida —el timbre de su voz pierde humor cuando pregunta—. Te gustaría poder olvidar ¿verdad?

—Más que cualquier cosa. No dolor, no tristeza, no engaños. Nada de remordimientos. Dígame Irah ¿Qué puede superar eso?

Por segunda vez en menos de diez minutos, él no responde.

Al final, resultó que la ciudad estaba a sólo cinco minutos del poste. Irah nos guió por una curva y nos introdujo en una cueva hecha de ramas y hojas.

Observo estoica las murallas grises que bloquean el paso frente a mí. Doy una zancada y luego otra, hasta que soy capaz de rozar con mi nariz la superficie de concreto.

—Confía en mí, olfatear el muro no es la forma de entrar ahí.

—No estaba olfateando, sólo quería tocar.

—Pues usa las manos.

—Estaba por hacer eso, Genio.

Dejo mi mochila en el piso y comienzo a remangar las mangas de mi chaleco. A través de mis palmas, la textura es lisa y fría.

—Son ochenta centímetros de grosor. Hormigón armado.

—Supongo que habrá una puerta.

—Supones bien. Ahora que lo pienso, supones un montón de cosas. Ven, sígueme.

Camino tras él, la verdad no estamos tan cerca, al parecer hay que rodear a este gigante de concreto.

—¿Cuánto mide?

—No lo sé, unos quince metros.

—¿No lo sabes?

Él se encoge de hombros y sigue caminando.

—¿Cómo puedes saber el ancho y no saber cuánto mide de largo?

—Es diferente, he medido el ancho —dobla la rodilla luego se toma el pie herido, e intenta mirarlo mientras apoya la mano libre sobre el muro, para mantener el equilibrio—. No soy tan suicida como para intentar escalar este muro.

Irah gira su rostro en mi dirección, y mira cualquier punto invisible por encima de mi cabeza. Qué extraño, es como si fingiera darme su atención para no hacerme sentir mal.

—Tú, por el contrario, no pareces precavida —suelta y se ve tan raro en esa posición, afirmando su pie, apoyándose en el muro. Su herida debe estarle molestando más de lo que aparenta soportar—. Quiero decir, huiste de la ciudad perfecta sólo para salvar a tu amiga. Y no olvidemos a esa bestia a la que te enfrentaste... Ese hombre. ¡Terrible, terrible! ¿Lo ves? Eres toda una guerrera.

—¿Quieres que me suba a ese muro?

Todo atisbo de humor desaparece de su cara.

—Ni se te ocurra.

Comenzamos a rodear el muro. ¡Gracias Virgen! Finalmente, damos con una esquina. Aparentemente, la textura de la muralla ha cambiado, ya no es lisa, rocas y ladrillos sobresalen de ella.

—En el fondo, es como una caja de zapatos, sólo que más grande e impenetrable.

—Ajá.

—Lo digo en serio Aya. Ahora, observa al maestro.

Y eso es justamente lo que hago, sigo cada uno de sus movimientos, desde que pone su pie herido en una roca, hasta que secunda el movimiento con el izquierdo, luego una mano y así repite el escalado hasta que da con una roca y la saca...

—Ahora es cuando tu mochila nos será útil —dice sin mirarme. ¡Qué sorpresa! y estira la mano esperando a que se la pase. Sé que está ayudándome, pero su falta de

tacto comienza a irritarme.

—¿Y si no tuviera mochila?

—La tienes, eso es lo que importa. Ahora dámela.

—Podrías conseguir tu propia...

—¡Tengo mi maldita mochila! Sólo la dejé en la cabaña porque vi que tú tenías una y no necesitamos andar con exceso de equipaje, lo último que deseo es llamar más la atención.

Mantiene su brazo estirado, mientras se sostiene con sus pies y la otra mano.

Se la entrego sin rechistar, la toma y comienza a sacudirla dejando caer todas mis cosas al piso. Tampoco son tantas, pero el gesto es tan brusco, y ver mi ropa interior desparramada por el piso es tan humillante, que me dan deseos de llorar.

Comienzo a agarrar el resto de prendas, una a una mientras caen, pero no soy tan rápida así que es inevitable que sigan cayendo al piso y se ensucien.

Hago un pequeño montoncito con mi ropa interior, el polvo de valeriana y mi bloqueador, que son los que cayeron más cerca de mis pies, mis sandalias rebotaron contra el suelo para terminar en sitios opuestos. Qué rabia, tampoco es tanto la distancia entre una y la otra, después de todo Irah está sólo a medio metro de altura.

Estaba tan preocupada por mis cosas, que no había reparado en lo que el gato araña estaba haciendo. Irah mientras subía por el muro, sacaba las piedras y luego las guardaba en mi mochila.

—Listo —dice y noto que frente a él se ha abierto un túnel.

—¿Y el resto?

—No hay un resto —responde bastante pagado de sí mismo—. ¿Por qué otra razón me tomaría la molestia de medir el ancho si no es para atravesarlo?

Lo veo arrojar mi mochila en el interior del túnel como si no pesara nada, como si no estuviera repleta de piedras y ladrillos irregulares.

Irah trastabilla y pego un grito pensando que va a caer.

—Shhh —murmura poniendo su dedo índice en la boca—. Es cierto que el muro es grueso, pero no tentemos a la suerte por favor.

Con cuidado se gira, afirmándose de la irregular superficie, se sienta en el borde de la improvisada entrada y estira una mano en mi dirección.

—Vamos Aya, vamos por Emil.

Algo nuevo y cálido reverbera en mi pecho, siento que salta y casi podría llorar, él incluso ha dicho su nombre sin fallar.

Una oleada de gratitud me inunda y por un momento, sostengo mi mirada en sus ojos. La luz del mediodía le da de lleno en el rostro, ojos dorados y labios rosas. Sus pestañas proyectan sombras en la cima de sus mejillas, y las sombras esculpen cada curva de sus músculos y tendones. Este Irah, era una versión destellante del gato que encontré en el bosque días atrás.

Recojo el montoncito de ropa, pensando en que toda mi vida me he conformado con lo mínimo: ser defectuosa, recordar más de la cuenta y extrañar, pero esta vez es diferente; esta vez quiero más.

13:00

Irah me jala hacia él y ambos caemos en el túnel que atraviesa el muro. Él tenía razón, son ochenta centímetros de ancho. Nos lleva un momento acomodarnos y comenzamos a gatear hasta el otro extremo. Toda una vida después, veo nuevamente la luz.

Irah salta como si hacerlo fuera parte de su naturaleza, ni siquiera cojea o se queja de dolor. El espacio es demasiado angosto y no tengo la valentía de un gato para saltar con naturalidad, así que me acuesto de espalda y comienzo a avanzar hasta que mis piernas cuelgan de la boca del túnel.

—Tranquila —dice y escucharlo me da confianza. Está cerca y espera por mí, no me dejará caer. Comienzo a erguirme, con cuidado y quedo sentada en el borde del muro. Polvillo gris cae sobre mis hombros y cabeza, pero el chaleco que, aún llevo puesto, me protege el cabello y el resto de la piel.

Al fin comprendo que Irah, todo el tiempo, ha sido un gato considerado y todas sus órdenes que, en su momento las tomé como de mala educación o terquedad, tenían una finalidad. Un único objetivo: protegerme. Fui tan idiota al desconfiar de él.

—Mejor deja de balancear las piernas y salta de una buena vez.

Desde las alturas, lo observo mirándome y se siente genial. Soy ilusoriamente como medio metro más alta que él, fácilmente podría patearle en la boca y luego correr. ¡Virgen santa! Cecania me ha contagiado algo de su crueldad, y definitivamente no quiero ser ese tipo de persona, así que alejo la idea de golpear a Irah de inmediato.

—Aya no quiero que pienses que te estoy presionando, pero se acercan las dos de la tarde, es la hora en que todo el mundo sale a comer, y lo último que necesitamos ahora es que nos vean entrando a la ciudad como dos criminales justo cuando hay más afluencia de público en las calles. ¡Vamos Aya!, las vías se llenan y... —el sonido de unas campanas lo obliga a callar—. Olvídalo —dice entre dientes—, es demasiado tarde.

Tomo una bocanada de aire y me arrojo sobre él antes de que pueda arrepentirme, tomando al gato por sorpresa, de hecho sus brazos vacilan, pero se recompone rápido y no me deja caer. Lo repito, fui una idiota al desconfiar de él.

—Muy bien —murmura por encima de mi cabeza—, lo has hecho muy bien.

Pero no se siente como si lo hubiera hecho bien en absoluto, este abrazo es diferente a los otros, más frío e impersonal.

—¿Y? —me suelta con torpeza—, ¿qué te parece?

Irah pone sus manos en mis hombros y con otro gesto corriente, me gira para ver lo que ocurre a nuestras espaldas y yo... Yo me quedo sin habla.

Retrocedo de un salto cuando me doy cuenta en dónde estamos parados, sólo

cincuenta centímetros de tierra firme nos separan de un barranco del que ni siquiera me permito especular su profundidad. Pienso en lo fácil que sería caer por el precipicio y un escalofrío sacude mis vertebras.

Una vez que las imágenes de mi cuerpo cayendo por el precipicio abandonan mi mente, miro con atención el gran cráter. Virgen Santa, mi propia imaginación es incapaz de sugerir algo así de impresionante. Es una ciudad construida sobre el cimientado y forma del despeñadero; edificios en sus curvas, casas en sus desniveles, carreteras y paseos peatonales en las curvas y escasas líneas rectas del asombroso embudo.

El vértigo se cierne sobre mí, pero mi curiosidad es superior. En algún lugar de esa ciudad está mi amiga. A medida que miro en dirección al centro, diez, treinta... cien mil casas se pierden en la profundidad. La multitud de la que me había hablado Irah, se ven como pequeñas hormigas subiendo y bajando, me hicieron recordar el día en que nos conocimos, ese día fui atacada por miles de esos insectos, pero el gato las sacudió de mi cuerpo al instante. «Siempre fue considerado», pensé mientras seguía observando la ciudad.

Era un mundo desconocido ahí abajo. Árboles, faroles, no hay orden de color, ni forma o tamaño. No se parece para nada a La Grata, más importante aún, en el fondo del acantilado, lejos de todo y todavía inalcanzable, se alza la gran torre, sube como una especie de obelisco arrogante, atravesando las nubes.

«Emil»

—¿Vive aquí? —pregunto atónita, intentando captar una imagen general entre tanto detalle.

—Sí, ¿acogedor, verdad?

— ¡Es una quebrada!

—Lo sé, nos da un plus.

—Y ¿cómo se supone que llegaremos ahí abajo?

—Caminando.

Estoy demasiado agotada para replicar, demasiado ansiosa por recuperar a Emil y al final de esa tormenta de emociones, está mi habitual resignación. Es como mi sombra, no importa cuántas veces piense que me he deshecho de ella, en cuanto veo un atisbo de luz, reaparece.

Irah toma mi mano sin siquiera preguntar y da la impresión de que está agarrando algún deshecho tóxico, no me sorprendería que corriera en busca de un desinfectante una vez que lleguemos al lugar, por ahora sólo se limita a encaminarme por la pendiente.

—Cuidado —me avisa y comienza a descender en picada por la quebrada, llevándome con él... a rastras.

En el trayecto hay un montón de árboles y arbustos, los que en ocasiones me

sirven de soporte para no tropezar, lo mismo con las rocas y por supuesto, está Irah, el apoyo más estable, quien a pesar de que mi toque lo pone tenso no hace nada para alejarme de él. Dos metros más abajo, hay una ladera. Irah se ofrece a cargarme en sus brazos. Se lo agradezco, pero declino su invitación. Su cercanía me hace responder de formas que aún no puedo entender. No es lo mismo que me hacía experimentar Emil, son sensaciones mucho más intensas, por lo tanto mucho más perturbadoras, y ya existía suficiente tensión entre nosotros como para agregar más.

Finalmente llegamos a una alambrada. Irah me ayuda a pasar por encima de ella y juntos nos dirigimos hacia una pequeña caseta rectangular y sin ventanas. Abrimos la puerta y comprendo de lo que se trata.

—¿Un ascensor?

—¿De verdad pensaste que bajaríamos toda esa cuesta caminando?

—No hizo nada para sacarme de mi error.

—Supongo que también tienen de estos en La Grata.

—Por supuesto que los hay, mi ciudad es muy hermosa, el hecho de que no nos dejen leer cualquier basura no significa que seamos menos que los gatos.

Arrastrando los pies, Irah se sitúa a mi lado.

—Permiso... —susurra, antes de pasar una mano por sobre mi cabeza. Soy curiosa, así que giro mi rostro hacia donde fue a parar su mano y veo que está apretando un botón.

Estuve demasiado tiempo expuesta al sol, mis mejillas arden como el infierno, y bajo el chaleco gris, estoy toda sudada. ¿Cuánto más va a tardar este ascensor? ¿Y si se está descompuesto?

Aproximadamente, tres minutos después la puerta se abre, e Irah sale convertido en un rayo.

—Ni una palabra.

Salgo del ascensor un poco mareada, mis ojos captan imágenes desenfocadas provocándome náuseas. La figura de un edificio se mezcla con la de un cachorrito que juega con un hueso, un grupo de gatos y viceversa. Figuras amalgamadas por el vahído, el que dura sólo hasta que la veo: ¡la gran torre!. La visión dura segundos, ya que Irah me vuelve arrastrar a toda velocidad hasta la esquina más cercana.

Su brazo rodea mi cuello mientras su palma transpirada tapa mi boca dificultándome la tarea de respirar. Le Muerdo la palma de su mano y libera mi boca en el acto.

—Lo siento —dice afligido al ver la reacción de mi cuerpo al no lograr inhalar un poco de aire. Mi cara ha de estar roja, casi lila. ¡Virgen querida! Si casi me ahoga, y qué decir del calor insoportable que ha hecho estragos en mi higiene. Qué no daría por una ducha.

Carraspeo un par de veces acompasando mi respiración antes de responderle.

—No hay problema, pero ¿Por qué me arrastra de ese modo?

—Porque tenemos prisa —responde con su habitual tono dulce y seguro, ese tono que me asegura que puedo confiar en él, que no me oculta nada—. ¿Ya viste la hora? Otra vez me enseña su reloj.

—Son las dos con quince, tenemos menos de siete horas para dar con Emil —ni siquiera ha acabado la oración cuando comienza a tironearme de nuevo, Había leído en un libro que, en ocasiones las palabras se oponen a las acciones. Sí, es cierto, me siento segura con Irah, confío, pero su forma de actuar me hacen intuir que no todo está bien y que quiere sacarme rápido de aquí. No digo nada sólo lo sigo, pero dudo mucho que todo este repentino apuro sea sólo por salvar a Emil.

«Y qué fue todo eso de arrinconarnos contra una pared mientras tapaba mi boca» dice esa molesta voz mental.

—Gato, me duelen los pies —le recuerdo, ya que parece haber olvidado que hemos estado caminando por más de dos horas.

—Ya casi llegamos.

Otra cosa que no me pasa desapercibido, es que me ha llevado sólo por los pasajes con sombra, nos está ocultando o tal vez no tiene idea de a dónde se dirige.

—¿No es ese Irah? —escucho a alguien decir.

—Date prisa —me apura el gato, pero la curiosidad me gana y cuando giro la cabeza hacia atrás veo a dos gatos que intentan alcanzarnos.

— ¡Irah! —los escucho llamar otra vez, gatito suelta una maldición pero no le queda otra más que detenerse.

—No quiero oír ni una sola palabra. Lo digo en serio —me susurra algo irritado. Luego se gira en dirección a los otros gatos.

—Oye colega, pensamos que estabas enfermo.

—Lo estaba —admite a regañadientes dándome una mirada amenazante para que no diga nada. ¡Qué carácter! Si ya había entendido la primera vez que lo dijo.

—Pues te vez excelente, de hecho tienes un brillo especial. Joder, nunca te he visto mejor.

El gato que acaba de tomar la palabra es apenas más bajo que Irah y también más delgado, pero comparten otras cualidades como la barba y el color de pelo. El otro en cambio, tiene unos ojos azules penetrantes y su cabello negro y largo le da un aspecto peligroso. Se mantienen en silencio y no aparta su mirada de mi, parece desvestirme. Me incomoda. No me gusta.

—Tonterías, ¿empezaste a tomar tan temprano? —responde.

—Te habrás confundido. No bebo desde hace años.

—Claro Tadeo, como tú digas amigo. ¿Qué te parece si continuamos esta conversación más tarde, con una cerveza helada?

—Dije que ya no bebo.

—Exacto... y yo soy virgen.

Los tres felinos estallan en risas cuando Irah dice eso, pero sólo gatito desvía su vista hacia mí. La verdad, no entiendo de qué ríen. En La Grata todas las mujeres son vírgenes, sin excepción. Supongo que para los gatos es diferente.

—Entonces chicos ¿Tenemos una cita?

Los tres gatos hacen chocar sus nudillos y un escalofrío me atraviesa cuando el gato de pelo largo entrecierra los ojos al pillarme observándolos. Él se cruza de brazos esperando. Me disgusta, siento que puede ver a través de mí.

—Sabes Irah, me agrada tu Meretrix, ¿de qué jurisdicción es?

—Nueve.

—Pensé que pertenecía al uno o dos. La llevas tan tapada que apenas se logra ver.

—No me gusta compartir lo que es mío, Aitor.

El gato de cabello rubio abre los ojos sorprendidos, podría apostar a que yo luzco igual.

—Entiendo.

—Nos vemos —dice Irah, pero esta vez no chocan sus puños, sino que se limitan a levantar sus manos. Los otros dos felinos siguen su trayecto y gatito me arrastra con él otra vez.

Durante el viaje, sigo apreciando la arquitectura y diseño del lugar. Cada una de las casas tiene un color distinto. Parece imposible, pero no lo es, priman los tonos fuertes: verdes, azules, incluso me encontré con una amarilla. ¡Amarilla!

—Listo —me avisa él y noto que nos hemos detenido—. Hogar, dulce hogar.

Estamos frente a una casa color marfil, retrocedo unos pasos para tener una vista panorámica de la edificación.

— ¡Wow!

«¡Tiene dos pisos!»

Gatito levanta el tapete frente a su puerta y veo una llave, la toma y abre la puerta de madera.

—Adelante —dice, abriéndola para mí. Entro rápido, muero por una ducha.

—¿Qué es ese olor? —pregunto mientras Irah me pide la mochila y la cuelga en un fierro que tiene forma de gato.

—Debe ser Jairo.

—¿Quién es él?

—Jairo Baldwin, es algo así como la versión gatuna de tu amiga Emil.

La versión gatuna de Emil elige justo ese momento para entrar en la sala. Tiene un cuerpo pequeño y rechoncho, y su cara es tan pálida y redonda como lo es la luna cuando está llena.

Siento el color huir de mi rostro y le doy a Irah una mirada furibunda.

—No es —dice él—, realmente igual.

—Oh, no me diga.

—Ella es Aya —dice Irah apuntándome con su cabeza.

—Ya veo —responde la versión deformada de mi amiga. Trae una camisa ancha con flores rojas estampadas en un fondo amarillo y unos pantaloncillos cortos parecidos a los míos, pero muchísimo más grandes. Su conjunto lo finalizan unas sandalias de cuero sobre unos calcetines blancos.

Los gatos tienen un look muy diverso.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

—Claro, estaba medio desnudo con sus manos ocupadas en no sé qué.

Podría jurar que gatito está ruborizado, pero no presto atención, el olor que inunda la sala es demasiado distractor.

—¿Qué es eso?

—¿Te refieres a ese aroma de muerte que te hace agua la boca? —pregunta Jairo dándole a Irah una mirada divertida—. Esa es mi receta especial.

Pienso en Emil, en lo que debe estar pasando y sé que no debería estar fantaseando con comida, pero la caminata me ha abierto el apetito. Además, ella probablemente no está pensando en mí en este momento.

—¿Puedo probarla?

—¡Seguro! Ven conmigo a la cocina.

—Olvídalo —dice Irah, recobrando la compostura—, antes te tienes que duchar.

— ¡Casi lo olvido! Lo siento mucho, estoy hecha un asco ¿Me podría decir dónde está el baño?

—A la dere...

—Descuida —Irah lo interrumpe pasando un brazo por mi hombro—. Yo te acompaño —dice y ¡Mira tú qué sorpresa!, me vuelve a arrastrar del brazo.

Me encamino por un pasillo largo y discreto, sin ornamentos ni cuadros en sus paredes. Suspiro en frustración, nos estamos alejando del exquisito aroma que expele la comida de Jairo, mis tripas se escogen y hacen un ruido bastante vergonzoso. Al final del pasillo damos con una escalera alfombrada de base gris y motivos blancos, Irah me guía hacia la segunda planta de la casa.

—Lo siento —me disculpo cuando mi estómago gruñe una segunda vez.

—Descuida, también estoy hambriento.

Y en su rostro puedo ver la verdad, más que hambriento, está destruido, líneas violáceas de abatimiento se forman bajo sus ojos. Irah toma la parte baja de su camiseta y se la lleva hasta la cara para secarse el sudor del rostro y yo consigo ver una parte de lo que tantas veces estuvo a la vista, pero sólo ahora parece llamar mi atención.

¡Qué tonta!

Continuamos subiendo hasta llegar al final de la escalera. Otra vez, las cosquillas

forman una revuelta en mi panza y me obligo a mirarle la cara. Rayos, él me está mirando también. ¡Siempre me pilla con los ojos en él! Sus párpados lucen caídos y aunque cansados, esos iris dorados están llenos de pura determinación.

—Tal vez no lo sepas —titubea—. Qué sé yo, es probable que en La Grata no les enseñen cosas como estas, pero de dónde yo vengo quedarse mirando así a alguien es de muy mala educación.

—Lo... lo siento.

—Un lo siento no cambiará los hechos. Aunque, puede que haya un modo de... Mejor no, olvídale.

— ¡Dime!

—No lo sé, puede que sea demasiado para ti.

Me quedo viéndolo, intentando parecer digna en el proceso. No es fácil y él vuelve a secarse la mejilla con la camiseta, pero esta vez no lo miro.

—¿Qué demonios? —Dice encogiéndose de hombros—. Tú lo has pedido.

Irah abre la puerta del baño y me invita a entrar en él, es la primera puerta a la izquierda, lo hago y él me sigue. Estoy temblando, maldición, lo he arruinado otra vez. Tengo un don insuperable para fastidiar a las personas, debe ser uno de los efectos colaterales de estar estropeada.

Irah se inclina, sus labios rozan con suavidad mi oído.

—Cierra los ojos.

—No creo que eso sea una buena idea.

—¿Asustada?

«Nunca»

—Es sólo que... puedo tropezar —le explico y percibo cómo se arrugan las esquinas de sus ojos. Se está divirtiendo a mi costa—. Lo digo en serio. ¿Has visto este lugar? —Apunto hacia el suelo irregular del baño, la baldosa tiene un diseño con relieve—. Es una trampa mortal.

—A ver ¿quieres saber cómo nos disculpamos los gatos sí o no? Fuiste tú quién insistió —Luego, con un tono excesivamente ofendido añade—, Caray Aya, creí que estabas arrepentida.

—Lo estoy —cierro los ojos, me cruzo de brazos y espero que el gesto dé algo de honorabilidad a mi postura. Estoy arrepentida, pero nada asustada, lo digo en serio, al menos hasta que salto en mi lugar cuando un sutil toque irrumpe en mis sentidos. Es el dedo de Irah que acaba de posarse en la división de mis cejas.

—Relájate, se te formará una arruga si continúas tensando así tu entrecejo.

—¿Desea algo más el señor?

—Sí, manos fuera —ordena, luego tira de mis brazos hasta que ambos cuelgan lacios a mis costados—. Ahora necesito que te quedes quieta, esto es algo propio de gatos, así que no estoy seguro de que sepas manejar la situación. Me temo que el

desafío podría quedarte grande.

—De eso nada, dime qué hacer.

—Relájate, es todo lo que necesito.

Aún con los ojos cerrados, puedo sentirlo acercarse, no es que lo oiga, sus pisadas imperceptibles aún siguen siendo un misterio para mí. Irah camina como un fantasma, sin embargo su olor, esa esencia fresca y narcótica, es la cualidad que lo deja en evidencia, es lo que me hace saber que lo tengo justo en frente aún sin verlo, está tan cerca de mí como pueden estarlo dos cuerpos sin llegar a tocarse.

Su respiración cambia de frecuencia, me doy cuenta porque comienza a hacerse más fuerte. Y así de forma inesperada, algo cálido y suave tira de mi boca.

Sus labios.

14:00

—Está bien, disculpa aceptada.

Después de besarme, Irah se dirige hasta la ducha y abre la llave izquierda.

—Esta es agua fría—me explica, como si yo fuera una idiota. Aunque la verdad es que me siento un poco idiotizada, no entiendo nada. Estoy fuera de mi cuerpo, no soy capaz de hablar y si pudiera, no sabría qué decir exactamente—, y esta de acá es para el agua caliente.

Lo miro y me regala una sonrisa nerviosa, las comisuras de su boca se acentúan y puedo ver una pequeña parte de sus dientes superiores, luego se dirige hacia fuera del baño, pero antes de cerrar la puerta, retrocede unos pasos y se gira hacia mí con esos cálidos y ahora cansados ojos dorados.

—Recuerda lo que te dije sobre las llaves. Izquierda: fría, derecha...

—Caliente.

—Exacto... —parece inseguro, su mirada vaga por todos los rincones del baño, excepto mi rostro—. No te vayas a quemar.

Cierra la puerta y me apresuro en ponerle seguro. Maldición, no dejo de temblar, algo anda realmente mal conmigo. Doblo mis rodillas, las rodeo con los brazos y escondo mi cabeza en ellas.

—¿Qué me está pasando?

Minutos después, tomo una toalla, algunos artículos de tocador y me meto en la ducha. ¡Tiene una puerta corredera de vidrio! Antes no lo noté, probablemente porque estaba abierta cuando Irah me enseñó lo de las llaves o tal vez estaba demasiado distraída.

No quiero pensar en eso, así que enjabono mi cabello y tomo una de las maquinillas de afeitar que hay en la repisa a mi izquierda, para afeitarme las piernas. En La Grata usábamos unas parecidas.

Cierro el agua y me envuelvo en una toalla, pero me encuentro frente a un dilema: mis ropas están inservibles.

Podría bajar en puntillas y exponerme a que el par de gatos me viera, y ya no me fío de Irah, no estoy segura del porqué. Supongo que ese beso lo ha cambiado todo. Aunque, no debería, fue una disculpa sincera después de todo.

Nunca nadie me ha besado así antes, no parece cosa de mujeres. Automáticamente, me viene a la cabeza una imagen de Patrinix y Mónica,

El pensamiento es perturbador y tardo en asimilarlo, de hecho, no quiero asimilarlo, no deseo encontrarle sentido, sencillamente no hay tiempo para eso. Pienso en la hora que debe ser y automáticamente desvío la vista a mi muñeca.

— ¡No! —grito, advirtiendo que me he duchado con el reloj puesto. Tonta de mí, tan estúpida tan... tan...

—¿Anaya, estás bien? —pregunta Jairo desde el otro lado de la puerta, para ser la versión deforme de Emil, no está tan mal. Por lo menos cuando no le ves la cara.

—Sí, sólo... Necesito un minuto.

Aferro con fuerza la toalla a mi cuerpo y me pregunto cómo diablos saldré de aquí.

—Vale, te espero —más que tranquilizarme, suena como una amenaza. De todos modos, lo prefiero a él antes que a Irah. Quiero decir, confío cien veces más en gatito, pero en estos momentos lo último que necesito es verlo, las cosas están raras.

—Es que... —Imposible, no puedo decirle.

—¿Necesitas algo?

¡Gracias Virgen!

—Ajá.

Él baja el volumen de su voz, por lo que tengo que acercarme a la rendija de la puerta para oírle.

—¿Quieres que te traiga tus cosas o prefieres que te preste algo limpio mientras lavamos tu ropa?

¡Ahora entiendo porque Irah dice que es la versión femenina de Emil, Jairo es un sol!

—¿Haría eso por mí?

—Cuenta hasta ciento veinte, ya vuelvo.

¿Contar hasta ciento veinte?

—Uno, dos, tres, cuatros, cinco... Noventa y ocho, noventa y nueve, cien, ciento uno, ciento...

— ¡Listo!

—... dos —dejo de contar y abro la puerta lentamente, escondiéndome tras ella. Jairo está con una torre de ropa perfectamente doblada entre sus dos manos, las tiene extendidas hacia mí, miro su rostro y no puedo evitar sonreír, tiene los parpados cerrados y tan fuertemente apretados que apenas se distinguen.

—Sé que está viendo —le aviso—. No soy tonta.

Jairo abre un ojo y frunce ceño.

—¿Qué me delató?

—Sus párpados, los arruga demasiado.

—Rayos, sabía que exageraba con eso. Bueno, al menos ya sé a qué atenerme para la próxima.

Sonrío ante su comentario. Dudo que haya una próxima vez.

—Qué payaso —le recrimino cuando se acerca y me entrega las prendas.

—Es uno de mis talentos. Desde ya te aviso: estas son ropas de Irah, aunque ya no le quedan, son de cuando era niño. Lo digo por las pulgas, con eso de que somos “gatos” —hace comillas con las manos—. Miau-Miauuu.

Me quedo viéndolo sería sin entender una sola palabra.

—Olvidalo, nos vemos abajo.

Pensar que Irah fue alguna vez pequeño me resulta imposible. Siento ese familiar aguijonazo en mi corazón: son celos, esta vez los reconozco de inmediato, como cuando me pasaba con Patrinix y Mónica, ellas compartían algo que yo jamás conocería, lo mismo ocurre ahora. Jairo conoce una parte de Irah que yo no veré jamás.

Es difícil imaginarme una versión pequeña de esa fuerza bruta corriendo descalza por el suelo del bosque, cabello despeinado, carita sucia. Me pregunto quién lo curaría, me pregunto quién le enseñaría a nadar.

—Te dejo para que te cambies —me avisa y salgo de mis ensoñaciones para descubrir que aún no se ha marchado—. Irah y yo estamos esperándote para comer.

—Entiendo y gracias, otra vez.

—No hay de qué —dice y me guiña un ojo, demasiado tarde reparo en que los tiene rojos e hinchados. No alcanzo a preguntar, me preocupa. ¿Habrá estado llorando? Tal vez picó cebolla mientras cocinaba. Más tarde le preguntaré.

Me apresuro en ponerme la ropa, me queda nadando. Dudo mucho que esto haya sido de Irah en versión niño, si cabe adolescente, aunque sigue sin parecer creíble. Sus mangas son demasiado largas al igual que sus piernas, todo es demasiado grande.

Me doy por vencida y llego a la cocina con la camiseta de Irah remangada. Ahora parece un vestido de mangas cortas. Ninguno de los gatos me ve, están demasiado concentrados en su plática, así que me desvío a la sala para sacar la ropa sucia de mi mochila. No pretendía escuchar, pero mi nombre salta en la conversación y es inevitable acercarme.

—Es cosa de Aya —explica Irah, ambos gatos están dándome la espalda. Jairo de pie, revolviendo un cuenco e Irah sentado en una silla.

—Tampoco es tan malo.

—¿Pero un gato? ¿Quiero decir, por qué no un tigre o un león?

No soy la única que se ha cambiado, mientras me duchaba Irah ocupó otro baño y reemplazó sus pantalones de tela por unos jeans azul oscuro y una camiseta negra, no es ajustada, pero se le ciñe a su pecho y brazos, marcando su fuerte musculatura.

También se ha afeitado. Bueno, supongo que la maquinilla de mi baño no era la única de la casa, eso es bueno, hace que me sienta menos avergonzada por utilizar algo tan personal, sin pedir permiso a sus dueños.

—Deja de quejarte y da las gracias, condenado suertudo.

—No son quejas Baldwin, es preocupación. Trata de ponerte por cinco minutos en mi lugar.

—No gracias, me gusta más el papel de espectador. A propósito de eso ¿Cómo lo vas a hacer con el asunto de Rapunzel?

—No estoy seguro, había pensado en ir dentro de unas horas.

—¿Estás loco?

—No hablo de introducirme en La Große,, sino de reconocer el terreno.

—Doblemente estúpido. ¿Tomar el riesgo en vano? Irah, amigo mío, quién lo hubiera dicho. Menos de una semana con la chiquilla y ya te chafó un tornillo.

—Jairo, tú no la conoces, si no la llevo hoy se desquiciará.

Ambos guardan silencio un momento, al principio pienso que me han atrapado husmeando, pero no, al parecer las palabras de Irah tienen un efecto devastador en Jairo y gatito teme que yo me vuelva loca si no veo otra vez a mi amiga y para ser sincera, no estoy segura de que él no tenga razón.

—¿Piensas disfrazarla o algo?

—No tengo más opciones.

—Bueno. Conozco una...

—Ni hablar.

—Pero ni siquiera te la he dicho.

—No hace falta, tu mirada pervertida lo dice todo.

—Tiene el porte de una Meretrix.

—Estás enfermo. Hoy me encontré con Tadeo y Aitor, éste último la reclamó.

Irah se inclina en la silla donde está sentado y estira la cabeza hacia atrás. Sus ojos se abren desorbitados cuando nota que estoy en la cocina y se cae con silla y todo.

—¿Qué rayos? —exclama Jairo—. Dónde demonios tienes la cabeza I... Anaya.

—¿Interrumpo?

Los ojos irritados de Jairo se desvían hacia gatito, pero yo no sigo su mirada, aún no me siento lo suficientemente cómoda para dirigirme hacia él.

—Nada que ver, por el contrario. Estábamos trazando el plan para ayudarte con la “Operación Rescate”

—Sí, oí algo de eso. Reconocer el terreno y algo de disfrazarme. Por cierto ¿Qué es Meretrix? Es segunda vez que oigo esa palabra.

Ellos se miran, pero ninguno dice nada. Un silencio incómodo de sitúa en la cocina y sólo es interrumpido por el quejido de Irah cuando se levanta.

—Vale, como ninguno de ustedes me responde, me imaginaré lo peor.

Me doy por vencida, y ambos suspiran aliviados, más tarde tendré tiempo para discutir, por el momento necesito tragar algo para salir rápido de aquí.

Irah retira una silla encajonada bajo la mesa y me la ofrece, por supuesto, me siento. No quiero actuar distinto a como siempre lo hago, no quiero que se dé cuenta que su beso me afectó, más que nada porque él no luce afectado en absoluto.

«Cosa de gatos»

—Oye Anaya, sácame de una duda —dice Jairo, sirviendo una porción de carne

al jugo y un molde de arroz sobre mi plato—. ¿Cómo descubriste que recordabas más de lo que recordaba el resto?

—Acababa de cumplir los ocho años y Emil me había regalado un llavero —no mencioné que lo había hecho con sus propias manos. Para los gatos algo como eso no debe tener mayor valor—. Al día siguiente lo encontró y me preguntó qué era esa cosa y me sentí ofendida. Antes de eso hubo situaciones semejantes, pero ninguno tan doloroso como para analizar los hechos y darme cuenta que no era normal recordar todo.

—Eso debió ser fuerte —murmura Jairo para sí mismo, sin desviar la vista de su plato de comida.

—Para una niña de ocho años lo fue, hoy comprendo que hay cosas mucho peores.

—¿Cómo qué? —Pregunta Irah, quién acaba de arrastrar la silla que se encuentra a mi lado para sentarse en ella.

—Como los hombres por ejemplo.

Ambos, tanto Irah como Jairo comienzan a toser ahogados. ¡Virgen santísima! ¿Qué tienen los gatos con la comida que se ahogan tan a menudo?

—¿Están bien?

Ambos asienten sincronizados como hermanas siamesas, del mismo modo dan un sorbo a sus respectivos vasos, tragan, y finalizan dándose golpecitos en sus pechos.

—Es la carne —me explica Jairo. Tiene sus ojitos todavía más claros y recién logro distinguir que son marrones—. Me quedó muy dura.

—A mí me parece perfecta, además sabe exquisita.

—Gracias.

La conversación gira en torno a Emil. Irah decide que lo mejor es vestirme de gato, así levantaré menos sospechas. Jairo por su parte, le advierte que ya estoy vestida como uno de ellos y que sólo necesito vestimentas que se acerquen más a mi tamaño, a lo que Irah sólo responde con una mirada autoritaria, la misma que me lanza después de una orden, por lo que el gato regordete se pone de pie y corre al segundo piso en busca de ropa adecuada.

Mientras los gatos discuten a la distancia sobre qué o cuál sombrero debo llevar para ocultar mi larga cabellera, logro escabullirme al comedor para ver la hora en el reloj de muro.

—¡Ya son las cuatro y media! —grito frustrada en dirección del gatito. A veces, tengo la impresión de que tardan a propósito, como si quisieran mantenerme encerrada en esta casa para siempre.

—Listo ¡Lo encontré! —Jairo continúa gritando desde el segundo piso.

Irah y yo nos miramos en silencio. No hemos tenido una conversación real desde que me besó en el baño. Sigo en mi intento por parecer normal: río cuando él ríe y no

desvió la vista cuando él me mira, al menos no demasiado. Pero no es tan fácil, no se siente natural. Desde que sentí sus labios en mi boca, esas extrañas sensaciones en mi cuerpo se han acentuado. Siento mi estomago apretado, como si estuviera cayendo en picada desde el cielo, pero nunca toco el suelo. La verdad sigo sin poder explicarlo y me disgusta en la misma medida que me gusta.

Es todo tan confuso.

—Uff —exhalo aire sobre un mechón de cabello que cae sobre mi cara. Irah observa lo que hago y tiene el descaro de reírse, si no fuera porque tanto él como su amigo son todo lo que tengo para recuperar a mi amiga, no estaría aguantando sus burlas, ni sus miradas cálidas, ni sus besos. «¡Para! No pienses más en eso», me digo mentalmente.

—Aquí tienes princesita.

Estaba tan sumida en los gestos faciales de Irah que no advertí que Jairo ya había bajado con los accesorios para mi disfraz.

Me rodea el cuello con sus manos y desliza una cinta de seda como de siete centímetros de ancho entorno a él. Es como los listones que utilizaban para peinarnos los días domingo en La Grata, pero mucho más grande

—¿Por qué ese nudo?

Él me mira extrañado.

—¿No debería ser una rosita?

—Definitivamente nada de rositas, ni rosones, ni rosas. Déjate tal cual está ¿Vale preciosa?

—Vale.

—¿Y la gorra? —pregunta Irah, su voz brota grave y malhumorada.

—Tú espera y verás. Date vuelta y no mires. Tiene que ser sorpresa, ya que si logro bien mi propósito, y te crees que esta princesita es un “gato”, cualquier otro lo hará también.

No entiendo el objetivo de Jairo, así que sólo me limito a obedecer. Miro a Irah darse vuelta de cara a la pared, mientras me apoyo en el perchero con forma gatuna y dejo que Jairo haga conmigo lo que sea que tenga en mente: toma mi pelo y lo gira en un apretado moño, luego pasa un elástico para impedir que los mechones se suelten.

—Y ahora, el toque final —dice con un tono gracioso y pone una gorra sobre mi cabeza, ideal para cubrirme del sol. Virgen, es perfecta. Me pregunto si me dejará quedármela una vez que esta misión termine.

—Irah, ya puedes mirar.

Murmura algo incompresible, luego gira lentamente.

—Date prisa, no tenemos todo el día —presiona Jairo.

Irah obedece y esconde las manos en sus bolsillos mientras repasa mi vestimenta.

—Mucho mejor —dice.

—¿Eso es todo? —reclamo sin siquiera pensar, pero ya es tarde para retractarme, así que sigo—. ¡Luzco como un verdadero gato!

Los gatos reales me miran atónitos y yo corro hacia el fondo del pasillo y subo las escaleras con la intención de llegar al baño.

—Acá también hay un espejo —me grita Jairo desde la primera planta, pero ya estoy aquí y necesito comprobar si lo que le dije a Irah es verdad.

Abro la puerta del baño y mi reflejo en el cristal dice sólo una cosa respecto a mi apariencia: soy un gato.

Traigo puesta una camisa blanca a tono con mi chaleco gris, los pantalones son del mismo color, pero más oscuros. Lo único que desentonan, son mis botas, pero ninguno de los zapatos que Jairo me dio a probar, eran tallas menores de los cuarenta y seis.

—Luzco fenomenal —murmuro alucinada con la vista fija en mi reflejo.

—Lo sé —dice Irah, quién ha aparecido a mi lado.

—Sabes, tienes que dejar de hacer eso.

—¿Hablar?

—No, aparecer de la nada y sin hacer ruido. Asustas a las personas, intenta hacer algo para prevenirnos. En serio, podrías matar a alguien,

—¿Asusto a las personas o te asusto a ti?

Entorno los ojos y dejo de prestarle atención para acomodarme la corbata y la visera de mi gorra.

—¿Andando? —pregunta con una sonrisa maliciosa, ofreciéndome la mano. Esta vez me da igual ser irrespetuosa, ignoro su ofrecimiento y paso rápido por su lado hasta llegar a las escaleras.

—Andando —le grito mientras bajo los peldaños a toda velocidad.

Antes de salir de casa, Irah escruta mi atuendo por última vez. Luego de que está seguro de que mi disfraz está perfecto para cumplir su objetivo, abre la puerta y salimos hacia la calle. Cruzamos sin decir nada. Me asombra la facilidad con la que me adapto a situaciones extrañas, ¡Virgen! estoy en el fondo de un gran cráter y mi capacidad de asombro es nula. Quiero pensar que se debe a que, desde mi ubicación la ciudad parece bastante normal, la vía es lisa, sin baches y las construcciones colorinches ya no lo parecen tanto desde acá. Sin embargo, al mirar hacia arriba todo cambia, y soy presa de un sentimiento claustrofóbico insoportable. Comienzo a girar en mi eje sin apartar la vista del cielo, de reojos veo los colores mezclándose unos con otros, formando figuras ilegibles, pero hermosas, como si estuviera en el centro de un caleidoscopio.

—Para. Te vas a marear.

—Esto es fan-tás-ti-co —balbuceo, porque su advertencia llegó demasiado tarde. Estaba mareada y me sentía muy divertida. Comienzo a reír como loca.

—Aya, cálmate, deja la mirada fija en un punto en un punto y se te pasará —me dice el gatito, tomándome de los hombros para luego guiarme hacia mi punto fijo: La Große, tan imponente, creo que desde el sitio más recóndito de esta ciudad se puede ver, no hay lugar lo suficientemente lejos donde ir, para evitarla.

—¿Has pensado en lo que harás una vez que recuperes a tu amiga? —pregunta Irah, doy un vistazo a mi espalda y Jairo se está despidiendo de nosotros con la mano, le devuelvo el gesto, el gatito sigue caminando bajando la visera de su gorra negra, la que le hace juego con su camiseta. Hubiese preferido una camiseta negra, la mía me hace lucir como un gatito débil, no me gusta el blanco, pero supongo que da más credibilidad, dado mi tamaño.

—La sacaré de ahí, claro —respondo.

—Ya, pero qué harás luego. ¿Piensas regresar con ella a La Grata aun sabiendo que no te recordará?

—Ella lo hará.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Supongo que tengo que pensarlo. Podríamos vivir en el bosque.

Irah hace sonar su garganta y me da una mirada maliciosa.

—¿Te refieres a mi cabaña?

—Esto. Bueno, he estado pensando y...

—Sigue pensando, porque no te la daré.

Irah dobla en la próxima esquina y me lleva con él a rastras.

—¡Ay!.. —grito porque aún no me acostumbro a su brusquedad—. Me refería a un préstamo —intento explicarle.

Un letreo nos da la bienvenida. “El núcleo del Placer” cita en letras mayúsculas, colores vistosos y centelleantes: prenden y apagan, prenden y apagan, aún en este día, todo asoleado lo noto. Me agrada el contraste que hace con las sobrias vestimentas que acostumbran usar los gatos, los que ahora he visto por montón.

Mientras seguimos avanzando, no puedo dejar de mirar el cartel...

—Son luces de neón —me explica Irah como si hubiese leído mi mente, ya que me estaba preguntando qué tipo de pintura habrían utilizado.

—Qué es el neón.

—Cosas de gato —responde, como siempre que no quiere explicarme algo al detalle.

Desvió la mirada unos centímetros más abajo y hay otro cartel, pero más ordinario. De hecho, se parece mucho a las señas que usamos en La Grata para diferenciar zonas.

—Av. Laqueos —leo en voz alta.

—Exacto, es la Avenida principal, así que te recomiendo actuar normal. Ya sabes...

—Lo pillo. Es cosa de gatos —imito su habitual retórica.

—Exacto.

La Av. Laqueos es una calle peatonal muy ancha, está dividida por jardines y escaños donde los gatos se sientan a descansar o simplemente a socializar, la bordean vitrinas que ofrecen una multiplicidad de productos, desde ropas elegantes a extravagantes; muebles de diseños extraños, juguetes, licorerías, etcétera. Irah me saca de mi ensimismamiento, desviándome hacia el otro extremo de la calle, donde está la juguetería “69°F”, la que segundos antes, había llamado mucho mi atención porque vi salir de ahí a un gato gordo, vestido de negro y arnés de cuero, acompañado de una mujer encadenada del cuello. «Esto se pasa de anormal. Como si la mujer fuera una mascota de compañía».

No quise comentarle a Irah sobre lo extraño que fue divisar eso, después de todo sé cómo responderá: “Es cosa de gatos”.

Seguimos avanzando y noto algo en lo que antes no había reparado. En los tejados de las tiendas, no todas, pero sí la gran mayoría, hay unas gigantografías con la imagen de un gato de cara alargada, pelo rubio y nariz aguileña. Está en una pose relajada, agradable e incitadora. Cada afiche tiene escrito en su base: “Bienvenidos al Centro de Recreación de la jurisdicción siete”.

—¿Quién es él? —susurro, apoyándome en el hombro de Irah para acercarme a su oído y evitar ser escuchada por los transeúntes.

—Es el Gobernador de La Große, —dice, luego baja más el tono y agrega—. La Gran Torre.

—¿Así se llama esta ciudad?

—No pensarás que teníamos una torre sólo para acicalar nuestras uñas de gatos, no es así.

—Bueno, no, pero tampoco imaginé que el nombre fuera tan poco, corrijo, nada original.

—Todo el tiempo pensé que me hablabas de la ciudad.

—¿Cuándo se dio cuenta que me refería a la otra torre?

—¿Bromeas? ¡Acabo de hacerlo!

Entrecierro los ojos, es obvio que me está mintiendo, dejo pasar sus bromas porque la verdad, no me interesa la falta de imaginación de los gatos para nombrar ciudades, lo importante para mí en estos momentos, es el felino de las gigantografías.

—Es... Bueno, el, este, ¿cómo dijo? ¿Gobernador? —él asiente—, se parece bastante a usted.

Irah se tensa, los músculos de su mandíbula se traban y traga fuerte.

—Qué cosas dices, ya ves, la mata de pelos bajo tu gorra te ha inhibido la oxigenación del cerebro.

—Tal vez. Y si tengo suerte, también se arregla mi desperfecto.

—Para con eso, estás perfecta tal como estás. A todo esto, es bueno verte con la cara libre de crema —murmura bajito ya que mientras avanzamos, un par de gatos pasa por nuestro lado.

Nos detenemos por un momento frente a la farmacia, hay una fila enorme en la entrada del local, dirijo mi vista hacia el arriba y puedo ver en detalle la fotografía del gato gobernador.

—¿Cómo se llama? —pregunto a Irah, quién sigue igual de tenso—. Evian —dice entre dientes—. A partir de ahora mantente muda ¿Está bien?

—¡Uf!, este centro recreativo es tan popular que debe tener un montón de cosas divertidas, como piscinas y toboganes.

Gatito se gira hacia mí y agranda sus ojos en advertencia. Qué bien Anaya, ahora está irritado. Comprendo mi error y sello mis labios imitando una cremallera imaginaria con los dedos. Él había pedido silencio.

—Andando.

Sigo a Irah por la corrida de vitrinas, me mantengo atrás, a unos escasos dos pasos de distancia. Él no me agarra como es su costumbre para instarme a seguirlo, de hecho apenas me toca.

Siento las miradas felinas posándose sobre mí. Saco provecho de esa situación e intento relajarme imitándolos. También los miro, camino como ellos, muevo los brazos y hago movimientos bruscos, sacando de mi esencia todo índice de feminidad, si es que alguna vez la tuve. Mientras sigo a Irah, los vuelvo a mirar, pero esta vez de reojo, compruebo que he desviado un poco su atención. No la de todos, así que sigo con mi actuación guardando mis manos en los bolsillos del pantalón y caminando un poco encorvada, como lo hacía el gato gordo que vestía con un arnés de cuero en la tienda de juguetes.

—Permiso —se excusa Irah cuando atravesamos la fila llena de gatos malhumorados. No sé entonar la voz grave de los gatos, así que me limito a hacer esa otra cosa que gatito repite con facilidad: carraspeo.

La fila de gatos se abre un poco, lo justo para que pueda pasar chocando mis hombros con las largas extremidades de los felinos. No estoy segura, pero podría jurar que lo hacen a propósito. Si es así, qué falta de educación.

—Arréglate la gorra —me dice Irah cuando llegamos al final de la cuadra. Acaba de apoyar su cabeza en la pared de una carnicería mientras baja aún más la visera de su gorra, no entiendo el porqué. Soy yo quién debe pasar desapercibida, no él. Sé que tiene un corazón bastante grande y me ayuda de forma desinteresada, pero está exagerando. ¡Es un gato! no tiene necesidad de ocultarse.

En ese momento comienzo a recordar todos sus cuidados y... ¡Dae-Matter! Irah es tan considerado, ahora lo comprendo, me está dando apoyo moral. Insisto, fui tan tonta al desconfiar de él. Me acerco al gatito e imito su gesto apoyando mi cabeza

sobre el muro.

Miro hacia el frente y me encuentro la imponente torre, deduzco que sólo está a una calle de nosotros. En mi recorrido visual, veo a más mujeres vestidas como la “mascota” del gato de la juguetería. No me sorprende tanto porque están libres de amarras. Una de ellas es rubia y la otra castaña, las dos usan ese peinado anómalo que solía llevar Jarvia: el cabello les cae por los hombros y unas diminutas trenzas más largas que el resto rozan sus hombros. Están sentadas a nuestra derecha, en el borde de la vereda. La más alta, estira su cuello para mirarnos, y diviso en su cuello un grueso collar que brilla como el metal. Salgo de mi error, no están libres.

—Olvídalo —me dice sin percatarse de ella y suelta un suspiro cabreado—, lo haré yo.

Gatito sujeta mi gorra con delicadeza y la desliza hacia abajo con mucho cuidado para que no se me desarme el moño.

—Qué tierna —suelta una risita infantil y me pincha la nariz con el dedo—. tienes pecas.

—¿Tierna? —frunzo el ceño—. Nunca antes me han dicho así.

—Supongo que nunca antes conociste a un gato como yo.

Irah lleva toda la tarde haciendo comentarios como esos, dolorosos en el subtexto y literalmente sin sentido, no les vería tanta turbiedad si no los acompañara una sonrisa ladina. Y hablando de sonrisas; el gatito se lame los labios lentamente, lo suficientemente lento para que yo reaccione y aparte la mirada de su boca.

—Mierda —él me agarra del brazo como hace siempre, pero me suelta casi de inmediato como si acabara de recordar algo—. Hay que apurarnos.

Cruzamos la calle corriendo con furia y, antes de perdernos vuelvo a mirar a las mujeres sentadas en la vereda y noto que otra vez estaba equivocada, ellas no estaban viéndome, lo miraban a él.

En la medida en que nos acercábamos, fui perdiendo la cima de La Große. Había menospreciado su magnificencia. ¡Era enorme!, de hecho cuando llegamos al muro que la antecede, no pude ver sus esquinas o curvaturas, para ser más exacta. Debe medir como dos kilómetros de radio y no posee una sola ventana.

—Está cerrada.

—No me digas —replica Irah dando una patada al enorme muro. Me dejo caer al suelo y observo hacia el cielo y se manifiesta ante mis ojos, lo que ya me temía desde que veníamos hacia acá: La Große se pierde entre las nubes.

Me pongo de pie y comienzo a caminar siguiendo el trayecto de la pared, siempre mirando hacia arriba y me detengo cuando diviso unas campanas. Llamo a Irah.

—¿Para qué son? —pregunto indicando en su dirección, sin bajar la vista.

—Ocasiones importantes, horarios de comida, toque de queda y si son tres, se trata de una emergencia.

—Necesitan de una alarma que les avise cuándo deben ir a comer.

Él apoya ambos brazos en el muro e inclina su cabeza, la que queda colgando entre sus extremidades en un gesto de rendición, como abatido, y con su mirada fija en el piso. Los músculos de su espalda se tensan y los globos que antes me parecían repugnantes, hoy comienzan a... No lo sé, a parecerme normal. No están tan mal. Es mucho más musculoso que yo, eso es todo.

—¿De verdad pensaste que estaría abierta? —Irah sigue con su vista clavada en el suelo, recuerdo la conversación que mantuvo con Jairo en la cocina.

«No estoy seguro, había pensado en ir dentro de unas horas»

«¿Estás loco?»

«No hablo de introducirme en la torre, sino de reconocer el terreno»

«Es estúpido. Menos de una semana con la chiquilla y ya te chafó un tornillo»

«Jairo, tú no la conoces, si no la llevo hoy se trastornará toda»

«¿Piensas disfrazarla o algo? »

«No tengo más opciones»

—No.

—Pero querías verla —él gira su rostro lentamente hacia mí.

¿Cómo nos veremos desde afuera? Él pateando la pared, y yo, nuevamente desparramada en el piso. No parece la mejor forma de pasar desapercibidos.

La gran torre está rodeada por cuatro calles principales, nosotros tomamos la Avenida Laqueos, pero hay tres más; más mujeres mirándolo raro, más gatos observándome con sospecha, sin tragarse mi farsa. Otros centros...

—Supongo que mentí.

—No, no lo hizo. Prometió traerme y lo cumplió. El resto es cosa mía.

Poco a poco me pongo de pie y giro mi cabeza hacia la torre, apoyo mi oído contra la fría superficie de granito e intento oír algo de Emil, pero es en vano.

Y ahí está otra vez, ese dolor en mi pecho, esa necesidad tan antigua como el tiempo. ¿Qué importa si no puedo verla u oírla? Ella está aquí, puedo sentirlo, en algún rincón de esta maldita torre la tienen encerrada.

—Voy a encontrarte Emil —le prometo a mi amiga, aunque sé que no me puede escuchar—. Voy a recuperarte —insisto, tratando de encontrar el valor, intentando convencerme de que este viaje no ha sido inútil. Deposito un beso en la torre y luego me giro hacia Irah.

—Estás llorando —me avisa y aprovecha de enderezarme el grueso cinto de mi cuello, al que Irah llama corbata.

Paso una mano por mis ojos y ésta queda húmeda.

—No me había dado cuenta.

—Lo sé.

—¿Cómo lo supo?

Vuelve a pincharme la nariz y me sonrío. Sin embargo, nunca antes me había parecido más triste que ahora.

—Porque hay un montón de otras verdades que están frente a ti y las ignoras.

Pestaño aturdida presa de la sorpresa, el sol y sí, también de Irah.

—Mierda, las cinco —dice él con la vista en el cielo.

—¿Dónde vio la hora?

—Allá —apunta con el dedo a un aparador y efectivamente, hay un número cinco con dos puntos seguidos y dos ceros escritos en un verde chillón.

—¿Aún hay tiempo?

—Sabes perfectamente que hoy no conseguiremos más que patear esta maldita cosa.

—Pero supongo que tiene un plan B.

—No sería un gato si no lo tuviera.

—Ahora tenemos que apresurarnos, recoger nuestras cosas y salir de aquí.

La casa de Irah estaba vacía.

—¿Y Jairo?

—Tiene que haber salido de farra por ahí —responde sacándose la gorra y pasándose una mano por la frente sudada. Camina rápido dándome la espalda.

—¿Qué significa salir de farra?

Él me mira por encima del hombro, ojos hambrientos y el pelo alborotado.

—Eres muy joven para explicártelo, así que sólo diré: es cosa de gatos.

—¡Oiga! —Hago una cuenta mental de los días en que he estado fuera de La Grata y luego agrego—. Cumpló dieciséis en marzo, exactamente en veinte y nueve días.

—Genial, todo un adulto —dice y luego mira a nuestro alrededor como si buscara algo, al parecer no lo encuentra, porque se dirige hacia la escalera. Yo lo sigo pisándole los talones.

—Sabe, tal y como lo veo, usted tampoco es un adulto.

Irah no parece tener el interés en lo que digo, por el contrario, comienza a subir la escalera a zancadas.

—Además, no creo que “farra” sea algo tan interesante, y dado la experiencia, eh, este... Usted recuerda que su ciudad se llama como la torre ¿no? En fin, creo que “farra” no es algo tan terrible como para que lo censure por edades.

—Ahí te equivocas —se para en la baranda y se empieza a quitar la camiseta negra. Automáticamente desvió la vista y el entorna los ojos, como si se lo esperara venir—, tiene un montón de interés.

Comienza a dar zancadas por el pasillo, secándose la cara y el pecho con la prenda negra.

—¿Dónde está esa maldita cosa?

—¿Qué busca?

—Tu mochila, tenemos que salir de acá.

—Pero Jairo dijo que las echaría a lavar.

—¿Él dijo qué?

Gatito se pone las manos en la cara y entierra los dedos en ella, como si quisiera arrancársela. Bueno, ahora luce desquiciado.

—Ese idiota realmente lo hizo —dice como si no pudiera creérselo.

—Es un buen gato, no merece que lo trate así.

—Apuesto que lo es.

Por fin deja en paz su cabeza y traslada su mano izquierda hasta la boca, la cierra en un puño y se muerde el nudillo del dedo índice. En ningún momento me mira.

—No entiendo la razón por la cual está tan alterado.—lo increpo, pero desvío la atención cuando él me muestra su muñeca, vaya...

—¿Había guardado su reloj ahí?

—Lo dejé en tu mochila mientras te duchabas.

—Si se preocupa que se haya mojado...

—No creo, Jairo es demasiado inteligente para eso —dice y su expresión comienza a serenarse un poco.

—¿Entonces?

—Es de oro, el muy imbécil debe estarlo exhibiendo frente a todos sus amigos.

—Y eso le molesta...

—En cualquier otra circunstancia no, pero hoy necesito ese reloj más que nunca.

—Supongo que no vas a decirme el porqué.

—Supones bien.

—Entonces qué haremos. Mi reloj está estropeado.

—Por hoy nos llevaremos el reloj de la pared, mañana volveré por el mío y tus cosas.

Irah baja las escaleras y otra vez tiene este toque impersonal al rozarme. A estas alturas, no es un misterio que está haciendo todo lo que está en sus manos para no tocarme.

Esta vez me tomo un tiempo al descender por los escalones, está claro que él no me quiere cerca. De regreso en el primer nivel, hago un repaso de las últimas horas, el día ha estado plagado de travesías, desde la ida al pozo hasta los ochenta centímetros de hormigón armado que atravesamos con Irah para entrar a la ciudad.

—Gracias por regalarme este día tan inusual —le digo entrando a la cocina. Agradezco no haberme acobardado, tenía que decírselo, después de todo, esto no es real. Irah no es más que una burbuja, un lapso de tiempo perdido en un mundo donde nadie recuerda—. Por hacerlo real, incluso cuando parece imposible —concluyo.

«Es como felicidad en cápsulas», quiero continuar con mi verborrea, pero en su

lugar, le regalo una sonrisa. Él asiente y mete el reloj que antes estaba en la pared, en una bolsa de plástico negro.

El sonido de las campanadas llega a mí cuando estamos cruzando la puerta de la cocina.

¡Tan-lán! Una: ¡Tan-lán! dos, ¡Tan-lán! Maldición, tres veces.

Miro a Irah y está paralizado, tiene los ojos bien abiertos y el rostro pálido, como el tono de mi piel, pero peor.

—Es una emergencia.

—Quédate aquí —me ordena, luego me obliga a sentarme en el sofá de la sala, con brazos y piernas cruzadas. Me parece una acción ridícula, pero luce tan preocupado que no tengo corazón para decirle que no. Como el resto de la casa, la sala es de un color marfil cremoso. Aunque yo prefiero la segunda planta, ya que es alfombrada y el baño... Bueno, mejor no pienso en eso. Me hace enfermar y creo que no es tiempo para debilidades.

—Volveré pronto. No abras la puerta ni respondas si preguntan algo.

—¿Entonces como sabré si es usted?

—No te preocupes, tengo llaves —Explica y desaparece olivándose por completo que no se había vestido y llevaba el torso desnudo.

15:00

Me despierta el crujir de unos torpes pero pesados pasos.

Abro los ojos, y en medio de la oscuridad, veo una sombra peligrosa inclinándose sobre mí. Levanto mi tronco del sillón y giro a mi derecha luego a la izquierda, buscando algo para atizarle, pero no doy con nada, comienzo a desesperarme.

—¿Quién e... e-res ts... tú? —pregunta el desconocido arrastrando la voz, posteriormente da un traspié y cae de boca al piso soltando un par de maldiciones.

—¿Jairo? —pregunto con mi voz varias notas más alto de lo normal.

—Mierda —dice alguien y la luz de la sala se prende dejándome ciega por unos segundos. Jairo está tendido inconsciente sobre el piso, Irah me mira de reojo mientras trata de levantarlo. No entiendo nada de lo que está pasando.

—¿Qué le pasó? ¿Dónde estaba? —le pregunto.

—En la cocina, sirviéndome un café, pero el colega aquí presente decidió darnos una sorpresa.

Ignoré a Jairo, verlo desparramado en el suelo me daba impresión y repugnancia, al mismo nivel... ¡virgen santa! El gato olía fatal.

—¿Café?

—Sí... lo que te serví el otro día en la cabaña ¿recuerdas?

«Así que el jarabe se llama Café»

—¿Cómo hago para ayudarlo?

—Tranquila, déjalo así. No quería que te despertaras, duérmete.

—No puedo dormir una vez que me despierto.

—Entonces... — se inclina para levantar al otro gato, pero suelta un quejido y Jairo comienza a dar algunos signos de lucidez pestañeando con torpeza.

—Vamos amigo —le pide Irah—. Ayúdame, sabes que pesas el doble de lo que acostumbro cargar.

—¿Dónde estoy?

—En casa —responde gatito, luego me habla a mí—. Quédate en el sofá, regreso en un minuto.

Obedezco, y pasa bastante tiempo antes de que lo vuelva a ver, no tengo reloj así que no sé realmente cuantos minutos han transcurrido. Es extraño estar sin el habitual clic de mi reloj, con el correr de los años se ha vuelto tan cercano a mí como Emil o hasta el propio Irah.

Es triste que mi felicidad dependa de un aparato mecánico. El reloj, gobernante de nuestras vidas. El que con cada clic me advierte que queda un segundo menos para que todo recuerdo se evapore. Un nuevo comienzo para todos, mas no para mí.

Odio ser anormal, pero más odio el retroceso que implica el constante avance de las manijas del cronógrafo. Es exasperante vivir en ventaja y aparentar estar siempre

en un punto muerto. Las doce de la noche. Cero horas, tiempo en que todo el mundo olvida llevándose en esos recuerdos, toda experiencia.

Me distraigo de esos pensamientos deprimentes mirando las paredes de color marfil y los ventanales, tenuemente iluminados por la lámpara. Me preocupa que ya sea de noche, y ese solitario hecho, me trae otra vez a la memoria los relojes, todos los que he tenido en mi vida.

¡Virgen Santa! Qué hora es.

—Sigues despierta.

Levanto la vista y veo a Irah parado, su silueta alta y delgada espera quieta frente a mí, puedo apreciarlo en detalle. Se ha cubierto su torso con una camiseta marrón.

—Le dije que no podía dormir una vez que despertaba, tengo el sueño liviano.

—Yo soy como un oso. Espera, déjame adivinar, no tienes idea de lo que es un oso.

—En teoría...

Él rueda los ojos y elimina la distancia entre ambos hasta quedar de pie frente a mi sofá.

—¿Puedo? —pregunta mirando el lugar vacío a mi costado izquierdo. No estoy segura de qué responderle, las cosas siguen raras desde el episodio del baño, he decidido nombrarlo así porque mencionar el beso me resulta violento e invasivo. Irah me da otra de esas miradas por debajo de sus pestañas, como si intentara leer en mi rostro una respuesta. Pero como dije antes, los gatos no son pacientes, así que se sienta a mi lado. Me asusta lo feliz que eso me hace.

—¿Qué está haciendo? —pregunto.

—Por favor dímelo, porque me estoy quedando sin respuestas ¿Locura? Es probable ¿Tiene remedio? Lo veo difícil.

Irah se toma la cabeza entre las manos y se reclina hacia el respaldo del sofá. Está tan cerca de mí, que bastaría estirar mi mano para tocar su rostro. Me alejo de él, corriéndome despacio hacia la esquina derecha del sillón, Irah tiene los ojos cerrados, así que no lo nota.

—¿Recuerdas las campanadas?

—Sí, fueron tres.

—Hoy se ha declarado toque de queda. Todas las esquinas de la ciudad están franqueadas con centinelas —cierra sus ojos luciendo aún más agotado que antes—. ¿Sabes lo que eso significa Aya? No vas a poder salir de aquí.

—¿No es eso algo normal?

—En tu ciudad podrá parecer normal, pero acá no necesitamos horarios para ir a la cama. Ahora las malditas puertas están cerradas.

—Entonces hasta hoy ¿estaban sin seguridad?

—Claro, ¿por qué deberíamos estar encerrados? Ah lo olvidaba, los hombres

¡esas terribles bestias!

—No es gracioso.

—Por supuesto que no, es ofensivo.

—Sigo sin entender, si la puerta principal estaba abierta, por qué entonces...

—¿Te estás preguntando por qué te hice atravesar el muro?

Asiento y él esboza una mueca de desagrado.

—La entrada principal está al lado opuesto del bosque, rodear la ciudad nos hubiera tomado cinco días o más, y según entendí, tú quieres recuperar a tu amiga lo antes posible.

—Emil —comienzo a alterarme al recordar la razón por la que estoy acá en primer lugar—. ¿Qué hay de Emil?

—¡Olvídate de ella, te están buscando a ti! Saben que escapaste, esa es la razón por la que salí. Lo sospeché al oír las campanadas, pero necesitaba confirmar.

En ese momento se hace un gran silencio e Irah me mira furioso.

—Emil debe estar bien —disminuye un poco el volumen de su voz—, ni siquiera sabe lo que ocurre, no recuerda. Tú en cambio...

—No me importa lo que me pase, no voy a huir como una cobarde.

Él arquea una ceja y espera. Su encanto ha desaparecido, junto con el gato considerado que vive para socorrer a los demás y de ser necesario, cargarlos en su espalda pese a tener una fea herida en la planta del pie.

—¿Cómo está su pie?

—¿Qué quieres decir.

Dejo el sofá para revisarle el pie y no me sorprende encontrarlo descalzo.

—Esta venda está sucia, hay que cambiarla.

—Ya lo haré más tarde, ve a dormir.

—No lo creo, hay sangre y tierra. Tienes que curarla ahora mismo, antes de que se infecte y salga pus.

—Aya...

—Espérame aquí —es mi turno de decir—. ¡No te muevas!

Corro hasta la cocina y con actitud tranquila y pausada busco algún cuenco en la alacena, abro el armario izquierdo, nada, derecho, tampoco.

—¿Buscas esto?

Irah que todo lo tiene que hacer perfecto, tiene en sus manos un kit completo de primeros auxilios, incluido el cuenco que yo tanto buscaba. ¡Qué gato más irritante!

—Puedo curarme yo mismo, pero antes tenemos que hablar —dice de una forma tan despectiva, que anula todas mis intenciones de ayudarlo.

—Ya hablaremos mañana, voy a dormir —le digo antes de caminar hacia la puerta de la cocina.

—Dijiste que no tenías sueño.

Me detengo y observo mis uñas, están raídas y las yemas se han deformado. Esto es signo del estrés al que he estado expuesta, porque sinceramente, nunca noté cuándo ni cómo las mordí.

A mis espaldas, escucho sus pasos chocar contra las baldosas, es un sonido corto, lo siento caminar hacia mí, cerca, cada vez más cerca, no quiero mirarlo, no quiero oír lo que tiene que decirme.

—Aya —acuna mi rostro entre sus manos y tiemblo desde la cabeza hasta la planta de los pies.

—¿Qué le pasa a Jairo? —Mi pregunta parece sorprenderlo y aprovecho ese momento para soltarme de su agarre.

—Él... estuvo tomando.

—Olía horrible.

—Bueno, eso es lo que hace el alcohol. Supongo que en La Grata no ingieren alcohol. Joder, no me sorprendería que vivieran a base de leche y avena.

De hecho, es algo que disfrutamos bastante. Personalmente soy una fan incondicional de la avena en todas sus variantes: galletas, pasteles, yogurt, cereal. Pero siento que admitirlo frente a él probaría algo, así que en lugar de ello prosigo:

—Él me preguntó quién era yo —Por un momento su rostro queda en blanco, pero se recompone tan rápido que lo atribuyo a mi imaginación—. ¿Otro efecto secundario del alcohol?

—Exacto.

—Me está mintiendo —Irah reprime un bostezo con su mano y sus enigmáticos ojos se vuelven todavía más rojos que los de Jairo antes de “salir de farra”.

—Sí —admite a regañadientes—, no me dejas otra opción. Aún no estás lista para oír la verdad.

Toma una enorme bocanada de aire y lleva su mano izquierda al tabique de su nariz, la deja ahí por lo que parecen horas, intentando recobrar el ritmo normal de su respiración. Luego toma una silla, la arrastra y dobla su pierna en el asiento.

—O tal vez sí. Depende ¿te gustaría hablar de los hombres?

Arranca la venda de un solo tirón sin siquiera pestañear, no logro ver la planta de su pie desde donde estoy, pero una fea costra le sobresale del tobillo.

—No entiendo.

—Vamos, no es tan difícil. Ambos sabemos que no fue un hombre lo que te atacó en el bosque.

—¿De qué está hablando? Fue un hombre, yo misma lo vi.

Irah arroja la venda en el contenedor de basura, pero ésta cae fuera así que corro a buscarla.

—Fue una cobra, ya te lo dije.

La tela está cubierta de sangre seca y barro, un escalofrío me recorre la columna

cuando tengo que arrojarla en el tacho y girarme.

—¿Por qué está haciendo esto?

Él no aparta sus ojos claros de mí mientras aplica un antiséptico en la herida. Ni siquiera es capaz de tomar un algodón y ¡Dea-mater!, ya no lo soporto más.

—Deténgase, déjeme a mí —le contradigo, intentando arrebatarse el antiséptico.

—No quiero tu ayuda —sacude mi mano en un movimiento bruto.

Me quedo de una pieza ante tanta violencia, estoy a centímetros de él, todavía con su ropa puesta y mi moño desatado. Tengo cientos de preguntas y el espíritu desgastado. Es difícil lidiar otra vez con esa emoción de la cual me creía acostumbrada: rechazo.

—No lo entiendo —digo en un susurro—. Ha hecho tanto por mí; me ha cuidado, me salvó de la “cobra”, como insiste en llamarla. Incluso me alimentó.

Llevo una mano a mis ojos cuando percibo que estoy por llorar.

«No ¡Por favor, no ahora!»

Pero mi corazón no escucha. Debería haberlo previsto para estar mejor preparada, pero no lo hice, por eso no puedo evitar llorar mientras le pregunto:

—¿Por qué no me deja ayudarlo? —Mi voz suena ronca e irregular—. ¿Qué tiene de malo que por una vez sea yo quien cuide de usted?

—Aya —deja escapar mi nombre por medio de un suspiro. Su aliento cosquillea en la piel de mi rostro y me olvido de todo, del dolor, de mis lágrimas. Estamos tan cerca que si hablo podría rozar sus labios.

No me importa si es gato o mujer, si esto es real o un cruel sueño, Irah es el único capaz de recordar y eso no tiene precio. Para él soy alguien, existo. Gatito ha sido el único que me ha hecho querer ser tal y como soy. Irah, me enseñó a aceptarme.

Acerco mucho más mi rostro para alcanzar sus labios, pero es un intento vano porque Irah baja la pierna de la silla, se pone de pie y otra vez me deja lejos. De repente, me siento pequeña, ridícula y culpable, como si acabara de hacer algo realmente malo.

—No podemos —dice él y cierra los ojos como si verme fuera de por sí doloroso—. Ve a dormir Aya.

—Pero... —vuelvo a secarme los ojos con la manga, esto duele mucho, es un dolor extraño. Siento como si me incendiaran el pecho y el fuego se propagara por todo mi cuerpo—. No, no puedo respirar.

—No eres la única. —Dice enarcando una ceja y reprimiendo una sonrisa, como si escondiera un secreto—. Ve a dormir Aya, vete antes de que sea tarde para los dos.

—Sigo sin entender. Si hice algo mal, te ofrezco disculpas.

—No te merezco Aya, ese es el porqué. Así que guárdate tus disculpas para quién las merezca y lo digo en serio, guárdatelas, no se las des a cualquiera. Y no permitas que te roben otro beso.

Muerdo mi labio evitando llorar otra vez, pero no ayuda en nada porque siento las lágrimas correr furiosas por mi mejilla.

—Preparé tu cuarto acá abajo —dice doblando una gasa y llevándola hasta su herida—, en el pasillo, la primera puerta de la derecha.

Se detiene un momento y por un segundo parece dudar, al final se inclina y me da un rápido beso en la frente, pero no me reconforta porque es un gesto igual a los anteriores: frío e impersonal.

—Voy a sacarte de aquí Aya, a ti y a tu amiga, aunque me cueste la vida —sentencia apenas en un susurro.

Llego a la pieza dando tumbos, mis pies se arrastran y las botas parecen pesar una tonelada. Me siento débil, incluso el pelo me duele, no tengo heridas, mi piel y huesos están intactos. Sin embargo, mi corazón. Mi corazón es una historia diferente.

«¿Por qué? ¿Qué hice o dije para que Irah crea no merecerme?»

Tal vez es porque vengo de La Grata o quizás los gatos, le tienen fobia a las mujeres. Son animales muy quisquillosos. Lo sé, lo leí.

Eso explicaría porque durante la tarde insistió en que me disfrazara, pero... No. Es imposible, vi a otras mujeres en la ciudad y los gatos parecían perfectamente a gusto con ellas. Uno de ellos incluso la llevaba atada de un collar, como si se tratara de un perro.

«¿Qué es entonces?» « ¿Qué hice mal?»

Está claro que él necesita algo más de tiempo para hacerse a la idea de dejarme ayudarlo.

16:00

Despierto de pésimo humor, y como un acto reflejo, miro mi muñeca sólo para recordar que mi reloj está parado. Por supuesto, existen cosas mucho peores como mi pesadilla. Cuando la primera imagen del horror llega a mi mente, sacudo mi cabeza para alejarla, no quiero pensar en eso y vuelvo a mi nuevo presente, a mi entorno.

La habitación está a oscuras, anoche cuando me acosté, estaba tan exhausta y enojada, que me arrojé sobre la cama con los ojos cerrados, sólo tomé un momento para quitarme las botas y el corpiño.

Me levanto con la intención de buscar la bolsa negra donde Irah dejó el reloj, pero no logro encontrarlo. Me prohíbo ir a despertar al gatito, soy yo la que sufre de insomnio, no tengo porqué castigar a los demás.

En ese momento recuerdo que había empacado polvo de valeriana, este es el momento ideal para probar de mi propia medicina, me relajará y eso es mejor que nada. Subo las escaleras lentamente, tratando de no hacerlas crujir y tanteo con las manos la baranda para notar cuándo debo doblar. El hecho de que los peldaños estén alfombrados, me dificulta la tarea. La puerta del baño es la primera a mano izquierda, lo recuerdo porque fue en ese lugar donde Irah me besó.

—¿Qué vas a hacer? —digo una vez que cierro la puerta tras de mí y enciendo el interruptor.

Doy un sorbo de agua y me enjuago el rostro. Mis necesidades biológicas se presentan y aprovecho de orinar. Termino de lavar mis manos y abro la puerta lista para volver a mi habitación, tomar la valeriana y relajarme para analizar, corrijo, esclarecer mis pensamientos.

En las pasadas veinticuatro horas he visto más de lo que he visto en toda mi vida. Es necesario que haga un repaso mental de las experiencias, es vital que ordene la maraña de imágenes y emociones que azotan mi raciocinio. Mientras camino hacia mi cama, recuerdo que esta es una de esas ocasiones en las que comenzaría a contar. Lo hago siempre, le hace bien a mi cabeza: esperando el final del día, de los recuerdos, los problemas.

«Uno, dos», empiezo en mi cabeza y veo la luz filtrarse por una de las puertas del pasillo. Paso de largo la escalera y sigo derecho hacia la luz.

«Tres, cuatro, cinco...»

—Seis, siete —digo en voz bajita mientras apoyo mi mano en la manija de la puerta. Pero estoy demasiado ansiosa para ser paciente, así que llego al cien de diez en diez y abro la puerta.

—¿No te enseñaron a golpear?

Aprieto mis dedos nerviosa en el borde de la puerta, incluso desde acá, a unos tres metros de él, puedo ver los detalles de su lecho. Este es su espacio, este cuadrado de

paredes blancas encierra todo lo que es Irah y, de alguna forma, me siento más cercana a su mundo. La cama es grande, algo normal para alguien que tiene un cuerpo como el suyo, la mía en cambio, es pequeña, como de una plaza. El gatito está sobre un plumón a rayas azules, me recuerda los vestidos que solía usar Adelfried. Lo último que quiero recordar ahora.

No hay zapatos desperdigados en el piso, ni camisas sin planchar. La casa en general es una oda a la pulcritud, tan diferente a esa cabaña sencilla a mitad del bosque, tan opuesto al gato travieso con pantalones sucios que me arrojó al lago.

Hay un sencillo buró negro con una lamparilla en su base, un vaso mediano con agua a medio terminar, y un par de pastillas blancas similares a las que tomó Jarvia antes de sufrir el ataque.

Cierro los ojos reprimiendo los sentimientos indeseados, no quiero pensar en ella, no ahora. Vuelvo abrirlos esperando que la imagen desaparezca y en parte lo hace, no veo a Jarvia por ninguna parte, pero la realidad es peor que la pesadilla, porque es desconocido y tentador, es Irah y me está mirando cabreado, puedo notarlo a pesar de que lleva lentes, también tiene el pelo revuelto, se ve divertido. Como un gato intelectual y loco.

Irah está sentado en su cama. No lleva camisa. ¡Vaya novedad! Lo he visto sin ella un montón de veces: en el bosque, la cabaña, incluso el lago. Seco, mojado, para gustos y colores.

El problema radica en que, no logro acostumbrarme a la rutina y me quedo viéndolo como si fuera la primera vez. Tanto así que sólo consigo apartar la vista de su plano abdomen cuando veo la flecha de vello dorado descendiendo por éste, hasta perderse en unos pantaloncillos ajustados con una extraña turgencia en ellos.

Espero que no sea un tumor. En La Grata tuvimos un caso así, fue hace un tiempo. La hermana Melissa padecía de un tumor en la pierna, tenía un bulto redondo que creció hasta que era visible a través del pantalón, parecía otra rodilla, pero diez centímetros más abajo de la original. Con el tiempo, la hermana Melissa dejó de caminar, después de tres meses, el bulto seguía creciendo y falleció. El gato tenía un quiste similar entre sus piernas, menos redondo y más alargado. ¿Cuánto le quedaría al gato antes de que el tumor le impidiera caminar y lo postrara? La hermana Melissa solía sentirse aliviada cuando alguien le masajeara la pierna. Me acerco a Irah un tanto insegura.

—Debe ser incomodo caminar con eso ¿no? —pregunto.

Él me mira sonrojado mientras su boca se abre y cierra como un pez.

—Lo siento, pensé...

—Podría jurar que esta vez no pensaste —dice y acomoda la montura de sus gafas—. Seguro que viste la luz prendida y decidiste: “Qué diablos, no puedo dormir, iré a molestar al gato para que me cante una canción de cuna”.

—No es verdad.

—¿Ah, no? —deja sus anteojos sobre el buró y cruza una pierna por encima de la rodilla, descansando el tobillo del pie herido encima de ésta.

« ¡El tumor! Auch, eso debió doler».

—No entiendo sus cambios de humor —el libro descansa sobre su estómago y la curiosidad insana que reside en mí se prende como una fogata avivada por hierba seca.

Irah nota dónde ha ido a parar mi atención y se apresura a guardar el libro tras su almohada, esto me hace enojar

—¿Sabe qué?, olvídalo.

—Ya, eso dicho por una mujer se traduce en algo así como “No es nada, no lo vas a entender”.

—Ajá.

—Y esa fue una indirecta para que me calle —explica con actitud más beligerante que maliciosa.

—¿Realmente quiere que me vaya? —pregunto dando un paso dentro de la habitación. La molestia desaparece y una tristeza absoluta le oscurece el rostro.

—Quiero que te quedes —Susurra en un tono amable—, pero no puedo tener todo lo que quiero —concluye.

Mientras me acerco, puedo ver que la tristeza no sólo envolvió su rostro, sino que también sus ojos. ¡Virgen santa! ¿Realmente los ojos son las ventanas del alma? porque si eso es cierto, Irah tiene el alma desolada.

Doy otro paso. Contengo mi aliento y muerdo mis labios, el habitual vértigo que siento cuando Irah está cerca o dice cosas que me confunden, se incrementa. Ahora no sólo son cosquillas y mareos, sino que también necesidad. ¿De qué? Desearía saberlo, desearía conocer la razón para saciar... Sacudo mi cabeza e intento disipar todas esas emociones y sensaciones desconocidas que están consumiendo mi cuerpo.

—¿Qué hacía despierto? —pregunto aún un poco aturdida.

—Leía un libro —estira el brazo y agarra el vaso—. ¿No es obvio?

—Es tarde —recalco lo que es realmente obvio.

—Exacto —dice mientras da un sorbo—, ahora ve a dormir.

—Se lo dije antes, no puedo dormir una vez que me despierto.

Irah vuelve a poner el vaso en el buró, pero lo deja caer tan fuerte que provoca un ruido grave y ensordecedor.

—¡Hey!, me asustó .¿Es que no tiene un mínimo de consideración por su amigo? Jairo aún duerme,

Estira las piernas arrugando el plumón azul en el proceso. Todavía sin decir nada, se cubre la cara con una mano, no parece que esté bien, mucho menos con ánimos de leer un libro.

—Lo cargué al segundo piso cuando ni se podía mover de ebrio.

Camino hacia él pensando en lo que dijo hace un momento “no quiero que te vayas” y omitiendo la última oración. No me importa si no me quiere acá o quiere y no puede, necesita mi ayuda y punto.

Me detengo a un lado del buró, esperando que el gatito diga algo. Sólo necesito algo, unas palabras, pero estas no llegan así que me quedo viendo las píldoras.

Mientras más tiempo paso con él, más me convenzo que esta necesidad se debe a que por primera vez he encontrado a un igual. Alguien con quién no necesito estar contando los segundos, alguien que, al día siguiente, recordara cuando le digo: Te quiero.

—Me lo vas a hacer difícil, ¿verdad?

—Todo lo contrario, quiero que confíe en mí, quiero ayu...

—No —me corta sentándose rápidamente en la cama, suelta un suspiro cuando entierra los puños en el plumón—. Por favor no lo hagas, no digas que quieres ayudarme —cierra sus ojos demasiado rápido para que logre verlos bien y sus facciones atormentadas me quitan de una vez por todas, las ganas de hablar—. Es difícil de soportar.

Han pasado siete años desde la última vez que confié en alguien, siete años desde que descubrí que era diferente, no quiero decir que se trató de un infierno. Sí, no era como el resto, pero no había razón para culpar a los demás por eso. Simplemente tenía que ser más lista, más fría y no depender de nadie. Sin embargo, incluso ahora, con una pérdida sobre mis hombros, en la semioscuridad, sólo con el débil destello que proyecta la lamparilla, soy débil, y lo hago otra vez: confío.

Por un momento, me quedo parada donde estoy, intentando leer las facciones del gatito, es difícil porque mantiene los ojos cerrados. Él suspira y me deleito escuchando el ronroneo que brota desde sus labios, pero es más que un mero suspiro, es más intenso y gutural, Irah está intentando controlarse.

Las pastillas blancas siguen sobre el buró, como una pista con letras grandes y rojas, siento que me pierdo algo, pero no logro unir las aristas de los datos que se me van presentando. Entonces ahí se quedan, burlándose de mí. ¡Es tan frustrante!, siento que mi cabeza va a estallar de preguntas.

Me dejo guiar por los instintos y me exijo tomar el control, aunque por ahora no soy capaz de hablar. Tomo la mano de Irah y lo obligo a destapar su rostro. Cuando abre los párpados, sus ojos sin vida me devuelven una mirada irritada; repleta de una mezcla horrorosa de vergüenza, culpa y dolor. Hace cuatro días encontré un gato, un acompañante, un amigo y en el trayecto perdí a Emil porque recién entiendo que Irah ha usurpado su lugar.

¡Me ha robado el corazón!, y fue lo suficientemente sigiloso como para no darme cuenta. Sin embargo ¿podré amar del mismo modo a dos personas? No creo ser

capaz.

—No soy —dice él—, realmente un gato—. Soy un hombre... —expulsa las palabras tan rápido que apenas logro entenderlo.

«¿Por qué dice eso?, ¿Qué tiene que ver?»

Me muerdo el labio para mantenerme seria, aún estoy procesando la revelación de mis sentimientos, no es fácil de aceptar, no estoy acostumbrada a sentir tantas emociones y de formas tan intensas.

—Soy un hombre —repite.

—Deje las idioteces para otro momento, está claro que no se siente bien.

Irah respira hondo y clava la mirada en mí una vez más, sus ojos son distantes y fríos. Y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, su cuerpo me da la razón: uno de sus brazos empieza a temblar y sus ojos ya de por sí rojos, dejan escapar lágrimas. Finalmente cae vencido de espaldas hacia la cama y me quedo viéndolo sin creer nada.

—Sabes qué soy —su mandíbula se tensa cuando traga. ¿Pueden esos ojos volverse más rojos?—, ya no eres tan ingenua como para no deducirlo.

—Los hombres están extintos ¿Recuerda?

—Tú sabes que no —responde con tristeza—, incluso nos confundiste con una cobra.

—¿"Los" confundí? —tomo su vaso de agua y me lo bebo antes de arrojárselo en la cara o peor aún rompérselo en la cabeza—. Estás loco.

Hay un largo silencio. Abro la boca para decir algo, pero vuelvo a cerrarla. Vuelvo a intentarlo.

—No puedo creerlo.

Se me adormece todo el cuerpo. Siento la sangre latiendo frenética en mis orejas y mi boca se ha secado.

—Eres demasiado perspicaz para no hacerlo. Mierda —pega un brinco en la cama y corro hasta él, sólo para comprender que, me había alejado de Irah mientras hablaba. ¡Dea-mater! No puedo estar asustada, no puedo porque eso significa que le creo.

—Los hombres no existen.

El rostro de Irah está empapado y no estoy segura si se trata de lágrimas o sudor, sus ojos lucen vidriosos y unas ojeras enormes acampan bajo éstos.

Deslizo las manos por mi camiseta para secar la transpiración de mis manos. Me cuesta trabajo enfocar la vista en un punto fijo: techo, cama, pared, todo parece dar vueltas.

«¿Me estaré volviendo loca?»

—¿No? Entonces explícame qué soy —me ordena en apenas un susurro.

Lo miro sin comprenderlo aún.

—Un gato.

Inspira profundamente y suelta una carcajada cargada de sorna, pero a pesar del compostura que exhibe, la satisfacción no le llega a los ojos. Apunta mi espalda con un dedo.

—¿Qué hay ahí?

—Mi armario.

Tomo una bocanada de aire y frunzo el ceño, sólo veo la puerta y ésta parece ondear. Me estoy ahogando y no sé si siento mucho frío o mucho calor. Además, las manos me tiemblan y sigo sin poder enfocar un punto exacto.

Mierda, realmente estoy asustada.

—No veo nada.

—Está detrás de la puerta, “gatita”.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando lo oigo llamarme así y le secunda un dolor en mi pecho. Me levanto a toda prisa para encontrar el armario. Lo pillo, está justo donde Irah dijo.

—¿Ahora qué?

—Primer cajón a la derecha.

—Sólo hay cartas y dos cajas, una gris grande y cuadrada, la otra es alargada y de color rojo...

—La roja.

Camino lentamente hacia donde está Irah, de algún modo, me siento fuera de mi propio cuerpo, es un milagro que mi curiosidad esté a raya. En otro momento, estaría gritando, exigiendo respuestas a preguntas... ahora, extrañamente no formuladas.

Tal vez era verdad. Pero, ¿en qué posición me deja esto? Hace un momento había reconocido que lo amaba, bueno al menos al gato considerado y amable que me había mostrado hasta el momento. ¿Estaré en peligro al estar encerrada con él si es realmente un hombre? Yo no lo sé, tal vez mi corazón sí.

Él siempre sabe.

—Supongamos que te creo...

—Abre la caja Aya —me dice apenas en un murmullo. Los temblores han empeorado y yo. ¡Yo no sé cómo actuar!

—Pero tú dijiste...

— ¡Abre-la-maldita-caja! —ordena entre dientes.

Si no fuera por la tensa situación en la que estábamos, me sentiría feliz. Por primera vez desde que nos conocemos, no hace ese estúpido intento de acercarse a mí para controlar los hechos y dominarme. Por el contrario, está en silencio, abatido y débil. Lo miro en detalle, tiene las manos quietas, actitud resignada, casi vergonzosa, ojos tristes y sonrisa gastada. En ese momento es cuando, caen sobre mí un montón de imágenes del pasado y vinculo todos los fragmentos hasta que finalmente llego a

una conclusión.

No necesito que él me lo diga, sé lo que le pasa. Las imágenes del ahora se unen con las del pasado una y otra vez, hasta llegar a Jarvia.

Cuando al fin el entendimiento se deja caer en mí, suelto la caja y cientos de fotografías de animales peludos caen esparcidas a mis pies.

—Ahí tienes tu gato —grita apuntando las imágenes.

Miro las fotos; animalitos grises, atigrados; peludos, de pelo corto, con ojos azules, otros verdes. Inhalo aire, levanto mi rostro y busco los ojos de Irah. La verdad reflejada en su rostro, termina por deshacer las últimas dudas que albergaba.

—Dijiste que éramos iguales —trago y me paso una mano por la nariz.

—Sé lo que dije —me responde—, te mentí, lo siento mucho.

Las disculpas están demás, pero aún así las dice, una y otra vez.

« ¿Por qué no se puede volver atrás?»

« ¿Por qué no podemos, no lo sé, sólo seguir como si nada?»

—Lo cierto es que... —Cubro mi cara con las manos. Esto no es verdad, esto es un sueño, por favor Virgen, permite que lo sea. Refriego mis ojos fuertemente, me pellizco, incluso tiro un mechón de mi pelo, pero él sigue ahí, Irah no ha desaparecido y se siente peor que una pesadilla. En este momento creo que lo odio. Quiero escupirle, gritarle, arañarle la cara, pero puedo golpearlo, no estamos en la misma posición—, aquella vez, cuando nos encontramos en el bosque intenté decírtelo, el peso de tu inocencia era demasiado para mí, así que recurrí a medidas extremas para mantenerte a salvo sin perderte en el proceso. Para ser justos, me lo hiciste muy fácil, sólo te dejé seguir con la fantasía que habían creado en tu cabeza.

—Creí que luchábamos juntos...

Se limita a asentir.

—Aya, lo hacíamos, sólo que de formas distintas. He luchado con mis pensamientos todo este tiempo. Traté de ser alguien mejor, ser sincero, pero no era fácil. Tú me odiabas ¿recuerdas?

—¡No te odiaba! Confié en ti —grité, furiosa.

—Odiabas lo que yo representaba, lo que te hicieron creer que era. Soy un hombre Aya, es lo que soy. —suspira y luego de un incómodo silencio, continúa—. Yo... yo quería conocerte, quería saber lo que se sentía recordar, tener un pasado, una historia. Siento haberte ocultado la verdad, pero no ofreceré disculpas por haberte conocido.

Mientras Irah argumenta el porqué de su engaño, no puedo dejar de pensar en que él es un hombre, una bestia que está muy por debajo de mí. No somos iguales, nunca fuimos los dos contra el mundo.

—Entonces, no... puedes... recordar... —intento expulsar las palabras y él niega, pero esta insidia aún tiene cientos de vacíos. Hay mucho que no me cuadra, así que le

presiono un poco más—. Pero te vi. Hemos estado juntos por casi una semana y no me has olvidado.

—Bueno Aya, siento decirte que eso va a cambiar.

—Explícate, no te entiendo.

Duda apenas un segundo.

—No me quedan muchas horas.

Observo su estado actual: el sudor de su piel junto al temblor de sus articulaciones y se pienso lo peor.

—Cambia esa cara, no me estoy muriendo.

—Júralo.

Me sorprende lo mucho que me importa su respuesta. Es un hombre, debería estar corriendo a kilómetros de aquí, lejos, a salvo de estas bestias roba-vidas. Tal vez se deba a la conmoción, sí, debe ser eso, sigo aturdida por la sorpresa.

Él tose una mezcla de gemido, risa, y balbucea algo así como “do judo”.

—¿De verdad?

Asiente, le doy tiempo para que se recupere, me carcome la conciencia por haberme tomado su agua, cojo el vaso y lo llevo al baño, necesito que se controle, que sea capaz de hablar para entender qué rayos sucede.

—Ten —le paso el vaso con brusquedad y ni siquiera espero que lo termine de sujetar bien, así que se derrama un poco sobre su pecho desnudo—. Ahora explícame cómo es que has podido engañarme todo este tiempo.

Él se toma su tiempo para tragar, antes de responderme.

—No era mi intención mentirte...

—Ahórrate el discurso redentor y ve al grano, quiero saber cómo rayos voy a salir de aquí y de paso salvar a mi amiga.

—Como habrás notado no soy realmente un gato. Te dejé creer lo que querías para poder ayudarte, no me excusa, pero quería hacer algo útil. Es frustrante manejar tanta información y no poder hacer algo con ella. Ya ves, al menos en eso somos similares.

—Continúa.

—Soy hijo de una persona influyente, esperaba que mañana por la noche pudiéramos internarnos en la torre y...

—¿Contabas con que pasáramos la noche aquí?

—No. Pensaba traerte mañana, pero estabas tan ansiosa y hoy por la mañana... Quiero decir ayer, cuando estabas en el pozo. Aya, si hubieras podido verte, lucías tan ilusionada, nunca vi a nadie con una mirada así. No tuve fuerzas para decirte que no.

Los temblores en su cuerpo han pasado, esto me hace preguntarme otra cosa.

—Esas pastillas... ¿Las tomaste?

—¿Te refieres a Vigilia? No, no las he tomado aún, pero estoy a punto.

—¿Para qué son?

—Para permanecer más horas despierto. Se toman cada ocho horas y te pueden dar hasta setenta y dos horas más.

—No entiendo.

Él vuelve a temblar y lo que queda de su vaso de agua comienza a esparcirse por todo su cuerpo. Siento lástima por él y junto a ese sentimiento, nace el impulso por acercarme y ayudarlo, pero no lo hago. Si lo derrama entero, puedo ir por más, eso es todo lo que haré por él.

—Te dije que era un hombre, a estas alturas habrás notado que te traje a una ciudad de puros hombres.

—Sí, también noté que trataban a las mujeres como perros, nada más cercano a lo que me enseñaban en mi ciudad. ¿Los derechos de las mujeres significan algo para ustedes? A estas alturas, no me sorprende que los hayan mantenido alejados.

—Esa no es la razón.

—Entonces dime cuál es la razón.

—El placer está sobre los derechos de las mujeres —espeta con vergüenza—. Por otro lado, ninguna mujer está aquí obligada. Reciben el mismo placer que dan.

—Al parecer, el placer es un cimiento fundamental en la constitución de tu sociedad. Qué básicos.

—No. Estás equivocada, no es fundamental para todos.

—¿Tú eres la excepción de la regla? Virgen, me siento afortunada.

Tuerce levemente los labios.

—Has comenzado a tutearme. Al menos hemos conseguido algo bueno de todo esto.

—Por favor dime que no estás intentando bromear.

Él abre la boca para decir algo, pero al final la cierra, supongo que la mirada que le di tuvo algo que ver.

—Aún no me explicas cómo pudiste estar todos estos días sin olvidarme.

—La señal de la torre no llega hasta el corazón del bosque. Me aseguré de construirla lejos del límite.

—¿Señal de la torre? —pregunto y la cabeza me empieza a doler, es demasiada información, demasiadas cosas en un día, pero no puedo parar ahora—. ¿Qué tiene que ver eso?

—La torre emite una onda magnética de largo alcance. Ésta ordena a nuestros cerebros formatearse a las cero horas de cada día —entorna los ojos—. Bueno, no realmente a nuestro cerebro, sino a los chip incrustados en nuestros cerebros. Cada hombre tiene una pequeña placa de titanio que emite una señal recibida por La Große y viceversa, lo sé porque fue mi abuelo quién la diseñó, ni siquiera necesita batería ¿No es jodidamente hermoso? Funciona a base de la energía que produce nuestro

propio cuerpo, o más específicamente la ATP (Adenosin Trifosfato) ¿entiendes lo que digo? No hay una puta manera de sacarlos de ahí, se recargan solos con la energía que el nucleótido obtiene de nuestras células. Es como tener pequeños demonios en la cabeza, esos malditos electrodos penetraran a diario en la zona de nuestro lóbulo frontal.

Me quedo viéndolo sin entender nada, él capta el mensaje y se apresura en explicar:

—Ahí es dónde están tus funciones motoras: socialización, espontaneidad —traga con dificultad y sus palabras comienzan a salir por borbotones—, también el comportamiento sexual. Los electrodos también trabajan en la amígdala, aquí es donde más nos joden, porque ahí están las emociones como la rabia, la ansiedad y el miedo... Tú ponle nombre.

—Esa es una historia muy... Creativa, sí, esa es la palabra. Pero cómo explicarías que ese chip, si es que existe, sea capaz de hacernos —ruedo los ojos, recordando que no soy parte de ese grupo—, hacerles —aclaro y esta vez es turno del gato de entornar los ojos—, olvidar detalles ligados a sus emociones y no cosas como el hecho irrefutable de que los días pasan.

—Bah, pensé que sería algo más difícil, esa respuesta es obvia, sobre todo para ti.

—Hasta ahora oigo mucho bla bla y pocas respuestas claras.

—Apuntan a zonas específicas del centro regulador. Por ende, el chip nos hace olvidar información ligada a una emoción, como por ejemplo una pelea o un encuentro emotivo. Pero recordamos perfectamente cómo hacer ecuaciones matemáticas.

Irah hace ademán de bajarse de la cama, pero se tambalea en el proceso. Es realmente duro verlo así.

—Cuando te fuiste, sabías que te quedaba poco tiempo. ¿Qué pensabas hacer? —Me doy cuenta de lo estúpida que es mi consulta mucho antes de acabar la frase, pero ya está dicho—. ¿Dejarme sola en una ciudad repleta de bestias? Suena como una cena para mí.

—¡No comemos mujeres! Lo creas o no, eso acá es visto como canibalismo.

—¿Qué pensabas hacer?, tardaste mucho en volver.

—Si no fuera porque ahora mismo tienes una expresión asesina, juraría que estás celosa y quieres saber con quién pasé la tarde.

—Eres un enfermo —tomo un respiro—, y además un descarado. Sobre todo porque hace tan sólo unos minutos eras tú quién actuaba como un asesino.

—Tenía mis razones —dice ahora más serio—, la culpa no me dejaba respirar y sabía que el tiempo corría, no podía dejar pasar más horas sin decirte la verdad.

—Recuperaste tu reloj —digo apuntando su muñeca—. Supongo que Jairo lo cuidó.

—Sí, lo hizo. Tu ropa está en el otro cajón de mi armario, encima de las cajas.

—Excelente momento para sacarlo a colación —las piernas comienzan a dolerme por estar tanto rato de pie, el suelo de la habitación de Irah está alfombrado, al igual que el pasillo y las escaleras, podría sentarme en él, pero eso dejaría en evidencia mi cansancio y lo último que necesito en lucir débil frente a él.

—Antes que todo, debo añadir que tú sacaste primero el tema a colación, aclarado ese punto, las pastillas eran justamente para evitar dejarte a la deriva, sola en una ciudad llena de tipos que no conoces. Incluyéndome, ya que no podría recordarte.

—¿Pensabas tomarlas para no dormir esta noche?

—Esta noche y las dos próximas.

—Tienes que estar loco —no importa quién sea, desear la muerte está mal, incluso para alguien como él—. ¿Has tomado esto antes?

—La verdad es que no —es increíble que aún débil sea capaz de intimidar. Maldito hombre-gato-tonto—. La Vigilia es considerada una droga ilegal. Por supuesto, ese factor no hace más que aumentar su popularidad entre la población

—¿Conoces sus efectos secundarios?

—Vale la pena correr el riesgo.

Comienzo a preocuparme, pero me recuerdo que los roles han cambiado, y no debo hacerlo más. Él curva la comisura de la boca, y me recorre con la vista perezosamente con la seguridad de un hombre, de un depredador.

«Lo de Jarvia no es culpa mía, lo de Jarvia no es culpa mía»

—He visto lo que hace en la gente —trago, intentando no pensar en los ojos verdes de Jarvia, pero siguen en mi cabeza—, he visto mujeres morir.

—Cualquier cosa que me haga retenerte en el tiempo, que me acerque más a ti, vale la pena.

Y aquí estoy dudando otra vez. ¿No es gracioso? No he tenido a nadie con quién hablar en mucho tiempo y la última persona que pareció necesitarme, que desea “retenerme en el tiempo” es una bestia. Es vergonzoso cómo las palabras de Irah me afectan, estoy un poco agitada, siento mi piel afiebrarse, cada músculo de mi cuerpo se tensa, y sé que algo está cambiando en mi interior. Temo que mi voluntad se debilite, así que no digo nada.

—A veces el silencio es una buena respuesta —me dice en un hilo de voz. Una sensación de ternura secuestra mi control, me acerco a la cama y él intenta sentarse otra vez, pero se lo impido poniendo mi mano derecha sobre su hombro y la izquierda sobre la colcha, a modo de soporte. Al tocarlo me doy cuenta que en ningún momento ha dejado de temblar, sólo ha estado conteniéndose. Este gato idiota realmente es bueno actuando.

Desvió la vista hasta su boca, se está mordiendo los labios. Tonto Irah, cien veces tonto.

—No lo hagas, no tomes eso, como sea que se llame.

—Aya, si no la tomo voy a dormirme.

—¿Cuánto llevas sin dormir?

—Bueno, la noche pasada dormí algo...

—No seas mentiroso, en la cabaña estuviste despierto todo el tiempo mientras me secaba el pelo, no entiendo porqué. Antes dijiste que la torre no tenía largo alcance.

—Quería verte dormir.

—¿Por qué?

Saco la mano que tengo apoyada en el cochón y la llevo hasta su rostro, sin apartar la otra de su hombro.

—Ahora que entiendo todo, lo del chip, el formateo, me doy cuenta que mi vida ha sido una farsa. ¡No soy defectuosa!

—Por fin te das cuenta.

—No sé si alegrarme o ponerme a llorar. Siento que todo es aún peor porque fui un error.

—Al contrario, eres un milagro —su rostro sudado se ruboriza al decir eso. Eso siempre lo recordaré, junto con este día, el que quedará tan marcado en mi memoria como mi cumpleaños número ocho, la partida de Emil y la muerte de Jarvia.

—No se suponía que existiera.

—Eres una en un millón. ¿Sabes cuántas personas se han saltado el proceso de inserción?

Sacudo la cabeza, ni siquiera sé lo que dice.

—Tres. Contándote.

—¿Cómo sabes que me salté el proceso? Tal vez tengo chip, tal vez sólo está mal soldado o algo así.

—Imposible, ¿recuerdas la primera vez que nos vimos? ¿Cuándo te pedí que no te acercaras?

—Difícil de olvidar algo así, ¿a dónde quieres llegar con eso?

—Si un hombre y una mujer se encuentran, sin que ella haya sido previamente insertada a la ciudad. Con esto me refiero a la reprogramación de su chip, ellos sencillamente entran en combustión.

Levanto una ceja sin terminar de creérmelo.

—Define “combustión”.

—¡Caboom! explosión, vísceras y miembros por todas partes.

La indignación bulle por mis venas, ya no corre sangre por ellas sino ácido. ¡Quiero matarlo!

—Vuelve a explicármelo —le exijo—. Explícame cómo sabías que no iba a volar en pedazos cuando me presentaste a todas esas bestias, mientras me paseabas por las calles de La Große.

—Eres una exagerada —dice Irah, quitándole importancia—. Eran sólo Tadeo y Aitor, aunque este último sí cuenta como bestia. No voy por ahí, arriesgando tu vida sin estar seguro que nada te iba a pasar. Ya había probado mi teoría, la primera vez que nos conocimos te arrojaste sobre mí como una demente.

—Aún así...

—¿Estás acá no? Yo podía hacerlo sin ti, pero tú insististe en que era tu deber sacar a tu amiga de La Große.

—Y lo del beso —esta vez lo tomo por sorpresa—. ¿También fue en beneficio de la ciencia?

—Me temo que eso fue en beneficio mío —la comisura de su boca se curva en una sonrisa traviesa—. Y debes admitir que te encantó.

Me niego a caer en su juego y opto por un tema neutral, su salud. Hay algo en particular que me preocupa aún más que su herida en el pie.

—¿Alguien te está tratando ese tumor? Tanto que te burlabas de mi ciudad y hasta ahora no he visto ningún hospital.

—Eso es porque te traje por la Avenida Laqueos, el hospital está en Tevessa, al otro lado. Y ¿de qué tumor hablas? No tengo ningún tumor. Diablos, ni siquiera un quiste o algo que se le parezca.

—Pero hace un rato, cuando entré...

Vuelvo a mirar la zona del tumor, todavía se adivina la protuberancia por debajo de la tela, más pequeña, pero todavía está ahí.

—Dejémoslo en que es cosa de gatos.

—No eres un gato.

—Por eso lo digo.

Y en menos de quince segundos, él vuelve a sonreír atrevido, como si me perdiera de algo grande.

17:00

—Más por favor —me pide con el vaso tembloroso entre sus manos. Corro al baño, pero me detengo cuando doy con la puerta de Jairo. Irah tendrá que esperar, no debo olvidar que es un hombre, una bestia, un mentiroso que se reservó información vital.

Empujo la manija, y Jairo yace desparramado en su cama. Duerme como un tronco, con las manos abiertas y las piernas dobladas como las ranitas del estanque. Ocupa las dos plazas de cama.

Es extraño que no haya despertado con todo el ruido que hemos hecho, me acerco un poco más, lo justo para poder verle el rostro.

—Alcohol y una mierda —se siente extraño maldecir después de tanto tiempo—, con razón no me recordabas.

Observo pequeños restos dorados esparcidos por su rostro, las esquinas achinadas de sus ojos, la comisura de su boca y todo está tan claro, más ahora que Irah me ha contado la verdad.

—¿Polvo de Valeriana, eh? —pregunto de regreso en el cuarto del gato—. El amigo del año.

Él levanta su ceja, pero no dice nada, así que le entrego el vaso con brusquedad, lista para salir de ahí. Recibe lo que le entrego, lo voltea, y se lo avienta en la cara.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—¿Qué parece que hago?

—El ridículo, pero eso es normal en ti.

—Estoy intentando no dormirme.

Sus ojos están cerrados por el dolor. «No te ablandes» «No te ablandes»

—Francamente, ni sé porque te molestas. Despierto o dormido, no hace una diferencia.

—Lo hace para mí —dice pasando una mano por su pelo ahora mojado y abriendo los ojos sólo un poco, pero lo justo para que pueda ver en ellos esa emoción enigmática a la que no quiero dar nombre.

Algo me ha estado rondando la cabeza, así que pregunto para salir de dudas de una vez por todas.

—Tu amigo también consume Vigilia ¿no es así?

—Veo que lo has adivinado.

—La verdad no. Te había creído, pero cuando me dirigía al baño, procesé la información que me diste y pasé por la habitación de Jairo. Pude distinguir restos de polvos por toda su cara. Sinceramente, me siento una estúpida, debí haberlo captado cuando me preguntó quién era, de todas maneras, dudo que el alcohol sea el causante de su actual estado de coma.

—Te sorprenderías de lo que puede hacer el alcohol en tu organismo. Por supuesto, nunca lo sabremos.

—Porque me olvidarás.

—No, porque eres menor.

—Cumplo dieciséis en marzo, ya te lo dije.

—Yo tengo veintiuno, sigo siendo mayor —podría jurar que oigo culpa en su voz—. Tengo una idea.

Irah y yo subimos al tejado a esperar el amanecer, fue su idea, pero tuve que prestarle mi hombro todo el camino, los temblores vienen y se van. A último momento me hace devolverme para ir por una manta, bueno quería bajar él, pero tendría que estar loca para dejarlo ir padeciendo esas convulsiones que parecen haber acrecentado su cojera.

—¿Si tomas la pastilla los temblores se irán? —Él asiente y yo pienso en Jarvia—. Sigue siendo una pésima idea.

Me vienen unas ganas de bostezar de no sé dónde, cierro los ojos y él me ofrece la manta, no la acepto. No hace tanto frío, ya está por salir el sol, lo sé por la mancha amarilla que se asoma en el horizonte entre esas líneas rosadas y violetas.

—Me dará tiempo, ya lo sabes.

—No se trata del tiempo, sino de cómo lo aprovechas.

Irah se queda mirando hacia el horizonte, no veo nada de interesante, otro día, otras veinticuatro horas perdidas. Pienso en retrospectiva y es demasiado decepcionante reconocer que nada fue real, que sólo se trató de otra mentira. Para buscar una distracción a las trampas que me está jugando mi cabeza sin chip, intento reacomodarme en mi sitio, pero es difícil estar encima del techo y no caerse.

—Tienes un gusto de lo más raro en escoger lugares.

Me regala una sonrisa agotada y palmea el espacio a su lado. Estamos sobre unas tejas del tamaño de un melón y aún así, no imagino un lugar mejor para dar inicio al nuevo día. Viendo ahora sus ojos dorados, me doy cuenta que han perdido todo ápice de enigma, todos los secretos que lo atormentaban, han sido sacados a la luz. Bueno, la gran mayoría al menos.

—Es curioso —me dice—, pensé que una vez que te dijera todo me sentiría mejor, pero resultó ser todo lo contrario.

—No voy a pedir perdón por eso. Un hombre... ¿puedes creerlo?

Lo observo, cubierto por la manta luce incluso más débil.

—Tienes que dejar de ser tan prejuiciosa.

—Quiero golpearte —suelto cruzando los brazos sobre mi pecho—, quiero rasguñarte la cara y los brazos hasta que me duela tanto como a ti.

Él me mira con esos ojos dorados de ensueño, la comisura de su boca se curva.

—Hazlo —sus ojos me recorren con somnolencia y destraba mi mano de la teja,

la tengo tan adherida que Irah tiene que desengancharla dedo por dedo—. Golpéame, pero que sea en la cara, de otro modo terminarás lastimándote.

Y lo hago, le doy un puñetazo en la cabeza, ni siquiera me fijo qué parte de ella es, pero se siente blando. La sensación de liberación no tarda en aparecer, pero se esfuma con la misma rapidez con la que llega, tal y como ocurrió con el sueño de tener a mi lado a “un igual”, esa hermosa “idea” que llegó materializada en Irah, pero que al parecer, estoy condenada a no experimentar jamás.

—No te detengas —dice él y acaricia mi mejilla con el pulgar, su mano es tan grande que abarca todo mi rostro. Estamos tan cerca que puedo ver los poros de su piel bajo la sombra de una barba afeitada hace sólo un día.

—Pensé que me sentiría mejor.

Frunce el ceño

—¿Y no fue así?

—Para nada.

Él vuelve a desviar su vista al horizonte, liberándome de la prisión dorada de sus ojos.

—Explícame qué tanto le ves a esas rayas rosadas.

—No son rosadas, son violetas y me recuerdan a ti, a tus ojos.

Pestañeo varias veces antes de conseguir hilar una frase.

—Entremos —la lengua se me pega en la boca—. Ya amaneció.

Él me sujeta del brazo y me acerca hacia él, mete su mano al bolsillo y me muestra las píldoras de antes.

—Depende de ti.

—Vamos, que se trata de tu cuerpo.

—Me sentiré mejor si tú estás de acuerdo con esto. La verdad es que no creo que me haga daño. Ya viste a Jairo

—Ni yo, pero será mejor que te abstengas —Se me ocurre una idea, una idea estúpida para convencerlo de que se quede a mi lado, tal vez consiga hacerlo dormir. Ni siquiera hace falta observarlo en detalle, su carita ha perdido algo de color y está tan ojeroso que da pena mirarlo—. ¿Qué te parece si recuestas tu cabeza en mis piernas y te cuento una historia?

Incluso exhausto, él entrecierra los ojos.

—Ni hablar, conociéndote será una de terror, sobre los hombres acechando jovencitas indefensas.

Dejo salir un suspiro de pura frustración.

—Necesitas descansar.

—Lo que necesito es que te quedes, prometí sacarte de acá y lo haré.

—Si lo que quieres es mi bendición para tomar esa cosa, la respuesta es no. No lo apruebo, no pienso cargar otra muerte sobre mis hombros.

Veo comprensión en sus ojos y algo similar a la ternura, alejo el rostro cuando él estira su mano para acariciarme.

—No me toques.

—¿Tanto asco me tienes? —no se trata de asco, sino de algo mucho mayor, son mi creencias, las bases de lo que soy, los fundamentos de mi pueblo.

—Estábamos bien así, simplemente respirando el mismo aire, me sentía normal. Eras cálido —niego rápidamente cuando lo veo sonreír—. Pero ya no lo eres, ahora cuando me tocas, ya no es como antes, no es lo mismo, no hay calor, tu toque es como brisas frías en mi piel

—Yo no he cambiado.

—Eras mi sol, ahora te has vuelto la reencarnación del invierno. Dudo que eso sea lo mismo.

Irah frunce el ceño, pero se guarda sus palabras. Es lo mejor, no es nadie para exigirme respuestas.

Cerca de las seis de la mañana, dejamos el tejado ni siquiera me molesto en despedirme de Jairo, Irah me ha explicado que el organismo del gato colapsó la noche anterior. A diferencia de Irah, él sí tomaba la droga, setenta y dos horas sin dormir, setenta y dos horas justas para que él pudiera recordarme y sernos útil. Pero los recuerdos tienen un precio, de hecho Irah tuvo que darle una alta dosis de polvo de Valeriana disuelto en un jugo por la mañana.

Por supuesto, Jairo ni siquiera preguntó por mí. Quiero decir, no es que me importe ni nada de eso, es un... la palabra con "H", una bestia que atenta contra la integridad de la mujer, mi integridad. No porque se haya comportado amable, gracioso, cocine exquisito y me lave la ropa voy a olvidar algo como eso.

Estamos otra vez en medio de la nada. Irah me ha traído de regreso a un punto muerto de la quebrada. El sol de la mañana recae justo en su piel y su mandíbula cuadrada luce limpia con apenas una sombra de barba, eso hace que tenga deseos de tocarle.

Esta mañana cuando salimos, nos topamos con una foto mía en el escaparate donde antes salía el hombre que Irah señaló como el "gato" Gobernador, sólo que mi afiche no daba la bienvenida a la jurisdicción, no, mi cartel decía "Se busca" y ofrecía una recompensa. No había cifras ni nada de eso. Pregunté a Irah cuál sería el valor, pero no quiso contestarme. La fotografía nos advirtió que debíamos escondernos, así que Irah decidió guiarme por otra vía, una mucho más larga pero, también, mucho más segura.

—Luces mejor —le digo, mientras rebusca algo dentro de mi mochila. A estas alturas, es bastante obvio que, en algún momento mientras preparábamos nuestras cosas, se ha tomado la píldora.

—Gracias. Oye, quiero que tengas esto —dice y me entrega el libro gordo que,

había escondido en mi mochila—. Sólo por si me ocurre algo, supongo que eso te ayudará a entender algo de este enredado asunto, así le das tregua a ese pobre cerebro —sonríe, luego agrega —estoy seguro que no has dejado de estrujarlo.

—¿En qué momento lo sacaste? —pregunto mientras le quito la mochila y lo vuelvo a guardar dentro.

—Mientras te cambiabas de ropa.

¿Está diciendo que subió hasta su cuarto y hurgó en la cama con esas convulsiones en el cuerpo?

—No habías tomado la Vigilia aún —no es una pregunta—. ¿Y el dolor?

Una emoción que no sé reconocer se apodera de su semblante, pero Irah es demasiado rápido, demasiado astuto para dejarme ver algo que no quiere, y se las ingenia para darme una sonrisa.

—Intento no pensar en eso.

—¿Duele ahora?

Hace una mueca con la boca y vuelve a cargar mi bolso en su hombro.

—Menos que antes —Admite y me gusta que esta vez diga la verdad, incluso si quiere protegerme, ninguna verdad me dañará más que sus mentiras.

Es gracioso ver el entusiasmo de Irah, cualquiera pensaría que va de excursión con un grupo de amigos. Va vestido con “pantalones de combate”, sus palabras, no las mías. Básicamente son verdes, pero también tienen manchas negras y marrones, todas entremezcladas, me dijo que ese efecto servía para camuflarse, claro, como si unos pantalones, una camiseta negra y una gorra del mismo color, tuvieran el poder suficiente para entrar a La Große.

Voy disfrazada de gato otra vez, he decidido mantener ese nombre porque es demasiado repugnante admitir que traigo puestas las prendas de un “Hom-bre”. El sol me está matando, pero esta vez Irah se apiadó de mí, y consiguió ropas más ligeras que las toneladas de ropa que me forzó a usar la primera vez que nos dirigimos hacia la torre.

Esta vez, Irah me prestó una camiseta larga, pero es tan ancha que dudo que sea de él, más bien parece de Jairo y bajo ella están mis pantaloncillos cortos. Se siente bien poder usar algo propio de nuevo, además de la ropa interior. Por otra parte, no puse ninguna resistencia cuando él me ofreció llevar gorra, la misma de ayer en realidad, supongo que le tomé cierto aprecio.

—¿Ves esa entrada?

Todo lo que veo son arbustos en medio de montículos de tierra y una calle desierta que va en picada. Más allá, casi al final de la calle, se asoman las primeras casas. No parece que sea el lugar más lujoso de La Große,

—Allá —dice apuntando hacia abajo y bueno, veo algo, pero es más una rendija que está sobre la vereda que una entrada.

—No entramos por ahí, es muy pequeño

—Lo haremos una vez que saque la tapa —dice mientras se acerca a la orilla de la calle, yo lo sigo mirando hacia todos lados, nunca sé si aparecerá alguien con cartel en mano dispuesto a entregarme.

Lo veo inclinarse y pego un brinco cuando el grita emocionado.

—¡Listo! —suena más que pagado de sí mismo—. Y tú no querías que me tomara la Vigilia. Durmiendo como un tronco no hubiera podido hacer esto.

—Deja de quejarte tanto, dormir no es tan malo. Tiene bastantes beneficios para la salud, sobre todo la salud mental, aunque suene irónico.

—¿A sí?, dime...

—Anoche soñé contigo.

La expresión de Irah pasa por muchas variantes de rojo, está tan ruborizado como debía estar mi propia cara. Sus ojos dorados se agrandan y aunque lucen irritados y ojerosos debido a su falta de sueño, siguen pareciéndome de ensueño.

—¡Virgen! Olvidé echarme bloqueador.

—No lo necesitarás a dónde vamos.

Siento mis piernas aflojarse cuando él estira su mano hacia mí para que me meta por en ese agujero oscuro.

—Huele mal—le digo, pero de todos modos acepto su mano. No estamos en posición de ponernos regodeones. Me arrodillo junto a él y permanezco inmóvil cuando levanta la mano y acaricia mis mejillas. Encima cierra los ojos y ahí me olvido de cómo pensar.

Por desgracia, la visera de su gorra no me deja ver sus pestañas, sé que son largas y proyectan sombras hipnóticas sobre los ángulos afilados de su mejilla. Lo que sí puedo ver es su lunar y me dan deseos de besarlo. Sin proponérmelo, levanto mi mano y le devuelvo el gesto, me encantaba el tacto de su piel y la forma en que deja de respirar cuando lo toco o me acerco más de lo acostumbrado.

Pronto siento su palma sobre mi mano, aferrándome a él, presionando mi toque en su mejilla. Sus acciones siempre me han dicho más que sus palabras. Le lleva un par de respiraciones volver a abrir los ojos.

—Hay que irnos —dice con la voz agitada y da un vistazo a su reloj—. Ahora.

Irah es el primero en bajar por la alcantarilla. Tiene una pequeña escalerilla en su interior, pero él no la usa, salta.

—¡Ten cuidado con la mochila! —digo pensando en el libro y las linternas guardadas en su interior.

—¿Vas a saltar o no?

Cierro mis ojos y me tapo la nariz con una mano, el esfuerzo es inútil, ya que en cuanto me lanzo abro mis brazos desesperada, buscando en qué agarrarme, luego suelto un grito desgarrador.

—Te tengo —dice cuando me atrapa. Le lleva un tiempo soltarme, lo que está bien porque hay agua acá abajo. Mientras me tiene en sus brazos, aspiro su aroma, ¡Virgen santa!, su olor es lo único bueno en este agujero lleno de porquería.

—¿Qué fue ese chillido? —le pregunto—. Ahí está otra vez, ¿oíste?

—Debe ser algún roedor

Comienza a bajarme de sus brazos, el agua me llega hasta las rodillas, me asusto y automáticamente me cuelgo de su cuello otra vez.

—Tranquila, ellos te tienen más miedo del que tú les tienes.

—¿En serio?

—Pues claro, ¿no te has visto al espejo?

Entorno los ojos, me descuelgo del cuello de Irah, sin antes olerlo por última vez, y comienzo a avanzar en medio del túnel oscuro.

—Toma —me entrega una de las linternas que metimos en la mochila, luego toma mi mano antes de avanzar.

Después de una media hora en medio de desperdicios flotantes, unas ratas del tamaño de un perrito bebe y un hedor entre metálico y podrido. Finalmente Irah anuncia que hemos llegado.

—¿Sabes? —le digo mientras lo observo escalar hasta la superficie—. Entre tu metamorfosis de gato a hombre, la droga esa a la que es adicto tu amigo y ese libro de horror que tengo que leer, pensé que nada podría superar todo eso, pero este paseo a la ciudad de las ratas se lleva el premio mayor.

—Podría dejarte ahí abajo —dice girando su rostro hacia mí luciendo molesto—. No me mires así, lo digo en serio. Piénsalo, tú realmente podrías construir una nueva sociedad acá.

—Concéntrate en el camino —le digo molesta,

—Lo tengo, lo tengo: voy a la torre, saco a tu amiga de ahí.

—Pero...

—No me interrumpas —me calla —La traigo para las cloacas y ustedes dos se dedican a criar ratitas.

Irah está a sólo unos centímetros de la rejilla que nos conduce hacia aires menos tóxicos, cuando finalmente llega, quita la reja y el aire que se escurre llega hasta mis fosas nasales aliviándome. Es artificial, mucho mejor que el denso aire de la alcantarilla.

—Eso es muy conmovedor —digo cuando él estira la mano para ayudarme. El túnel tiene menos de dos metros de altura, pero sigue siendo alto para alguien de uno sesenta y siete.

—Lo sé, ahora dame la mano y cierra tu boca —pongo cara de pocos amigos—, por favor.



Por fin estoy dentro de La Große. La alcantarilla nos condujo hasta una especie de cocina, ya que todos visten de blanco y nosotros estamos bajo un carrito lleno de servilletas de género blanco, pulcramente dobladas. Supongo que el túnel es el desagüe donde vierten todos los desperdicios de la cocina, entre otras cosas.

Irah capta mi atención dándome tres golpecitos en el hombro con su dedo índice, luego se lo lleva a sus labios para indicarme que debo permanecer en silencio. Menuda novedad.

—Necesito un cambio de ropa —le susurro—. Si no nos reconocen por nuestras caras, seguro que nos atrapan por el olor. Apestamos.

—Olvídate —tiene la mandíbula tensa, u no separa los dientes al hablar—, por si no lo has notado, todo este sitio apesta, apenas notarán la diferencia, están acostumbrados al olor.

«Pero yo no lo estoy»,

Mira otra vez a Irah, analizo nuestras posibilidades de éxito. Vestimos ropa negra, exceptuando sus pantalones, pero son tan oscuros que apenas y se nota la diferencia. Punto en contra, si todos en esta torre visten de blanco. Nuestras gorras es lo único que no está empapado con esa agua turbia, punto a favor, porque no estoy segura si podría pensar en algo coherente con esa fetidez encima de la cabeza.

—A la cuenta de tres —me dice Irah, sacándome rápido de mis cavilaciones.

Ni siquiera me da tiempo de procesarlo cuando se echa a correr conmigo a rastras, otra vez—. ¡Idiota! —le recrimino cuando se detiene en un espacioso comedor.

—No nos pillaron ¿o sí?

—No, pero... ¡Irah, ¿qué es eso?!

A nuestras espaldas hay un camino de huellas rojas encima de la baldosa gris perla, parece sangre y van desde la puerta hasta donde estamos nosotros.

—Levanta un pie —me ordena.

—No veo nada —, la planta es negra y luce mojada, nada más.

—Da otro paso.

Yo lo hago y mis botas dejan un nuevo par de huellas. Irah luce tan contrariado como yo.

—Mi turno —dice—. Y ocurre exactamente lo mismo.

Esto no está pasando, no puede ser real.

—Déjame ver tu ropa —Se acerca a mí con paso dudoso aumentando mi ansiedad

y necesidad de entender qué rayos pasa. Comienza a estrujar mi camiseta, un líquido rojo y con olor entre metálico y podrido comienza a gotear.

—¡Mierda! —maldice mirándose las piernas.

—¡Tú pantalón! —le grito. La tela ha comenzado a secarse en algunas partes y el líquido oscuro ha pasado de café a rojizo. Es sangre, estamos bañados de sangre.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

No tengo la más mínima idea, pero ni siquiera soy capaz de hablar, estoy asqueada. La ropa húmeda se me adhiere a la piel. La levanto un poco y me miro el vientre, está todo teñido con sangre.

—Esa no era una cocina —expresa con un tono que me asusta. A lo lejos se escucha un bebe llorar, miro en dirección al llanto, luego vuelvo hacia Irah.

—¿Qué era entonces? —

—No estoy seguro de querer averiguarlo.

Escuchamos un par de voces acercándose y a medida que avanzan, también aumenta el llanto del bebé. Miro hacia la derecha, luego a la izquierda, buscando un sitio para esconderme.

—En el armario —me dice Irah y me arrastra a volandas en su dirección, al mismo tiempo, dos mujeres vestidas de blanco entran al comedor con el bebé en brazos.

El armario tiene un fuerte olor a antiséptico, al menos contrarresta el hedor a sangre. Donde sea que mire hay cajas con medicamentos.

—No mires —musita en mi oído llevando una mano hasta mis ojos, pero él se tarda mucho. Irah no es lo suficiente rápido para impedirme ver lo que se está llevando a cabo en el comedor, y por primera en el tiempo que le conozco estoy deseando lo contrario, que sea rápido. Que ofrezca disculpas, no permiso, que haga lo que su instinto le dicta sin considerar mis necesidades. Que sea el gato testarudo en lugar del hombre arrepentido. Quiero seguir creyendo que esa mesa es la de un comedor, pero no lo es, es una camilla de hospital.

La puerta del armario tiene tres aberturas horizontales, cada una de medio centímetro de grosor, por ellas se escurre la luz y puedo captar retazos de lo que está ocurriendo afuera.

Pestañeo aturdida, intentando asimilar lo que han visto mis ojos.

El niño dejó de llorar en cuanto el líquido de la jeringa entró en su sistema. Lo veo y trato de evadirme, le exijo a mi cerebro que no haga caso al entendimiento, pero lo hace y sé lo que están realizando sobre esa fría camilla. Lloro, y deseo con todo mi corazón que el bebé también lo haga. Por favor que esté vivo. Podría haber sido el hijo de Emil dentro de unos meses, esa vida pude ser yo o incluso Irah.

El bebé no llora, ya no pide ayuda... ya no chilla por su mamá.

—Bueno —dice Irah sacando las manos de mis ojos tarde, demasiado tarde—.

Supongo que ya sé porque no hay hombres defectuosos.

—O mujeres —me oigo decir, mi voz suena entrecortada y volteo el rostro hacia su pecho, porque sólo él sabe cómo reconfortarme. Y es cuando me abraza, cuando me quedo sin excusas, sin prejuicios, sólo estamos él y yo, escondidos en un armario intentando tragar el sabor amargo que deja la impotencia, el remordimiento de ser silenciosos cómplices de un asesinato.

18:00

El camino de regreso a casa no es como el anterior, esta vez cuando me sumerjo a en la cloaca no me contengo y dejo libre todas las emociones. Lloro tanto y tan desgarradoramente que Irah tiene que tomarme en brazos, nos detenemos un par de veces para que yo pueda vomitar y él no pone trabas.

Es bueno que nos alumbre sólo una linterna, no tengo estomago para soportar el hecho de que estoy caminando sobre desperdicios humanos, ni siquiera tengo fuerzas para sentirme culpable por permitir que Irah me cargue en sus brazos, sé que está cansado, sé que su herida podría agravarse, pero no me importa, al menos, no más que ese bebé al que asesinaron.

Un halo de luz rebota sobre algo rosado que flota al borde del túnel. He ahí la respuesta a mi anterior dilema. Caminamos sobre manitos tiernas y pies chiquitos. Me obsesiona tanto esa idea, que oigo el llanto de un niño. Irah se detiene otra vez y me baja, sujeta mi gorra y mi pelo mientras vomito hasta el alma. Sólo después de preguntarme tres veces si estoy bien, vuelve a cargarme.

Llegamos a la casa de Irah casi al anochecer. No entiendo cómo ocurrió. ¿Cuántas horas perdimos dentro de ese infierno?

—No estoy segura de poder volver —le digo, mientras él se quita la mochila del hombro y retira el tapete de la puerta.

—Nadie va a obligarte. Maldición, no está la llave.

—La sacaste ayer ¿recuerdas?

—Sí, pero volví a ponerla aquí al rato.

—Tal vez...

—¿Quién molesta tanto allá afuera? —grita Jairo a través de la puerta. Irah pone sus ojos en blanco y hace su señal tan típica de llevarse el dedo a la boca, como diciendo “Tú déjalo todo en mis manos”.

Jairo abre la puerta.

—Bah, eres tú y... ¿Y este milagro? Irah trayendo una Meretrix a casa, debo estar soñando.

Esta vez ha remplazado su estampado amarillo con flores rojas por una de color azul y palmeras verdes. Lleva las piernas cubiertas por unos jeans azul oscuro, lo único que no ha cambiado son sus sandalias de cuero encima de los calcetines blancos.

—Deja de decir estupideces y hazte a un lado, necesitamos una ducha,

—Claro... Seguro la conseguiste en la jurisdicción 1 o 2. Cabrón suertudo, con una de esas ¿Para qué preliminares? Así cualquiera, directo al asalto en la ducha — Jairo desvía la mirada hacia mí—. Me gustas —me da una mirada picarona que no dura mucho, porque Irah le da un empujón para terminar de correrlo de la entrada.

Después de ducharnos Irah y yo coincidimos en el pasillo de abajo.

—Imaginé que tenías otro baño. Pudis...

—Sí —lleva puesta una camiseta gris holgada y unos pantalones de algodón a juego, para nada similar a su tenida de la noche anterior—, al lado de la habitación donde pasaste la noche. Bueno, las pocas horas que dormiste.

Observo mi tenida y exceptuando mi trenza, nos vemos exactamente igual. Vestimos la misma ropa, aunque a mí me queda todo grande y a él perfecto. Aún así, mi ropa es mucho más pequeña en comparación a la que trae puesta Irah, seguramente no lo usa hace años.

—Pudiste haberlo mencionado antes.

—No preguntaste.

—¿Por qué tienes tantos pijamas idénticos?

—Pregúntale a Jairo —encoge sus hombros y en una actitud defensiva guarda las manos en los bolsillos de su pantalón—. Siempre me regala lo mismo.

Oírlo admitir eso me llena de ternura y me acerco hasta él. Desde acá se pueden oír los sonidos de la cocina, ollas chocando, el metal de los cubiertos estrellándose contra la loza, por un momento eso me distrae y la distracción es bien recibida. Irah me hace perder el control, la noción del tiempo, mi propio criterio.

—Por supuesto, no se debe acordar que ya tienes uno.

—A veces sí, a veces no. Eventualmente llega el momento en que encuentra más de uno cuando tiende la ropa —Irah se inclina, tomándome por sorpresa, mueve mi trenza hacia un lado y hunde la nariz en mi cuello. Luego de olisquear la zona, se levanta tan rápido que apenas consigo cerrar la boca y pestañear aturdida mientras me recupero del asombro—. Y hablando de eso, el pijama que llevas puesto apesta a tu perfume, Jairo tendrá que lavarlo.

Reprimo una risa cuando pienso en que el pobre Jairo recibe la peor parte en las asignaciones del hogar, pero esa línea de pensamiento no dura mucho y dejo de reír cuando recuerdo los trozos de seres humanos, pequeños bebes mutilados que flotaban en las cloacas. ¡Por qué mierda traen niños al mundo si los van a asesinar!

Irah me mira angustiada, el pobre está exhausto y no quiero añadirle más preocupaciones. Así que me obligo a sonreír retomando lo último que dijo...

«¿Qué era? ah, sí, el pijama».

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo es que tú sí lo recuerdas? Sobre los pantalones, quiero decir. Antes dijiste que... ¡Oye! ¿cómo sabes que la ropa huele a mi perfume? Podría tratarse del tuyo.

—Primero, hago trampa —sonríe divertido—, llevo un diario. Te aviso que formas parte de él. Y segundo, por supuesto que es tu perfume, no uso lima y vainilla, son aromas poco masculinos.

—Debe ser raro, verlo escrito sin saber si es o no real.

—No se siente de esa forma.

Llevo mi mano hasta su cara, me deleito en los sonidos que produce su respiración alterada. Las yemas de mis dedos, sobre la piel de Irah, es la terapia perfecta para terminar con las pesadillas que plagan mi mente en estos momentos, la falta de coordinación en su respiración, los latidos atronadores de su pecho, su olor, todo en él me invita a perderme en su cuerpo. Pero antes de que la corriente me lleve... me apresuro en llegar a la cocina, tengo el estómago vacío, de hecho mis tripas reclaman, pero tengo las imágenes de lo que vi en las cloacas frescas en mi memoria, siento asco y lo último que me apetece es comer.

—Huele bien.

—¿Te refieres a ese aroma de muerte que te hace agua la boca? —sonrío casi genuinamente al escuchar esa frase tan familiar—. Es mi receta especial.

—Eso he oído. ¿Sabes una cosa?, tú eres muy similar a una amiga que tengo.

—¿En serio?

Me siento en el lado izquierdo de la mesa, dejando libre la cabecera para los dueños de casa.

Jairo termina de poner el último plato justo en frente de mí, mientras lo observo verter el té en una de las tazas, noto un detalle en los dibujos de la loza: son valerianas en miniatura. Qué irónico.

—Ajá, eres algo así como su versión femenina —continúo.

—Claro, después del accidente.

Doy un codazo a Irah que se acaba de sentar a mi lado y me quedo viéndolo furiosa, no dura mucho porque él se inclina y me besa la nariz.

Sé lo que intenta, por eso lo dejo. Le permito absorber mi atención, ayudarme a superar los traumas que han dejado nuevas cicatrices en mi corazón.

Primero Emil, luego Jarvia, conocer a un hombre y comenzar a querer y ahora... Ahora he presenciado la más cruda verdad y el costo fue ese bebito indefenso. No se trata de géneros sino de personas, no hay hombres malos ni mujeres buenas, en determinado momento ambos pueden actuar bestias o tal vez es al revés, somos sólo bestias que pretenden ser humanos.

—No te enfades conmigo —me habla Irah apartándose nuevamente de mis tormentosos recuerdos, luego vuelve a besarme en los ojos, el lóbulo de mi oreja, la curva de la mejilla—. No podría soportarlo otra vez. —susurra anhelante en mi oído.

—Sí saben que eso se reserva para los dormitorios ¿verdad? —el comentario de Jairo me hace aterrizar de golpe.

—Piérdete.

—Estás en mi cocina.

—De mi casa.

—Sigo siendo el cocinero.

Irah lo mira con cara de véte-al-diablo, pero Jairo parece no captar la indirecta, eso o sencillamente le da lo mismo que gatito no esté de buen humor.

—Ya, déjalo. Además no tengo ganas de comer.

Quince minutos más tarde estamos en su pieza. Su cama continúa deshecha, tal cual la dejamos antes de salir. Las manchas de agua que dejó Irah cuanto volteó su vaso están secas, sólo hay sábanas arrugadas y una almohada volteada, sin embargo, no podría imaginar un lugar mejor para estar. Acá, a solas con él, en un cuarto repleto de su olor, su esencia, sencillo y directo.

—¿Quieres?

Él rasca su nuca, está nervioso y otra vez veo el rubor cubrir sus mejillas. Al verlo así, me pierdo entre la realidad y la fantasía, entre el Irah de hoy y el que no me recordará dentro de unos días. Porque la realidad castiga con su certeza y esta vez dice: “nadie puede estar toda una vida sin dormir”.

Sus ojos ámbar me miran con una timidez que no he visto antes y me doy cuenta de lo que espera: que le diga lo que se esconde en mi corazón. Sé que si no le revelo lo que siento, existe la posibilidad de perderlo y no puedo sumar más obstáculos “a lo nuestro”, no quiero.

¡No quiero perderlo cuando ni siquiera lo he tenido!

Me abandono entre sus brazos cuando me atrae hacia su pecho y al final de todo, me dejo ir. Disfruto de la seguridad que me provee su abrazo, la calidez de su piel, la intimidad de sus suspiros. En ese estado, comienzo a recordar las clases de Liese, y no sé si existe una Diosa, una Virgen o alguna otra cosa superior que nos hace omitir momentos importantes de nuestra vida. Pero lo que sí sé, es que la reencarnación de la que tanto habló en Religión, queda totalmente descartada. Porque ahora tengo claro, que toda nuestra vida, está subordinada a un chip enterrado en nuestros cerebros. Ese aparato tecnológico diseñado por el abuelo de Irah que olvidaron insertar en mi cabeza. Ese error que me hará cargar con mis recuerdos el resto de mi vida.

Vuelvo a la pregunta de Irah y recién reacciono, ¿quieres? Dijo antes de abrazarme. Será que quiere que... duerma con él.

¿Será eso?

Y, de ser así... ¿Quiero o no quiero?

—No tienes que hacer nada —comienza argumentar y se pone aún más rojo. Sin embargo, es otra cosa la que se roba mi atención.

—¿Qué le pasa a tu ojo?

Irah frunce el entrecejo y me distrae el ruido de Jairo llamándonos desde la escalera.

—¡Los dejo esta noche chicos! Ah, se me olvidaba. ¡Irah, me debes cien grandes!

—Bandido —le grita de vuelta, luego se dirige a la cama y comienza a quitar las

sábanas y almohadas de ahí—. Es bueno que Jairo no haya salido durante el día, sino se hubiera encontrado con los carteles que exigen tu cabeza y me hubiera soltado el rollo por salir con una fugitiva.

Pasa delante de mí y sigue de largo hasta su armario.

—Saqué tus cosas de la mochila, estaba todo empapado y fétido —hace una mueca de desagrado mientras saca un par de sábanas del cajón—, supuse que no querías usar esa ropa de nuevo, así que tiré todo a la basura.

—Irah ¿el libro?

—El libro se salvó de milagro, sólo se humedeció por los costados, nada que no se pueda solucionar. Lo dejé encima del refrigerador junto con tu bloqueador —vuelve a la cama y comienza a estirar la sábana, luego hace lo mismo con la otra, la frazada y el plumón.

—Irah

—¿Sabes qué? Iré a buscar ese libro, creo que te ayudará a conocer un poco más nuestra historia.

—Irah, deja de evadirme, tu ojo está palpitando...

Por un momento veo el pánico correr por su rostro, pero es tan rápido encubriendo las emociones, que casi pasa desapercibido.

—Tiéndete sobre la cama, ya regreso.

No me atrevo a seguirlo, porque se lo que veré. Claro, sus ojos han lucido agotados todo el día, rojos y ojerosos, pero los temblores habían pasado así que asumí...

—Listo —dice entrando al cuarto con el libro entre sus manos—. Esto es ilegal, pero quiero compartirlo contigo.

—Te creí cuando me dijiste que habías tomado las píldoras.

—Nunca dije que lo había hecho. Dije que ya no dolía y en parte es verdad.

¿Va a ser siempre así? Ni siquiera llevamos una semana conociéndonos y qué tenemos, puras verdades a medias.

Él ni siquiera puede mirarme, no tiene cara para hacerlo y yo... Yo no doy más. ¡Me rindo! Dejo caer mis rodillas sobre el piso alfombrado, todo esto es él, el blanco de sus paredes, el plumón a rayas azul: frío e impersonal...

Yo que pensaba que era sencillo y directo. Menuda idiota.

—Me estoy cansando de creer en ti.

Puedo ver sus pies avanzar hasta quedar frente a mí y comienzo a temblar, hay un montón de mariposas haciendo fiesta en mi barriga, pero no me acobardo.

—Estoy harta de no ser capaz de diferenciar la realidad de la fantasía, de que te aproveches de lo mucho que te necesito. ¡Estoy harta!

Irah deja caer el libro gordo al piso y hace un ruido sordo. Luego se derrumba frente a mí, quedamos arrodillados frente a frente. Sus ojos dorados reflejan más

incertidumbre que nunca «¿Qué es lo que no me estás diciendo esta vez, gato?»
«¿Qué otra cosa te estás guardando?»

—Siempre voy a estar para ti, a pesar de que no me quieras cerca.

—Tienes que dejar de subestimarme. ¡Estoy cansada de que me mientan! Hasta me dan ganas de olvi...

Irah lleva una mano hasta mi rostro, con la mirada enardecida, lo acuna, acaricia y se entretiene en mi barbilla unos segundos. Pestañeo tan rápido que por poco me pierdo el momento en que inclina su cabeza y con su dedo índice me atrae hasta su boca. El mundo cambia, da vueltas y me dejo caer en un espiral de sensaciones indescriptibles, pero Irah apenas me da tiempo para analizar.

Sus labios tibios se posan sobre los míos en una caricia suave y moderada, me preocupo porque me estoy encaminando exactamente hacia un lugar peligroso. Sé que tengo que retroceder, mantenerme protegida sus mentiras, esas promesas fantasiosas que ambos sabemos no podrá cumplir.

Irah juega con los mechones que se escapan de mi trenza húmeda y siento que mi corazón salta mientras los dedos de su mano izquierda se entretienen en la parte baja de mi nuca y pelo, hasta que finalmente consigue liberar la trenza, provocando más escalofríos de los que puedo soportar.

Paso los brazos alrededor de la firme base de su cuello y los brazos de Irah me aprietan contra su pecho, me envuelven como si yo le perteneciera e impulsada por una fuerza desconocida, me paro en puntillas y lo beso en el cuello para, segundos después volver a probar sus labios.

«¿Le gustará lento o preferirá un piquito rápido?», ni siquiera me atrevo a mirarlo, sólo actúo, pero mi cabeza está repleta de dudas. «¿El labio de arriba, él de abajo?» Noto que su labio inferior, está rojo e hinchado, es mi culpa y las mariposas carnívoras de mi panza vuelven al ataque.

Nos detenemos un momento para recobrar la respiración y parece casi absurdo que actuemos tímidos ahora. Él me deja descansar la cabeza en su pecho mientras lo escucho soltar un suspiro mientras acaricia mi cabeza.

—Quiero que me necesites —murmura, luego se inclina hacia mí, sus labios rozan suavemente mi oído—, quiero que digas “te extraño” aunque hayamos pasado todo el día juntos.

Sus ojos se encuentran con los míos y una expresión hambrienta llena su rostro.

—¿Necesitar? —le pregunto, demasiado asustada de que sea cierto. Tengo miedo de albergar falsas esperanzas.

¿Necesitar? eso ni se acerca a lo que sentía por Emil, nunca antes sentí mi piel arder por nadie y no lo comprendo, no entiendo su origen ni sentido, sólo sé que Irah es el único capaz de aliviarme.

Sus labios se abalanzan sobre los míos con ansiedad, desesperación, siento sus

dedos clavándose en mi nuca. Se aleja un poco, sólo para descender por mi mandíbula y luego trazar el camino de vuelta hasta mi boca, en pequeños y húmedos besos.

Su lengua tímida comienza acariciarme. En este momento, siento que soy capaz de ver a través de sus ojos, ver su alma, saber lo que necesita... Y soy yo lo que más quiere, lo que anhela, porque sus ojos no mienten, mi corazón tampoco y está gritando que me quede, que no podré separarme de él, incluso si lo intento.

—Me mata dañarte —besa mis ojos y se queda así unos segundos hasta que ambos nos calmamos—, pero te juro que ni siquiera me doy cuenta.

—Entonces comienza a prestar más atención —le digo y tomo su mano guiándolo hasta la cama, por la sencilla razón de que quiero hacerlo, mis palmas están sudadas y pican por él, cuando nuestras pieles entran en contacto, es grato saber nos sentimos de la misma forma. Que todo esto es recíproco... De repente entiendo que no soy la única nueva en esto, este momento, este sentimiento.

—No lo hagas —pide él, tendido en la cama, el codo doblado y la cabeza apoyaba en una mano. Visto así, parece casi inocente, casi.

—Qué

Desliza su dedo por mi nariz, luego los labios, abro la boca con la intención de agarrarle el dedo, pero Irah lo retira antes. Pensé que reiría, en cambio, me mira serio.

—No hagas eso, no nos hagas esto —su dedo continúa bajando y se entretiene un buen rato en mi cuello—. No racionalices todo, no busques excusas para no creer en lo que está pasando entre nosotros.

Baja todavía más hasta el borde de mi pecho, se queda ahí un minuto y ambos nos miramos sin pestañear. Luego él traga.

—Irah, no necesito excusas para no creer —llevo mi mano hasta su rostro, mi pobre hombre con corazón de gato, luce exhausto—, míranos, las señales están por todas partes. Tú ni siquiera sabrás que existo, en cambio yo te recordaré por siempre.

—Aya.

Se cierne sobre mí, sus brazos a ambos lados de mi cabeza, y sus rodillas entre mis piernas. Gimo sorprendida cuando su boca se adueña de la mía, succiona mis labios hace un sonido nuevo y excitante, quiero más. Sé qué quiero más, pero no sé qué implica ese más. Paso mis manos por su cuello atrayéndolo más cerca de mí y le rodeo la cintura con las piernas.

Irah suelta un gemido y me vuelve a besar, más torpe y con más fuerza. Le doy la bienvenida al peso de su cuerpo sobre mí pecho y deslizo mis dedos desde la base de su cuello hasta su nuca con movimientos inexpertos y casuales. Me da vergüenza avanzar más, pero no parece molestarle, al contrario, su respiración sufre unas transformaciones que nunca he percibido antes.

El calor de la anticipación que brinda lo desconocido, deja una capa de sudor en

mi piel y cuando siento que Irah está a punto de perder el control, aleja sus labios de los míos y esconde su cara en la curvatura de mi hombro, justo en el hueco de mi cuello.

—Estás con suerte, acabo de decidir que es mejor dejar de pensar, así que voy a disfrutar de esto, como sea que se llame —bromeo para aligerar el ambiente.

—He leído que le llaman amor —responde él evasivo.

—¿Dónde?

—En los libros, claro —suelta un suspiro frustrado y vuelve a su posición inicial—. Puede que te parezca difícil de creer, pero los desmemoriados también tenemos cosas buenas.

—No es difícil de creer —digo tocándole los labios con un dedo e intentando sonar indiferente.

—Lo siento, había olvidado lo obsesionada que estás con renunciar a tu pasado.

—Olvídalo, sigue contándome.

Suelto su boca, paso las manos por detrás de mi cabeza y me dedico a mirar el techo para encontrar algún punto fijo, para menguar la sensación de mareo que me provoca el cuerpo de Irah.

—Ya se me quitaron las ganas —dice y finge un bostezo, pero luego viene otro y resulta más real.

—Duérmete.

—¿Sabes qué? —me pregunta, inclinándose para dejar un beso en mi frente—. Acaban de entrarme ganas, como te estaba diciendo, recordar sólo veinticuatro horas tiene su lado bueno.

—¿Y ese sería? —replico, apartando mi cara porque su toque me deja anhelante.

—Soy realmente bueno leyendo, tengo un record de tres libros diarios.

—De cincuenta hojas.

—Trescientos cincuenta en promedio, contando las veces que voy al baño.

—¿Acaso no comes?

—Te lo dije, tengo un don.

—No sé para qué te esfuerzas tanto, si no los recordarás —tuerce la boca—. Ah, verdad. Tu diario, lo olvidaba.

Comprendo que Irah no se rendirá tan fácilmente, así que opto por el plan B.

—Voy por jugo.

—¿Tienes hambre? —pregunta intentando levantarse, lo empujo para que regrese a la cama mientras intento salir de la misma. No es fácil, me tiene sujeta de la cintura—. Puedo preparar algo para ti, sólo déjame salir...

—No, aún no me siento lo suficientemente repuesta para comer, sólo quiero un jugo.

Irah me mira receloso, pero no dice nada. Así que lo someto a una prueba y rezo

internamente para que caiga.

—¿Quieres algo?

Él niega, está cansado, puedo verlo. Además, creo que agoté su energía con la sesión de besos, no sé si sentirme culpable o avergonzada, sin embargo lo dejo pasar a un segundo plano, porque la emoción que predomina en mi corazón es la alegría.

—¿Jugo? ¿Café?

Sus ojos claros se abren esperanzados, tiene sus pupilas dilatadas y cuando asiente emocionado se me rompe el corazón.

Una vez en la cocina, no es difícil encontrar la valeriana, de hecho, es más difícil distinguir el café de los otros productos. Una vez que el polvo dorado se disuelve por completo lleno un vaso de agua y me dirijo con ambos al cuarto de Irah.

Entro a la habitación y mi corazón se acelera, los remordimientos están a flor de piel, y cuando se bebe el café en varios sorbos largos, casi rompo en llanto.

Pasa toda una hora antes de que me deje contarle una historia para irse a dormir. Sólo acepta cuando le aviso que el protagonista es un apuesto gatito que salva a una niña de un monstruoso hombre, aún así, me asegura que no piensa dormir, pero está a segundos de rendirse, puedo verlo en sus ojos... O eso quiero creer.

Empiezo a temer que la valeriana no haya resultado, pero al repasar mentalmente las indicaciones del reverso del tarro de café, me detengo en sus advertencias: “El café produce estimulación del sistema nervioso, del sistema respiratorio, el aumento de la agilidad mental, la agudización de la atención y la desaparición del sueño”. Pienso en la última contraindicación, y entiendo que quizás esas es la razón por la que Irah sigue despierto, la cafeína retarda los efectos somníferos de la valeriana.

—¿Sabes una cosa? —pregunta con su cabeza recostada sobre mis rodillas y sus parpados cada vez más caídos, apenas parpadea.

—No, dime —mis palabras flotan en el aire.

—No he tenido a nadie con quién hablar en mucho tiempo. —Inclino mi cabeza y lo beso en la frente, me detengo ahí unos minutos pensando en que debería irme ahora, antes que se duerma, antes que me olvide—. Tu compañía es todo lo que necesitaba para soportar esta noche.

Deslizo mis dedos por los ángulos de su rostro, desde su nariz recta hasta sus pómulos cincelados, me demoro en la zona de su mandíbula cuadrada, más áspera que el resto de la piel debido al afeitado, deseo poder encapsularnos justo en este momento para permanecer así por siempre. Lo irónico de mi deseo, es que yo portaré este recuerdo hasta el día en que muera. Sin embargo, Irah no.

—Apuesto que era guapo —pregunta, regresándome de golpe al cuento del gatito y la niña asustada, que le estaba contando para que pudiera dormir—, admítelo, te gusta ese hombre —murmura antes de dormirse.

—Me tiene loca ese hombre —admito, pero el hombre en cuestión, ya está

dormido—. De hecho, creo que lo amo. No sé amar de otra manera.

Irah suelta un suspiro tranquilo y sus facciones se relajan mientras deslizo mis manos por su pelo claro. Mis lágrimas caen silenciosas mientras trato de extender el momento para disfrutar de Irah el máximo posible, antes de que despierte y me expulse de su casa. De su vida.

Me acuerdo del libro gordo, aún en el piso. Estiro mi cuerpo hasta la orilla de la cama para dar con él; me muevo con cuidado, para no despertar a Irah. El libro está al revés y un par de hojas sueltas sobresalen. Esta parece una ocasión tan buena como cualquier otra, para comenzar a leerlo, después de todo, no creo que exista algo más espantoso que las cloacas con desperdicios orgánicos y torres cuyos moradores son asesinos de bebés.

19:00

“Toda lección requiere un sacrificio. Pide perdón, da las gracias y ofrece un favor, antes que el día acabe”.

los fundadores

Leo en la portada.

Luego me encuentro con una serie de hojas revueltas, al principio da la impresión de que son cartas, pero a medida que las voy viendo reparo en que todas tienen fecha, así que debe tratarse de un diario o los restos de uno.

Día quinto del primer mes de primavera.

Año del Cerezo.

“Mamá y papá han vuelto a hacerlo, odio sus fiestas, sus amigos, su hedor. Odio la forma en que me hacen desnudarme en frente de todos. Es degradante.”

Belinda, Gs.

Tengo que detenerme para analizar ya que estoy un poco confundida. Siento curiosidad, pero no logro entender ¿qué clase de seres sometería a alguien a una humillación tan tremenda? Virgen querida, desnudarse en público, que cosa tan demencial. «¿Papá?», pienso aún más confundida, «¿qué será eso?» Más importante aún, ¿acaso no tiene a sus hermanas? Donde está el resto de las mujeres, que no hace nada para ayudar.

Nombra a una madre, pero no parece que haga mucho. ¡Qué tremendo!.

Vuelvo a la lectura, y paso a la hoja siguiente, y lo que ahí está escrito se vuelve aún peor.

Día treinta del primer mes de primavera.

Año del Cerezo.

“¡Va a matarlo, papá va a matarlo! Durante la velada, papá ha pedido que me presente frente a ellos, como siempre, para exhibir mis atributos en frente de sus invitados. Esta vez Jozafath ha intervenido y me ha forzado a dejar la habitación junto a él. Papá no se lo ha tomado bien, pero Jozafath dijo que no me preocupara, que él se haría cargo”.

Día decimosexto del tercer mes de primavera.

Año del Cerezo.

“Jozafath lo ha hecho de nuevo, se mete en mi habitación mientras duermo y comienza a tocarme, él me cree dormida, no sabe que lo escucho, que lo siento”.

Belinda, Gs

Día noveno del segundo mes de invierno.

Año de La Camelia,

“Es humillante, es la vergüenza con la que he cargado por años, para ya no me puedo quejar, ya no soy una niña”.

Belinda, Gs

Día dos del primer mes de Otoño.

Año del Melocotón.

“No hay señales de que vaya a acabar, la peste ha exterminado todo, no se parece a nada que hayamos visto antes.,No deja marcas en la piel ni al interior de la boca. No sabemos qué la produce ni cómo evitarla”.

Belinda, Gs.

Día uno del cuarto mes de Otoño.

Año del Melocotón.

“Los muertos se están multiplicando tan rápido como las moscas sobre sus cadáveres.

¿Qué hacer? Esto no para, la muerte está acechándonos y no se detiene”.

Belinda, Gs.

Día siete del segundo mes de invierno.

Año del Melocotón.

“Mi hermano Jozafath se ha contagiado la enfermedad, estamos consternados. Nadie de la familia ha tenido contacto con los pueblerinos, comenzamos a temer que sea viral”.

Belinda, Gs.

Día 12 del primer mes de invierno.

Año del Melocotón.

“Jozafath ha muerto esta mañana, agonizó cinco días, nadie en casa lloró por él, estamos todos preocupados por Jenny. Ese bastardo se atrevió a tocar a mi niñita, esa bestia miserable se atrevió. ¡Tiene diez años!”

Belinda, Gs.

De aquí en adelante se me hace difícil continuar con la lectura, la letra se ha vuelto inestable. Pero está claro que hablan de un abuso. ¡Oh Diosa Querida! No estarán hablando de la misma Jenny que...

—Imposible. ¿Por qué tendría Irah un diario con información sobre nuestras mártires?

De ser así, estas cartas responden un montón de interrogantes. Sí imploró piedad, esos ojitos grises tienen que haberlo hecho, estoy segura de que se defendió. Otra cosa en la que no me equivoqué, ese hombre sí que era una bestia. ¿Hermano de su madre?

Quién lo hubiera pensado... Hombres y mujeres hermanos. Una misma matriz. Increíble.

Día veintidós del primer mes de verano.

Año del Olivo.

“El bebé nació muerto y yo no tardaré en seguirlo. Mi pobre pequeñita, tan sólo

tiene once años. ¿Qué puedo hacer?”

Belinda, Gs.

Día trece del primer mes de Otoño.

Año del olivo.

“La enfermedad ha terminado con más del noventa por ciento de la población, esta tierra ya no es segura, Terry y yo hemos decidido llevarnos a los niños.

Jenny luce mejor, las pesadillas son cada vez menos, pero temo por su salud mental. Dice que él tiene garras y colmillos, dice que se trata de una bestia y que lo tiene que matar”.

Belinda, Gs.

Día treinta del Segundo mes de invierno.

Año de La Salvia.

“Está nevando, no me gusta, hace que me duelan los huesos. También me recuerdan que quedan pocos días como estos, días en los que aún soy capaz de escribir más de un párrafo sin que me lleve seis horas.

Estoy preocupada por Jenny, la forma en que habla no es normal”.

Belinda, Gs.

Continúo leyendo las hojas sueltas, me salto algunas ya que no explican nada muy relevante, salvo su preocupación por Jenny y sus facultades mentales. Algo obvio después de haber sido violada. Sigo revisando y me encuentro con un texto que tiene cierta relación con las historias que Adel nos transmitía...

Día sexto del tercer segundo de Verano.

Año de la Bergamota.

“Jenny ha enloquecido, acaba de llegar a casa hecha una furia y terminó arrojando todos los platos de la cocina contra la pared. Al parecer, su amiga Dai ha conseguido novio, se llama Gustav y según Jenny es una bestia que quiere aprovecharse de Dai, ya no sé qué hacer para ayudarla”.

Belinda, Gs.

Día noveno del tercer mes de verano.

Año de la Bergamota.

“Dai y su novio Gustav han venido a casa, Jenny ha vuelto a perder el control”.

Belinda, Gs.

Día décimo primero del tercer mes de verano.

Año de La Grata.

“La bestia de la que Jenny habla es real, se ha presentado en nuestra cada esta mañana y he ayudado a Jenny a acabar con ella, Gustav ya no está con nosotras”.

Belinda, Gs.

¡Virgen Santa! Belinda también ha perdido la cordura y han matado a Gustav. Llena de ansiedad comienzo a leer rápidamente las páginas mientras las paso sin

detenerme para analizar lo que describen. Me detengo cuando noto que la bitácora ya no está firmada por Belinda sino que por Jenny.

Día décimo primero del tercer mes de invierno.

Año de La Grata

“Daimaysa acaba de ofrecerse como voluntaria para seducir al Gobernante de La Große,

Gustav Lacourte. No auguro cosas buenas para un acto tan atrevido, pero estamos en guerra, debemos acabar con esa especie monstruosa y un sacrificio como ese, es necesarios en este tipo de cruzadas... y les llamamos, daños colaterales.

Dai está obsesionada con hacer algo por sus hermanas y yo necesito que estemos en paz.

Sin embargo, temo lo que puedan hacer esas garras horrendas en su piel de porcelana”.

Jennifer, Gs.

Día ___

Año de La Grata

“He perdido la noción del tiempo. Dai ha muerto, se ha colgado de un Castaño hoy por la mañana.

Ella dijo que yo era un monstruo, pero se equivocó, el monstruo era ella, porque se contaminó con los falsos afectos de Gustav. Demasiado tiempo en compañía de esa bestia la enfermó”.

Jennifer, Gs.

Día maravilloso del mes milagroso.

Año de La Grata

“¡He encontrado a mi hijo! Es igual al bebé que reside en mis memorias, pero está dentro de cuerpo de una bestia, algo se me ocurrirá”.

Jennifer, Gs.

Examino esas últimas líneas, ¿un bebé dentro del cuerpo de un hombre? Cómo es eso posible, ¿es posible? Continúo con la esperanza de obtener respuestas.

Día trece del primer mes de Invierno.

Año de La Grata

“Está pasando de nuevo.

No importa lo que haga, las bestias me buscan como moscas a los cadáveres. Odio mi que mi estómago esté tan aglobado.

Mamá no ha vuelto a hablarme desde que trasladaron su cama bajo tierra”.

Jennifer, Gs.

—Esta mujer está loca —pestañeo aturdida, sin poder creérmelo, mientras intento comparar la tierna imagen de la niña del cuadro con la Jenny que retratan las cartas de este libro.

Vuelvo a leer la cita introductoria: “Toda lección requiere un sacrificio. Pide perdón, da la gracias y ofrece un favor antes que el día acabe”, y ruego que la próxima carta sea mejor que las anteriores, al menos más coherentes.

eL pACTO

Luego de la gran peste, la población humana disminuyó al quince por ciento de su totalidad. A los habitantes de La Große, les llevó más de cien años dar con el origen de la enfermedad y cuando se encontraron los métodos de prevención ya era demasiado tarde. Con los años, la ciencia comenzó a avanzar rápido y la enfermedad aún más.

El virus MHH, era una mutación de VIH y acababa con sus víctimas en cosa de semanas: los dejaba desprovistos defensas y hasta el más pequeño resfriado, los dejaba postrados. Hombres y mujeres con el tiempo dejaron de tocarse, abrazarse, aún peor, empezaron a culpar al otro de un inminente contagio.

La población local comenzó a enloquecer y en medio de ese caos se levantó una mujer que lo cambió todo.

Predicó sobre la paz, la conciencia y el amor, en un mundo donde se pedía guerra, sangre y odio. Y aún así fue escuchada, los hombres admiraron su coraje y las mujeres veneraron su imagen.

En menos de diez años la sociedad cambió, el sistema gubernamental se volvió monárquico y pronto los hombres comenzaron a exigir atención, Gs la veterana, también apodada “Jenny” por sus seres queridos, dejó como gobernador de La Große, a Estevano, su segundo hijo, y el primero nacido vivo.

Esto gatilló a que las mujeres también exigieran más derechos y Jenny se vio en la obligación de fundar su propia ciudad La Grata. Cualquier mujer que lo decidiera podía ir a vivir a ahí, con el compromiso de que, al menos una vez en la vida, debía cumplir con su deber procrear. Los recién nacidos “varones” permanecían en La Große, y las recién nacidas “hembras” eran enviadas a La Grata hasta que pudieran decidir si quedarse o no”.

—Claro, como no conocían otro sitio para vivir era difícil que escogieran partir a otro lugar —siento a Irah murmurar algo así que inclino la cabeza para escucharlo, pero se limita a suspirar. Vuelvo la atención al libro, tragándome las ganas de robarle un beso, me lo debe, sacudo mi cabeza para espantar esa tentadora idea y continúo leyendo.

—Menudo acuerdo.

Doy vuelta la hoja.

(...) “Tiempo después, no se sabe con claridad cuándo, este acuerdo se abolió, ya que los hombres de la ciudad necesitaban aplacar sus deseos sexuales y cada vez eran menos las mujeres que se decidían por La Große, en lugar de La Grata, razón por la cual se les cedió a las mujeres estériles para ese fin, ya que desde el punto de vista de

la reproducción eran inútiles” (...)

—¡Estos se pasan de bestias! —me salto otro par de páginas y me detengo en el subtítulo que más ha llamado mi atención hasta el momento: Inserción de dispositivo de reseteo de la memoria.

(...)“El DRM (Dispositivo de reseteo de memoria), nace como una manera de aplacar las rebeliones iniciadas luego que Mezcaf, una de las ciudadanas de La Grata, se dejara seducir por un hombre y ambos intentaran huir juntos. Por el bien de ambos, fueron perseguidos, a ella la devolvieron a La Grata y él, incapaz de comprender lo que era mejor para ella, organizó una revuelta junto a otros hombres que desencadenó una masacre, dejando tanto a La Große, como a La Grata a sólo pasos de una eventual guerra civil. Por ello, valiéndose de los últimos avances en la tecnología, Mezcaf, fue sometida a la primera inserción de DRM en la historia de ambas naciones.

El electrodo fue incrustado en una placa pequeña de titanio y funcionaba a base de la energía producida por la ATP (Adenosin Trifosfato) un nucleótido que obtiene esa energía de las células. El DRM, interfiere de forma selectiva en la memoria de largo plazo, y los centros emocionales como el lóbulo frontal. La operación fue un éxito, ella lo olvidó por completo y para asegurarse, ambos gobernantes, tanto Jenny como su hijo orquestaron un encuentro entre los ex amantes. Cuando él fue a buscarla (se reservará el nombre para proteger a sus descendientes) ella lo rechazó, regresó a la ciudad destrozado. Le ofrecieron el olvido y aceptó de inmediato, dando así a los habitantes de La Große, su primer representante portador del chip. Con los años, la tecnología fue mejorando y el proceso se volvió más simple y todo se limitaba a una constante.

No dolor, no envidias, no trifulcas. Se trataba de disfrutar el día a día, vivir el momento.

La familia monárquica fue difícil de extender debido a los persistentes ataques de ira que padecía Jenny, así que fue una sorpresa para ambas ciudades cuando ella y su hijo, anunciaron por separado, la noticia de un heredero.

Muchos comentaban que era hijo de ambos, fruto del incesto. Esa historia jamás fue negada o afirmada.

Tras la muerte de Estevano, su único heredero, cuyo nombre se mantuvo en secreto en su propio beneficio, dictó una nueva ley que permitía mantener el nombre del gobernante en anonimato hasta el término de su mando. Esta ley es aplicable para ambos Estados.

La Grata seguía gobernada por Jenny. Un nombre con mucha historia y peso, por lo tanto sería poco práctico para el orden de la sociedad aplicar la ley del secreto, mientras tanto la verdadera identidad de su heredero, permanecería oculta hasta el día de su muerte.

Los secretos de Estado se mantendrían en familia y por el bien del linaje, los

cargos públicos estarían disponibles para los parientes de la realeza e hijos de sangre”(…)

20:00

Escucho el timbre sonar y cierro el libro de un golpe.

Es imposible que se trate de Jairo, él no golpearía, tienen la llave bajo el tapete. Además no lo he sentido salir.

Vuelven a tocar y se me hiela la sangre. Presiento quién es... Vienen por mí y me parece el momento más adecuado, ya que después de esta noche Irah apenas recordará mi olor ni mis besos, no sabrá nada de mi voz o mis risas, ni siquiera reconocerá mi rostro.

Bajo la escalera con la mandíbula en alto, abro la puerta y me encuentro con un triángulo de hombres vestidos de negro, todos usan el cabello a ras de piel y anteojos de sol con forma circular, deben medir cerca de los dos metros, y lo más extraño es que ninguno me mira directamente, todos tienen la cabeza apuntando hacia el suelo.

—¿Anaya Sonnenschein?

—Sí, es ella —oigo a una voz familiar. Es la hermana Adelfried.

La última vez que la vi fue cuando me sorprendió en el jardín tratando de huir de La Grata, eran casi las doce de la madrugada, cosa grave, casi tanto como haber huido, así que usé mi último recurso de salvación: le arrojé polvo de valeriana en la cara.

Sí, lo sé, entré en pánico ¡Mierda!

Esperaba verla con los típicos restos de maquillaje bordeando sus ojos debido a la hora. Pero no hay nada de eso, su piel lechosa luce igual de perfecta que siempre. Ella es la reencarnación de los mitos y leyendas, una Ninfa en todo su esplendor, con sus ojazos azules y el cabello negro, aunque en esta ocasión lo lleva suelto en lugar de su habitual trenzado y no viste ropa común. De hecho, viste igual que los otros tipos, cubierta de negro de los pies a la cabeza, sólo que en lugar de pantalón lleva un vestido y en la parte de la nuca se extiende una capucha.

—¿Hermana Adel, qué hace acá?

Ella tuerce su boca y evita responderme, se pone la capucha sobre la cabeza, gira y comienza a caminar, al instante su séquito de tipos robustos la franquea, menos dos, que se quedan junto a mí. Uno de ellos toma mis manos y las dobla hacia mi espalda, luego las ata con un plástico, tan apretado que me hace doler.

—¡Hey! No tan fuerte, me haces daño —grito enfadada, pero ellos no me hacen caso.

Una vez esposada, se dispersan; uno a mi derecha y el otro a la izquierda, luego me fuerzan a doblar mis codos, para agarrarme los brazos y arrastrarme en la dirección que Adel les indica. Por desgracia, sé exactamente a dónde se dirige ese camino.

Y así de fácil, estoy en La Große,. No hay rastros de Adel por ninguna parte y en

cuanto sus gorilas me arrojan en el interior me quedo sola y en un lugar totalmente diferente al que visité junto a Irah, bueno si es que a eso se le puede llamar “visita”.

Al parecer, la arquitectura rústica se limita al sector de la “carnicería de niños” ya que todo su interior está forrado en roble blanco. A pesar de su tamaño, el sitio tiene forma circular y se hace notar, la sensación de vértigo se hace presente y no se va, o tal vez se deba al asco que me produce pisar suelo maldito.

Espero de pie, no hay sillas por ningún lugar, todo es blanco, el cielo, la alfombra del piso. No hay ventanas que dejen entrar la luz, pero en su lugar hay tubos fluorescentes por montón.

—¡Aya! —la oigo llamarme de repente y todo mi cuerpo se queda tieso preso de la conmoción. Los músculos de mi espalda, piernas y brazos están agarrotados, así que no soy capaz de corresponder a su abrazo cuando se embiste contra mí.

Me paso la manga por la nariz cuando las lágrimas comienzan a correr por mi rostro y empuño mis dedos en sus hombros, tomando más ropa que piel. Emil se aleja observándome ceñuda.

—¿Por qué lloras?

Recorro con mi mirada su rostro, todo me parece tan similar, nada ha cambiado: la nariz pequeña y respingada; los ojos penetrantes y sus iris celestes, exigiendo todo sin revelar nada; la piel cremosa y la mandíbula angulada. Parece que han pasado años en lugar de una semana. Hebras rubias salpican ese pelo ondeado que solía cubrir mi almohada antes de irme a dormir y el parpadeo de sus ojos me indica que está nerviosa.

Es duro querer tanto a una persona que necesita tan poco de mí, sobre todo cuando yo la necesito tanto.

—Es sólo que te he echado de menos.

Emil me mira seria.

—Eso he oído. ¿Cómo está eso de que huiste de La Grata?

—Quién te lo ha dicho.

—Nuestra madre, ¿quién si no?

Podrá ser...

—¿La Dae-Matter? —Asiente—. ¿Has hablado con ella?

—Sí, hace un momento, de hecho ella me envió a verte, también te quiere conocer. ¡Ahí viene!

Una de las paredes blancas se abre y de ella veo salir a...

—¿Hermana Adel?

—Vaya, vaya. Señorita Sonnenschein, permítame decirle que he oído mucho sobre usted —dice la hermana Adel, sorprendiéndonos a ambas.

—Espero que sean cosas buenas.

—Me temo que no, aunque no parece que eso le moleste.

Me encojo de hombros.

—He pasado por cosas peores.

—Eso he escuchado —se gira hacia Emil—. Señorita Cab, ¿me haría el favor de esperar afuera?, hay una recepción esperando por usted en el pasillo.

—Encantada Dae-Matter.

La hermana Adel me mira seria, se ha quitado la capucha, pero luce igual de aterradora. Me recuerda sus clases de Historia.

—También me enteré de que está al tanto de nuestro secretito —mueve su mano hacia atrás y adelante—. Acérquese por favor, no tenga miedo.

El hecho de que lo insinúe me hace enojar, no porque no lo tenga. Estoy bastante asustada, pero me da algo de paz conocer por fin el rostro de la gobernadora de La Grata.

—Sígame —dice y me guía hasta una habitación con puertas metálicas, entro y lo primero que veo es un enorme escritorio que ocupa el centro del salón, lo segundo que me deja atónita son los ventanales.

—Es imposible.

—¿Te refieres a las ventanas? —sonríe complacida—. Mis ancestros construyeron esta torre hace más de quinientos años. No pensarás que dejarían a sus hijas encerradas sin un patio en el que correr.

—Pero desde afuera...

—Lo sé, ni siquiera tiene ventanas, pero este jardín —dice avanzando hasta la ventana—, es otro de nuestros pequeños secretos, tiene hasta un estanque ¿Te apetece verlo?

Niego. Lo que me apetece es vomitar.

—Para vivir tan lejos de La Große, está enterada de muchas cosas.

—Mi trabajo es mantener el equilibrio en nuestro pueblo.

Avanza con paso lento hasta el escritorio, mueve la silla sin arrastra o emitir el menor ruido, y se sienta en ella.

—¿Engañando a las mujeres? ¿Haciéndoles creer que los hombres son unas bestias hambrientas de carne, sangre y algo más?

—¿Acaso lo dudas?

—Me he pasado los últimos cinco días en compañía de uno, créame, lo hubiera notado.

—Sí que lo hubieras notado. Supongo que te debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Permití que albergaras esperanzas, eso no está bien. No nos dañamos entre hermanas, nuestra lucha es contra los hombres, no entre pares.

—Es usted una hipócrita.

—Cuidado —su voz me congela la sangre, tan efectiva como lo sería una estaca

de hielo en el centro de mi corazón—. Mírate, no llevas ni una semana en compañía de ellos y estás convertida en una salvaje.

—Y usted en una estatua de hielo.

—Si eso es lo que crees, no puedo hacerte cambiar de opinión, por ahora me aseguraré de que entiendas de una vez la diferencia.

—¿Y cómo piensa lograr eso? ¿Con polvo de Valeriana?

Ella suelta una risa horrenda que me eriza los pelos de la piel.

—No te creas tan astuta, sé muy bien que eso no se aplica a ti. Necesitaba una vía para encontrarte llegado el momento, por eso permití que te saltaras el proceso que dictaba la tradición, pero veo que los papeles se invirtieron y terminaste siendo tú quién vino en mi búsqueda. ¿No te parece maravilloso el destino?

—¿Por qué harías eso?

—¿No leíste el libro que te dio Irah?

—Algo, bueno, sólo el principio y las hojas finales, no tenía tiempo y estaba demasiado nerviosa para leer —mis palabras salen atropelladas una tras otra, probablemente porque son una puras mentiras—. A propósito ¿Cómo sabes tú lo de Irah?

—¿Lo del libro?

Ni siquiera soy capaz de asentir, estoy más allá de la confusión, todo me da vueltas y tengo frío.

—¿O lo de Irah? Mejor partamos por el principio. ¿De verdad piensas que nuestras autoridades podrían perder algo tan valioso como ese libro en cualquier lugar? Por cierto, sobre Irah, es un grandioso ilustrador. ¿Ya viste las gráficas de la tienda de juguetes?

Pestaño aturdida, no hay coherencia en las palabras de esta mujer, está loca, como todas.

Poco a poco siento como la verdad se va abriendo paso en mi cabeza.

—Tú lo pusiste ahí a propósito, sabías que lo encontraría.

—Él quería saber.

—¿Y esperas que me crea que sólo le dejaste el libro para ayudarlo?

Una mueca extraña tira de su boca, casi parece una sonrisa, pero es demasiado apática para saber lo que es eso.

—¿Cómo podría no hacerlo?, se trataba de uno de mis hijos, claramente no el mejor —, levanta el teléfono que está sobre el escritorio y me regala una mirada calculadora antes de llevarse el auricular al oído—. Háganlo pasar —ordena y al instante, las puertas de hierro se abren.

Uno de los gatos que Irah me presentó cuando caminábamos hacia su casa desde el bosque, ingresa al salón. Su largo cabello negro y sus ojos azules son difíciles de olvidar, porque aún me resultan aterradores. Al principio permanece inmóvil,

esperando aburrido hasta que repara en mí, me mira confundido, no parece entender lo que sucede.

—¿Me llamó madre?

Y así de rápido, con esas tres palabras, la única parte intacta que quedaba en mi corazón termina por demolerse.

—¿Madre? —pregunto y él levanta una ceja engreído. Sin embargo no se dirige a mí.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Aunque no fuiste capaz de encontrarla tú mismo, te la voy a dar, es un regalo no una recompensa, así que no te dejes llevar.

—¿Cuánto?

Ella niega.

—No seas mezquino, sólo tienes unas horas. Está en ti aprovecharlas hijo mío, demuéstrole lo que es un hombre de verdad.

—¿Qué hace?

Ella me da una mirada compasiva antes de responder.

—Los hombres son bestias, traté de advertirte, pero no quisiste escuchar —sus ojos azules se llenan de lágrimas—. Siempre he intentado protegerlas, mantenerlas en La Grata, apartadas de este mundo degenerado, pero supongo que no importa lo que haga, usted señorita Sonnenschein, está determinada a ver para creer, y qué mayor prueba que mi propio hijo.

Suelta un suspiro dolido y desaparece por la puerta, el tipo de cabello largo se apresura en cerrarla tras de ella. Soy capaz de oír el seguro desde mi silla—. Cuando escuché el anuncio, supe de inmediato que se trataba de ti. Imagínate mi alegría cuando vi las fotos y resultaste ser una de ellas.

—¡Virgen!

—Ya le pondremos remedio a eso —dice, con una emoción enfermiza en su tono de voz.

21:00

Abro los ojos lentamente, mi cabeza va a estallar, se siente como los efectos secundarios de una noche intensa, pero no recuerdo haber invitado gente a casa.

Me levanto de la cama y es bastante estúpido admitir que tropiezo con mi propia ropa al levantarme.

—Mierda—me siento en la cama molesto por la idiotez y preparo una bolita con la ropa, dispuesto a arrojarlo contra la pared. Pero no se trata de mi camiseta, sino de uno de mis pijamas grises.

Me dirijo al armario y me encuentro con una caja roja a medio tapar.

—¿Qué hacen tantas fotos de gatos aquí?

—¿Qué gatos? —escucho a mis espaldas, me giro sólo para encontrar el rostro de Jairo, mi compañero de cuarto y mejor amigo, apoyando la cabeza al costado de mi puerta.

—No lo sé, está lleno de fotos ahí.

—¿Quizás tuviste una noche loca?

Le doy una mirada aburrída, ambos sabemos que hace años que no salgo de “farra”. No sabría definir la fecha en realidad, no es un recuerdo claro en mi mente, sólo sé que un día me levanté y decidí que no quería jugar más.

—¿Oye desde cuándo estás tan vanidoso?

—Déjate de joder y prepara el desayuno.

—Uy, ella, la que usa bloqueador.

—¿Cuándo mierda he usado yo bloqueador?

—Cuando bajé a la cocina vi uno sobre el refrigerador, no es mío, así que sólo debe ser tuyo.

—Mierda, traje a alguien a casa.

—Puedes apostar que sí.

Jairo se va y aprovecho para revisar el buró en busca de otras cosas, un labial, un número. No lo sé, algo, no acostumbro utilizar Meretrixes, es escalofriante y sorpresivo a la vez.

—Irah —oigo a Jairo gritar desde algún lugar cerca de la cocina—, tenemos un problema.

—¿Qué pasó ahora?

—¡Ven al baño, date prisa!

—Ya voy —saco una toalla del armario y me dirijo al baño—. ¡Mierda!.

—Exacto, eso mismo estaba pensando.

Toda mi ducha está manchada con sangre, también un montón de ropa mía, ciertamente dos de esas camisetas me pertenecen, y los pantalones moteados que utilizo para mis salidas al bosque.

También hay un pantaloncillo de mezclilla, más pequeño, de mujer, un corpiño y unas pantaletas completamente teñidos de rojo.

—¿Qué mierda hice ayer?

—Te recomiendo llamar a un abogado.

Una hora después, estoy en el despacho de mi madre, con un cargo de conciencia espantoso.

—Siempre has hecho lo que quieres porque eres el menor —dice ella mientras da una mirada molesta a mi tío, él como siempre, se sienta sobre su escritorio y se lleva un puro a la boca para evitar mirarme, también yo lo haría si fueron tío y padre de un chico a la vez.

Al menos ya no lo hacen a la antigua, eso sí que debió ser traumático, por no decir trágico, tirarte a tu hermana... Mierda, se necesita más que agallas para eso, se necesita estómago y un cerebro muy jodido.

Hoy en día usaban la inseminación, por supuesto, sólo la familia lo sabe, los que compartimos sangre y esos son sólo cuatro: mi madre, tío Evian, el idiota de mi hermano mayor, Aitor y yo.

—Pero esta vez es diferente, esta vez tendrás que pagar.

—Lo sé.

—Hablo en serio Irah, toda lección requiere un sacrificio.

—Repites eso tanto que lo aprendí de memoria.

—Muy bien, porque lo que voy a hacer ahora es por tu bien, para que abras los ojos de una vez y aprendas cuál es tu lugar en este mundo.

Mamá se acerca a mí y envuelve mi rostro entre sus manos, esto no está bien, no recuerdo que lo haya hecho antes, pero tampoco recuerdo un montón de otras cosas, maldita la hora en que no traje mi diario. Sé que es trampa, pero cada uno hace lo que puede para hacer de la vida, algo más tolerable.

—Soy lo que soy.

—Eres mi hijo —dice entre dientes—, de sangre.

—El bastardo querrás decir, te esmeras en mantenerlo en secreto, ni tú ni el tío Evian hablan de mí. Por cierto, estoy aquí, no sacas nada con fingir no mirarme.

—Todo tuyo —dice el holgazán, cumpliendo con su papel de zángano y dejándome a solas con la bruja.

—Y bueno, ¿qué querías mostrarme?

—Espérame un segundo.

Mamá corre hacia su escritorio y me aterra lo emocionada que está cuando levanta el auricular.

—Sí, gracias, hágalas pasar.

Me acomodo sentado en una esquina del escritorio de mamá, mientras ella se reclina en su silla. Como si de una función de teatro se tratara.

La puerta se abre y entran dos Meretrix de la mano. Y no podrían lucir más diferentes.

Una es rubia platinada, con el cabello liso y recto hasta la altura de los hombros, tiene los ojos celestes y los ángulos de su rostro la hacen lucir demasiado seria en contraste a sus ojos infantiles. Trae exactamente el mismo vestido ocre que la otra chica, quién a diferencia de la rubia, no me deja ver su cara. Qué extraño.

—Pídele que se acerque por favor.

—Señorita Sonnenschein, acérquese.

La señorita Sonnenschein no lo hace, de hecho, la señorita Sonnenschein, inclina su rostro todavía más, si sigue así quedara de boca al piso.

—Señorita Sonnenschein ¿No aprendió acaso la lección?

La señorita Sonnenschein suelta un gemido indecible antes de arrastrar los pies en mi dirección.

—Es usted muy obediente —dice mi madre y puedo apreciar el placer en su voz. Mierda, esto es malo.

—Sabes, yo no vine a esto.

—Oh, claro que sí, necesito que veas sus ojos.

—¿Por qué? —pregunto sin humor, no estoy de ánimo para sus juegos—. No es nadie para mí.

—Sólo hay tres personas capaces de recordar. ¿No querías eso acaso? ¿No recuerdas que lo deseabas más que a nada?

—Qué hay con eso.

—Sucede que metiste la nariz y el cuerpo entero en asuntos del Estado, traicionaste a tu familia, me traicionaste a mí —mamá dice esto como si se tratara de una receta, no podría ponerle menos emoción aunque se esforzara.

—Explícate por favor.

—No tengo tiempo para eso, una de ellas debe volver, la otra tiene que quedarse. Elige ahora o lo haré yo.

—¿Qué? —pregunto saltando del escritorio y observándola sin dar crédito. Enloqueció, mamá realmente enloqueció. La demencia en los genes de nuestra familia, finalmente alcanzó a uno de nosotros.

—No me metas a mí en tus asuntos, no voy a ensuciarme las manos.

—¿Qué no te meta? Fuiste tú quien nos metió a nosotros ¡La llevaste a tu casa! ¡La trajiste a la ciudad!

¿Llevarla a mi casa? Joder, sólo... ¡Joder!

«¿Me la habré tirado?», pero qué pregunta tan de mierda, seguro que lo hice, ¿por qué otra razón podría haber llevado a una chica a casa? Aún así, toda esta situación es demasiado rara.

—Pues no lo recuerdo —digo cruzándome de brazos—. ¿No es eso lo bueno de

nuestra maldición? Perdemos nuestra historia, pero ¿qué diablos? da igual, mientras podamos hacer lo que queramos sin pensar en las consecuencias, mal que mal, nadie las recordará.

—Irah, estoy haciendo un esfuerzo —ella abre sus dedos y los cierra a la vez, mientras observa sus uñas Siempre hace eso cuando está cerca de su límite—. Todavía tengo que preparar la pauta para la semana.

—Sí, sí, sí... Tú y tus clases de historia. ¿Sabes lo que puedes hacer con tus pautas? Por mi puedes ir y...

Y me quedo viendo a la pequeña Meretrix que, ahora yace arrodillada frente a nosotros, no entiendo porque sigue ocultándose su rostro. Vamos, que ni siquiera llora, no de forma audible por lo menos.

Siento una clavada en el estómago cuando capto un atisbo de sus piernas, bueno, lo poco que deja a la vista el vestido, pero es lo suficiente para notar que está manchada de sangre.

—¿Qué le hiciste? —pregunto a mamá sin apartar la vista de la chica—. ¿No es una Meretrix verdad?

—Bingo, y no le hice nada malo, al contrario, fue un favor.

—Especifica el favor.

—Se la ofrendé a tu hermano.

—¡¿Qué tú hiciste qué?!

Sin poder evitarlo, camino hacia la niña. La pequeña no debe tener más de quince años. Por supuesto, retrocede como un perrito asustado cuando llego hasta donde está. ¿De qué me sorprende? Se la pasó a Aitor, apostararía que ese pedazo de mierda ni siquiera se detuvo a meditarlo. En medio de la ira, logro escuchar los balbuceos de mi madre.

—No tuve más opción. Ella tenía ideas... erróneas sobre tu clase.

—¿Cómo de qué tipo? —pregunto, debatiéndome si cogerla en brazos será una idea buena o le hará peor.

—Bueno, ¿pero si no soy yo quién hace las preguntas? Elige Irah, hazlo ahora o lo haré yo.

Fijo mi vista en la chica rubia, pero actúa tan fría, tan normal, como si esto no la afectara en absoluto. Una fuerza desconocida me hace enfurecerme con ella, lo que no tiene sentido, ya que nunca la he visto en mi vida. Vuelvo mi vista hacia la señorita Sonnenschein y su cara sucia apenas se aprecia entre las malezas de cabello. Estiro mi mano para correrlo, pero ella aleja la cabeza con una rapidez arrolladora.

—Es sólo que no entiendo por qué tengo que hacerlo.

—Te repito, ella es la niña que durmió en tu cama anoche.

—Y qué

—Sí Irah... Toda esa sangre, todo ese hedor.

—Pero, tú dijiste...

—Yo sólo estoy contándote los hechos. Se la pasé a tu hermano porque no terminaba de entender. Los hombres iban a lastimarla, sé lo repetí muchas veces, es su naturaleza, la esencia del hombre. Si no eras tú, sería tu hermano, o cualquier otro degenerado de afuera. Ahora o más tarde, sólo era cuestión de tiempo Y bueno, hablando de tiempo, ya no tengo más, así que... ¿vas a elegir o tendré que hacerlo yo?

—Por favor —ruega la señorita Sonnenschein en un hilo de voz—. Máteme.

—Sólo porque no recuerde no significa que no sienta —me oigo decir y aunque lo he dicho yo, no le encuentro el sentido, pero ayuda a que la señorita Sonnenschein alce un poco el rostro.

—La escojo a ella —digo en voz alta.

Porque lo sé, en ese momento, mientras la veo implorar su propia muerte, soy consciente de lo obvio. Yo he dañado a esta mujer, incluso si no lo recuerdo, sé que es así y la impotencia sabe peor que la culpa. Ella sólo quería olvidar el pasado y yo...

Yo no deseaba más que revivirlo.

—Señorita Cab, creo que ambas sabemos la nobleza que se esconde tras su sacrificio. —se escucha la voz autoritaria de mi madre.

—Claro —dice la rubia y yo acomodo mis rodillas, para quedar al nivel de la señorita Sonnenschein. Ella no me da un mínimo de atención, está demasiado ocupada fingiendo que no existo.

Mamá se pone de pie y le entrega su puñal personal, es una mierda espeluznante, el mango tiene forma de feto y la hoja termina en una mano diminuta.

—¡Emil, no! —grita la chica que tanto he dañado. Soy incapaz de recordar, sin embargo puedo sentir y cargo una culpa inmensa, no lo puedo explicar.

La chica rubia gira hacia nosotros con una expresión molesta, pero la señorita Sonnenschein no se acobarda.

—No vayas, no mueras por mí.

—No me pidas eso —responde la rubia y por primera vez desde el rato que lleva dentro, da la impresión de que está afectada—, porque es lo único que no puedo cumplir.

—No lo hagas, no vale la pena.

—Tú lo hubieras hecho por mí —sonríe tensa, su rostro levemente inclinado evitando mirar a la señorita Sonnenschein.

—¡Ordénale a tu sangre que corra! —presiona mi madre, ahora enojada y me encuentro en la incógnita de no saber qué hacer. ¿Puedo detenerla? Desde luego que sí, impedirá eso que la mate, de ninguna manera.

De todos modos, me pongo de pie y corro con toda mi fuerza hasta interponerme entre el chichillo y la mujer. Hubiera sido dramático si me diera en el pecho, pero

sólo me pasó a llevar una esquina del hombro.

—Mierda.

—Irah, afuera.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—Ya veré, por ahora ve a curarte eso.

—No, no hasta que me prometas que las devolverás a su sitio.

Le permito arrastrarme de un brazo hasta la puerta del salón sin oponer resistencia, ella se cruza de brazos con expresión asesina.

—¿Por qué tendría que hacer lo que tú pides? —expulsa las palabras de su boca con una suavidad aterradora. Sacudo mis hombros esperando lo peor, después de todo no tengo nada que perder.

—Porque si no lo haces, tienes veinticuatro horas para despedirte de un heredero.

—Puedo tener otro hijo, el día que quiera.

—Ambos sabemos que el tío Evian no te dará otra muestra —esto lo digo en voz suficientemente baja sólo para que ella me escuche—, le das asco.

La demente de mi madre se pone lívida y sus siguientes palabras salen escupidas a borbotones.

—Regresarán a La Grata.

—No se me ocurriría algo mejor.

—Sin recuerdos —tiene la mirada fija en mí, pero no logra intimidarme, nada podría empañar mi humor.

—Es más de lo que merezco.

—No hijo —dice entre dientes—, no lo es, no aprenderás nunca sin un sacrificio.

Oigo un par de gemidos tras de mí y me doy vuelta. Mierda. Había olvidado que las pequeñas seguían ahí.

—Démosle espacio, ya han pasado por mucho.

—Son los momentos difíciles los que hacen que valoremos las cosas bellas de la vida.

—Anda al grano y dime qué pretendes pedirme, se que la jodí, también lo jodí anoche, aunque no recuerdo que hice.

—Voy a devolver esas niñas a La Grata y me aseguraré de que borren sus recuerdos, la de cabello largo ni siquiera tiene chip, jugué a ser audaz y salí perdiendo. Pero gobierno ambos países, eso me ha dado la experiencia para siempre tener mi plan B.

—¿Entonces?

—Ellas no recordarán nada, pero tú lo recordarás todo.

Es cruel admitirlo, por el momento y todo eso, pero siento una sonrisa tirar de mi boca cuando la bruja de mi madre dice eso.

—Este debe ser un jodido milagro. Tú me estás dando la opción de recordar y

¿dices que es un castigo?

—Eventualmente lo será, y comprenderás que durante todo este tiempo no he hecho otra cosa más que protegerte.

Vuelvo a girar mi rostro atrás y la pequeña chascona comienza a levantarse lentamente, sus pisadas son inestables mientras camina hacia la ventana, luce perdida, rota.

Cierro los ojos y todo lo que veo es su cara cubierta de pelo rebelde implorándome: «Máteme, por favor máteme». Me pregunto qué infierno habrá vivido para desear algo así.

22:00

Ha pasado un año, desde que fui, no sé si premiado o castigado, con la extirpación de chip DMR, devolviéndome de paso, todos los recuerdos. Sobre todo a ella.

—Me enamoré de ella y lo primero que hice fue dañarla.

—Creo que si viera la exposición que has armado en el centro, te perdonaría sin rechistar.

Ahogo una carcajada y me giro para guardar el conjunto gris que Jairo me da, con éste ya son cuatro pijamas idénticos. Él no tiene idea.

—De hecho, lo más probable es que acabara huyendo en cuanto pisara el suelo del lugar.

Mi compañero de cuarto se rasca la cabeza y luce perdido. ¿Puedo culparle? Ni siquiera yo soy capaz de entender.

—Me parece un lindo detalle, esos ojos violetas son...

—Únicos —le digo, recordando la primera vez que los vi. Yo estaba en una de mis excursiones en el bosque, las agendaba una vez al mes.

Ahora es tarde, ya que ella se ha ido. Ella se ha ido y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Tampoco es realmente una exposición, soy el encargado de la publicidad de un par de prestigiosas tiendas, puede que haya abusado de la inspiración que me provoca mi musa, ojos violetas por aquí y por allá. De hecho, hace poco renuncié a “69 F”. Una tienda de juguetes sexuales para satisfacer a los de mi especie e implementar a las Meretrix.

No se sentía bien.

—Sécate la cara —dice apuntándome con el dedo. Ahora está menos relajado, lo que está bien, entendiendo la situación en la que estamos metidos—, y asegúrate de quemar la ropa una vez que acabes.

—Lo haré —le aseguro y él se queda un poco más tranquilo—. Intenta relajarte, toma una leche caliente y añádele valeriana.

—¿Quieres que me duerma rápido, eh? Algo como esto no se puede olvidar.

Por supuesto, eso no es realmente cierto y ambos lo sabemos, mañana despertará sin cargos de consciencia y yo... Yo también. No porque lo olvide, sino porque recordarlo me hace feliz.

Horas más tarde, la noche cae y estoy en la cabaña, de regreso al inicio de todo. He encendido una fogata para destruir las evidencias. Observo las brazas chamuscarse y no deseo que acabe nunca, no quiero que mis ropas dejen de arder ni que el fuego se acabe.

Necesito de esto, de este fuego purificador que elimina todas las evidencias de un

asesinato que nadie recordará, que quedará inmune, que aliviará en algo mi conciencia.

Soy como el hombre al inicio de los tiempos, antes de la locura feminista, antes de la peste que arrasó con la humanidad, vuelvo a mis orígenes, al génesis, soy como Caín, que mató a su hermano y el tener las manos manchadas de su sangre, me sabe a gloria.

Aitor debía morir, no podría seguir viviendo si él siguiera respirando.

—Aya —suspiro, pensando en la dueña de mis risas, de mis noches y mataría por meterme en su cabeza. Ella no me recuerda, pero tal vez lo hace en sus sueños.

¿Me recordará en ellos? ¿Apareceré en sus pesadillas o ni siquiera merezco eso?

Intento continuar con mi vida, día a día, hora tras hora, pero no es tan fácil, porque estoy condenado a no olvidar. Esto que siento: una sensación de impotencia que bulle en mis entrañas, carece de remedio porque no se trata de una enfermedad.

No tiene cura.

Hay tanto que ver, tanto que analizar. Pienso en el ayer, pienso en ella, también pienso en mi madre. Sobre esta última, en ocasiones fantaseo con ahorcarla mientras duerme o meterme de noche a esa ciudad que tanto defiende, que tanto protege de las “bestias” que tiene por hijos. O tenía.

No comprendo por qué lo hace. De todos modos no puedo simplemente asesinarla, ella es la única capaz de cambiar nuestros cerebros, ella es la única que decide quién puede y no puede olvidar.

Hace poco encontré su libro de crónicas, me encantaría saber si Aya lo leyó, si alcanzó a comprender algo de esto, de este loco mundo. Como decía, encontré el libro, estaba junto a mi diario, mis recuerdos, y ella. La señorita Sonnenschein, mi Aya.

La parte más difícil de seguir viviendo, es saber que no puedo hacer nada, teniendo la certeza de que iría por ella, haría algo si eso estuviera en mis manos, pero no hay opciones. Mi camino ya fue trazado.

Me resigno pensando en lo mucho que la amo, y que prefiero mil veces resignarme a no tenerla, que saberla mía muerta en vida. No, no podría. Yo vi sus ojos, sólo horas después de que el bastardo de mi hermano la violara, vi sus piernas ensangrentadas bajo el vestido. La vi pedir la muerte mientras yo me aferraba a la vida, porque ella fue vida para mí, Aya trajo esperanza a mis mañanas.

Por eso me siento tan bien esta muerte, esta fogata, estas ropas. Soy consciente de que un asesinato puede ser considerado un acto irracional, más animal que humano. Tal vez llegado el momento, termino por convertirme en esa bestia que ella tanto teme, en ese hombre que Aitor le enseñó a aborrecer.

—Por fin llegas —le digo a Evian, cuando lo veo entrar.

—Fue difícil fugarme —reclama mi tío, ese engendro que se hace llamar papá.

—¿Irónico, no te parece? Sobre todo teniendo en cuenta que eres el dueño de la ciudad.

Evian me mira al principio enajenado, pero luego se detiene como sopesando las palabras que va a decir y al final, opta por sentarse en el tronco que está a mi lado. Su cabello claro cada vez que la luz de las llamas rebotan en él. Es curioso que no lo notara antes, ambos parecemos una proyección del otro, ambos “debemos” recordar todo, entonces pienso que compartimos mucho más que el color de cabello. Incluso el asco por Adel.

—Debes estar triste, acabas de perder un hijo.

—Me gusta pensar que era mi sobrino

—Él era un monstruo —tomo una rama y comienzo a revolver los escombros—. Merecía morir.

—Nadie merece morir Irah, pero en esta ocasión, tienes algo de razón, así que intentaré aplazar el momento que Adel se entere de la verdad.

—Ella va a matarme.

No estoy asustado, sólo destaco lo obvio.

—No lo hará, necesita un heredero, y me temo que Aitor padecía la demencia que atormentaba a nuestros ancestros.

—¿Qué has hecho con el cuerpo?

—Lo mismo que hace tu madre con nuestros niños defectuosos.

—¡Aitor era defectuoso, debió morir ahí, al momento de nacer! —la rama se quiebra en mis manos—. No tenía que hacerlo yo, este era su trabajo.

—Aitor era hijo de su madre.

—También lo soy yo, su maldita sangre corre por mis venas, sucia y envenenada. ¿Cuándo demonios va a parar?

—Pronto, pero no está en ti acelerar el proceso. Llegado el momento, tú gobernaras y podrás hacerte responsable de tus actos y los del resto, si quieres...

Sé lo que me está pidiendo, que tenga paciencia, que espere, y en el fondo sé que tiene razón, así que asiento, pero saber que hago lo correcto no aminora el dolor. Porque el dolor no se va, ni se acaba, sólo muta.

Hoy viendo hacia el pasado, recuerdo aquella vez en que nos sentamos por horas sobre mi tejado, esperando el amanecer, Aya se quejaba porque no había nada de interesante. Ingenua, no tenía idea que la miraba a ella.

No soy tonto, sé que me ha olvidado, sé que no le hago bien. Pero sólo porque no pueda no significa que vaya a renunciar a ella.

Incluso ahora, existen ocasiones como esta, en las que me escabullo a la cabaña en medio del bosque, siempre con la esperanza, siempre con el anhelo.

Pidiendo perdón, dando las gracias y ofreciendo un favor antes que el día acabe.

—Nunca estarás lo suficientemente lejos, como para que mis recuerdos no te

alcancen.



Llego a la cabaña cerca del medio día. Había planeado este fin de semana con un mes de antelación, después de pasar más de dos años sin vacaciones. Mantenerme ocupado los siete días de la semana era la vía de escape perfecta y menos sospechosa para huir del dolor de los recuerdos tristes, de esos ojos violetas.

Ese era mi plan, matarme trabajando y como actividad extracurricular, aprender sobre la organización y administración del Estado. Por supuesto mi cuerpo tenía otros planes y el mes pasado, comenzó a mostrar los primeros signos de cansancio, motivación suficiente para tomarme un fin de semana libre. Sí, unas maravillosas vacaciones forzadas en mi infierno personal. La cabaña del bosque, lugar puedo ahogarme en delirios autocompasivos. Aunque en mi defensa, debo decir que si mi tío no me hubiera dado la orden-amenaza, seguiría en La Große, rompiéndome el lomo.

Lo sé, debo parecer patético probablemente lo soy. Tengo veinticuatro años y sigo recibiendo órdenes de Evian Levi, pero el cabrón sabía muy bien cómo manipularme. Había ayudado a encubrir la muerte de Aitor, dos años atrás, eso es suficiente para obligarme hacer cualquier cosa.

Sobre la muerte de Aitor, me gusta pensar que fue una “falta”, un trabajo sucio y necesario que alguien debía ejecutar, quiero decir, le hice un bien a la humanidad, no es realmente un asesinato, no soy como los bastardos de La Große que se me meten con seres indefensos. Yo exterminé una bestia, ni más ni menos.

Evian siempre ha sido un manipulador de primera, así que cuando amenazó con contarle a la bruja la verdadera razón detrás del desafortunado accidente de mi hermano, en el que falleció calcinado, preferí acatar su “in-vi-ta-ción” de venir a pasar unos días al bosque. Era eso o enfrentarme a la ira de Adel, sinceramente no me apetecía esto último. No cuando debía mantenerme a salvo para lograr mi último objetivo.

Adel, ese es otro obstáculo con el que tengo que lidiar a diario. Ella dice que somos bestias asesinas, nos odia por ser hombres, sin embargo, cuando le anunciaron que la tienda de artículos eróticos de mi hermano se incendió por culpa de una falla eléctrica, se desquició tanto que temí por la estabilidad de la organización de la ciudad. Y a penas logramos contenerla cuando se enteró que Aitor estaba en la tienda en el momento en que se inició el fuego, dejando su cuerpo absolutamente irreconocible. Bueno, salvo por sus dientes.

Una lástima que hayan quedado los dientes de ese hijo de puta, con lo que me había esmerado en asar al maldito. En fin, la vida no es fácil para nadie. Al menos tengo una y puedo vivirla, eso es más de lo que podría decir nadie, algunos la pierden incluso antes de nacer...

Arrojo mi equipaje sobre un montón de mantas que están lanzadas al azar sobre la alfombra y comienzo a desanudarme la corbata, odio ir de traje a la oficina, nunca voy formal, pero hoy tuve una reunión con las autoridades del gobierno, en las que tuve que adecuarme al protocolo.

Me pongo unos jeans y mi camiseta favorita, es gris, me queda ajustada, pero no me molesta, de hecho es esa imperfección lo que la hace especial. Recuerdo que solía usarla para dormir, ahora en cambio la utilizo para seguir viviendo. Podría jurar que queda algo de su olor, ese perfume tan propio de ella, fresco y dulce, como lima y vainilla, mi Anaya.

Doy un vistazo a mi apariencia, la camisa gris parece aún más ajustada que en otras ocasiones en las que la usé. Joder, realmente luzco raro utilizando esta ropa vieja sólo porque esa niña la usó. ¡No tengo remedio!

Podría andar lamentándome como los protagonistas de los libros antiguos, esos dramáticos personajes que, alguna vez vi en el teatro, llorando por los rincones del escenario gritando al mundo que les habían roto el corazón. Pero no, no podría caricaturizar mi experiencia de esa manera, porque ha sido única y épica.

«El único hombre de esta mierda de sociedad que ha experimentado el amor», me repetí mentalmente.

Anaya creía en mí, incluso cuando yo me burlaba de ella. Estaba tan obsesionada con recuperar a su amiga, que seguía confiando, aparentando valentía y tratándome como una mascota, cuando era ella el gatito asustado. Sé que hoy no soy nadie en su vida, pero para mí, sigue siendo mi mundo.

—¿Cómo me deja eso? —dejo salir las palabras y casi espero que hagan eco en las paredes de madera, soy idiota.

Tengo que admitir que no he sido un santo, he buscado distracciones, pero no hay caso, lo mío no tiene cura. Si no es con Aya, no será con nadie

Me acerco a la mesa y abro la puerta que se esconde bajo ella, Aya preguntó una vez que más había en su interior, en aquel entonces no me pareció buena idea admitir que además de mercadería, guardaba armas y veneno, ella era demasiado ingenua para comprender que mi vida carecía de sentido, que mi único objetivo al nacer era continuar con una raza maldita y darle herederos a la demente de mi madre, ya que mi hermano mayor era un bastardo estéril.

Nunca me hice realmente la pregunta de por qué hice lo que hice. Por qué arriesgué todo por rescatar a alguien a quién ni siquiera conocía, o lo más importante, cuál fue el momento en que comprendí que la amaba. ¿Antes o después de dejar la

cabaña?

Tal vez fue en el lago cuando la vi en ropa interior, ella claramente había dejado de ser una niña. Anaya era toda contradicción: el cuerpo de una mujer, la personalidad de una adolescente y el alma de un ángel, todo en uno.

Saco una caja de hojuelas y me dirijo de vuelta a la alfombra, abro mi equipaje que aún está en el piso y saco el bloqueador solar. Una acción absurda ya que no pretendo salir, pero no es mi piel lo que pretendo cuidar así que me obligo a pensar que mi estupidez vale la pena. Tengo que apretarlo mucho para que salga, casi no le queda y estoy seguro ya expiró.

Espazo en mi cara la loción que logré sacar del embase, aún mantiene algo de su olor original: lima y vainilla, ese olor tan característico de Anaya. Fueron contadas las ocasiones en que la vi sin una máscara de crema blanca en su cara, pero suficientes para poder memorizar sus pecas y enamorarme de cada una de ellas.

Al final, mi instinto incontrolable de supervivencia gana, no permite que me siga torturando en soledad, me pongo de pie y me dirijo al lago. Cuando llegó ahí, veo a un grupo de cuatro personas ocupar esa roca reservada sólo para mis recuerdos. Para nadie más.

Me detengo sorprendido. En total son nueve mujeres, cinco ya están nadando y haciendo piruetas dentro del lago, las otras cuatro, hacen fila para lanzarse al agua y unirse a las demás. Sigo el recorrido con la vista y en la orilla, alejada de las otras mujeres, una chica con cabello cobrizo y ojos color violeta.

Los años no han deteriorado su belleza, de hecho se ha puesto más hermosa, sus curvas se han acentuado. Y aunque lleva puesto un bañador de cuerpo entero y una solera suelta de un feo tono ocre, puedo ver unas piernas largas y torneadas. Su cabello está suelto y termina en ondas, y su cintura... Me da igual, es difícil adivinar su ancho bajo las capas de ropa, pero no importa el tamaño que tenga, siempre será perfecta para mis manos.

Las fantasías que plagaban mi mente ayer son las mismas que hoy. Sólo que en ése entonces me parecía una bendición tener a Anaya como musa inspiradora de mis alucinaciones, hoy en cambio, me siento un cerdo por estar pensando en las ganas que tengo de amarla.

Quisiera mostrarle cómo ama un hombre de verdad, ese sentimiento real, grande y sincero, un amor que va acompañado de respeto y ternura, no sometimiento y dolor. Daría lo que fuera por borrar con mis labios donde Aitor tocó.

Recordar ese episodio en nuestras vidas me ayuda a recuperar fuerzas y, a veces, hasta resignarme, porque para Aya olvidarme fue lo mejor que le pudo haber pasado.

Me permito acercarme un poco más, porque soy un estúpido enamorado. Me escondo en medio de los arbustos que bordean el lago, hasta que quedo sólo a unos metros de ella. Se ve melancólica y con la mirada perdida, sonrío sin poder evitarlo al

ver que su rostro está cubierto por una máscara blanca

«Protector solar» dice una vocecita en mi cabeza.

Mierda, debo estar loco, porque juraría que puedo olerlo, luego recuerdo que me esparcí loción en la cara antes de salir. Debo lucir como un idiota, esta camiseta que parece una talla menor, la cara blanca con restos de bloqueador solar vencido. Mierda, sólo... ¡Mierda!

Sin dejar de mirarla, comienzo a quitarme con rapidez el bloqueador del rostro y ahí es cuando esos ojos violetas dan con los míos. En cosa de segundos, dejo de ser invisible para ella.

Soy incapaz de actuar tranquilo cuando estoy cerca de la señorita Sonnenschein, tengo que hacer mi mayor esfuerzo para no perder la compostura. Tres años atrás, Aya me sonreía con una confianza que hasta ese entonces sólo había visto en niños, confianza que no merecía por supuesto, ya que siempre estaba al pendiente de las curvas que se escondían bajo su ropa.

«No grites, por favor, no grites»

Y es muy fácil adivinar lo que vendrá, ella gritará, me dejará en evidencia y todas esas mujeres saldrán huyendo de esta “bestia-gato” como sea que ellas me llamen.

Puedo sentir las primeras señales de miedo haciendo mella en mi cuerpo. Estuve durante un año viniendo a esta cabaña con la esperanza de encontrarla, y ahora que la tengo enfrente, puedo reconocer que nunca estuve preparado para decirle adiós.

No antes, no ahora.

Los segundos corren y ella no grita, en lugar de eso frunce el ceño, probablemente enojada y se lleva la mano a la nariz, como soy un idiota y vivo con un pie en el pasado, hago lo mismo. Aya me sonrío y me siento como si fuera el rey del universo. ¡La hice reír!, han pasado tres años desde la última vez que no vimos y aún soy capaz de robarle una sonrisa.

Le dice algo a una de sus acompañantes, es morena y no recuerdo haberla visto antes, la chica asiente y mi Anaya...

Mi Anaya se aleja del grupo y se encamina hacia la frondosidad del bosque. Esta niña no aprende nunca, otra vez poniéndose en peligro.

¿Es que no aprendió la lección la última vez? ¿Podría picarla una cobra o algo peor!

Trato de alcanzarla lo más rápido posible, no es fácil avanzar cuando estás en medio de los matorrales. Finalmente se detiene en un árbol de sebiata que parece tan antiguo como el tiempo, su tronco es tres veces mi grosor y algunas de sus raíces sobresalen de la tierra. Aya se gira a ambos lados, parece desilusionada cuando corrobora que nadie la sigue, sopla en un gesto de frustración y se sienta en el nido que forman las raíces.

¿Qué esperaba? ¡Debería estar agradecida! ¡Debería sentirse afortunada!

«Debería... Debería besarla», pienso y me lastimo engañándome a mí mismo. Algo ya habitual en mi vida. Salgo de mi escondite y ella salta asustada cuando me ve aparecer.

—Porfavornogrites —digo sin respirar, todo rápido y quiero azotar mi cabeza contra un árbol por cómo estoy actuando.

Es difícil ocultar cómo me siento, así que intento distraerme y sacudo las hojas que se han adherido a mi cabeza en el trayecto, mi cabello ha crecido unos centímetros así que soy carnada fácil para las ramas del sector.

—Por favor, no temas... Estoy de tu lado.

Ella se cruza de brazos y la curva de su escote se acentúa... Doble mierda, ¿en qué estoy pensando?

«¡Concéntrate!»

—No tengo miedo —dice confiada y su voz es levemente más ronca a cómo la recordaba—. ¿Por qué debería? Si necesito ayuda puedo gritar, no estoy sola, toda nuestra clase salió de excursión y estamos bien armadas. Además, soy una mujer —Y comienza a recitar...

La mujer es fuente de vida.

Nace y es. Existe y coexiste.

No hay nada superior a ésta y sin embargo,

—No se refiere a nada como un ser inferior —la interrumpo sonriéndole, intento demoler de algún modo el gran muro que monstruos como Adelfried y Aitor, han construido entre nosotros. Necesito llegar a ella, que vea cómo soy. Quién soy.

Anaya pestañea aturdida y me mira ceñuda, su cabello largo le cubre las pecas de los hombros y un mechón rebelde le invade el rostro.

«No lo hagas, no lo hagas», me repito, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Soy un idiota enamorado. Así que me acerco más a ella hasta quedar de rodillas frente al tronco y retiro el mechón rebelde hasta ocultarlo tras su oreja, dejando claro “cómo” actúan los imbéciles. Ella no me da pistas sobre cómo se siente y me comienzo a desesperar, al menos hasta que la siento estremecerse con mi toque... igual a aquella vez.

Automáticamente soy transportado al armario de esa maldita torre, es difícil olvidar su sonrisa, pero definitivamente no existe fuerza posible que me haga olvidar su llanto. Su respiración sobre mi piel, sus caricias cuando se aferraba a mi pecho, cuando no quería mirar la matanza que se estaba llevando a cabo en frente de nosotros. Y puedo verlo todo tan claro como si fuera ayer.

El bebé llorando mientras era atravesado, el llanto ahogado de quién nada pide y todo se le arrebató y luego está ella... Y ya no tengo dudas, me siento como un cerdo por ser tan egoísta y puede que su ausencia me esté matando día tras día, pero sigo en pie ¿no?

Sí, hay ocasiones en que me encantaría borrarla de mi corazón, quitarme el sabor de su boca, olvidar ese momento en que la tuve en mis brazos, juntos sobre mi cama, ciertamente haría las cosas mucho más fáciles, pero no. No puedo ni quiero vivir sin ella, y mis recuerdos son lo única que tengo para mantenerla a mi lado. En mi vida.

Esto parece lo correcto; que Aya continúe con su vida, que sea feliz con sus iguales, porque aunque no intencionalmente, fui el primero en dañarla: yo la olvidé y no estuve ahí para defenderla de las garras de la bestia.

Por fortuna, recobro la cordura y quito la mano de su pelo. Inmediatamente mi cuerpo reclama y el bastardo egoísta que llevo dentro quiere volver a tocarla, besarla. Me siento ridículo al admitir que esta niña se metió bajo mi piel. Tengo veinticuatro años y sigo enamorado como si fuera un adolescente.

—Tengo que irme —me fuerzo a decir, es un poco difícil para mí hablar en este momento. La forma en que miran sus ojos me vuelve débil y me resulta imposible decir adiós.

Me levanto y uno de mis pies se enreda en la hierba, Aya suelta una risita contagiosa, pero yo no sonrío, no puedo, estoy demasiado extasiado con su sonido.

—No puedo recordarte —dice de repente en un hilo de voz. La voz de Aya es tan débil que por un instante tengo la impresión de que estoy imaginándolo—, pero que no recuerde, no significa que no pueda sentir.

Es realmente placentero oír su voz diciendo algo diferente a ese odioso rezo sobre la mujer y lo maravillosas que son. No lo pongo en duda, son maravillosas, tengo la personificación de una diosa frente a mis ojos, pero la prefiero mil veces siendo ella, no una de las mujeres programada de mi madre.

—¿También te duele? —le pregunto, porque necesito que sea clara. Quiero que esclarezca mis dudas y mientras espero su respuesta, siento como si me estuvieran asfixiando mientras me pierdo en sus ojitos violetas, en el sesgo exótico que tienen en el borde y... Podría llorar por lo hermosa que luce, con crema o sin ella, antes o después, ella sigue siendo la misma mujer de la que me enamoré.

«Si no es ella, no será ninguna».

—Acá —se lleva la mano derecha hasta el pecho y lo deja ahí—, siento como si se estuviera quemando. ¿Cómo es posible que me duela de esta manera?

Toma una bocanada de aire y repliega sus rodillas descansando su barbilla en la cima de éstas. Quiero acercarme, sentarme junto a ella y estrecharla entre mis brazos, pero no se puede tener todo lo que se quiere.

—¿Puedes mantener un secreto?

Mi corazón magullado me está gritando que actúe, que no piense. Ella, como era de esperarse, asiente rápido, con torpeza, como si tuviera quince años otra vez en lugar de dieciocho y el bastardo codicioso que llevo dentro toma el control de mis acciones y me rindo ante lo inevitable dando rienda suelta a mis instintos, porque la

amo. Quizás no es una buena excusa, pero es la verdad.

—Por supuesto.

—Júralo. Júrame que nuestra conversación se mantendrá en secreto.

Ella muerde su labio dudando, pero al final termina por asentir. No es suficiente para mí.

—Júralo por Emil.

—¿Cómo? —sus ojos se abren alarmados, está desconfiando, tengo que darme prisa o la terminaré por perder... otra vez.

—Júralo por tu amiga y te diré lo que sé.

—Lo juro —dice a regañadientes.

—Yo sí puedo recordar —Intento ser honesto, porque sé que es la única forma de pedir perdón y tener una posibilidad de obtenerlo—, puedo ayudarte... Claro, sólo si tú quieres.

Antes de que pueda soltar un suspiro, fingiendo que estoy aburrido, ella me dice:

—Dime qué hacer.

La determinación que hay en sus ojos me indica que es la misma Aya de siempre, una criatura curiosa e ingenua y como soy un idiota enamorado, me aprovecho de la situación.

—No lo sé, tal vez te quede grande el desafío.

—¡Dime! —me exige y es todo el aliciente que necesito para inclinarme otra vez y tomar su boca con una facilidad que no merezco, soy un ladrón y le estoy robando su primer beso... Por segunda vez.

Sus labios tiemblan cuando entran en contacto con los míos, dudan pero su corazón no lo hace y responden con una caricia tímida y suave. Durante un latido se siente como si ambos fuéramos los dueños del universo, es como si yo dejara de ser invisible para ella, como si Aya fuera posible.

—Y que quede claro —susurro contra su boca y me desvío a su nariz, frente, mejillas, párpados, luego vuelvo a empezar. El sabor del protector solar no es nada en comparación a la dicha que estoy sintiendo al probar nuevamente sus labios—. No soy un gato.

23:00

(...)

24:00

(...)
Fin

Agradecimientos

Quiero agradecer a todas las personas que de alguna u otra forma, tuvieron que ver con esta aventura. La lista es larga y temo olvidar algún nombre, así que para ustedes, personas anónimas y no tanto; lectoras, fans y amigas les agradezco muchísimo por su apoyo.

También quiero hacer una mención especial, a cuatro personas que fueron fundamentales en el proceso creativo y de post producción de Sin Historial.

En primer lugar a Dios, por ser mi principal fuente de inspiración, sé que sin él nada de esto tendría sentido.

Paulina Arancibia, mi editora, la responsable de que Sin Historial evolucionara. Lo sacó de las sombras y lo convirtió en cordillera (tú entiendes). Gracias por ser ese diamante que Dios puso en mi vida, eres una gran bendición para mí.

A Jennifer Carrillo, muchas gracias por apoyar tanto mis proyectos y sobre todo, por hacerme mil preguntas, de esa manera lograste que pudiera darle forma a La Grata y sus personajes. También agradezco que hayas hecho tu memoria sobre la increíble novela “La Naranja Mecánica” de Anthony Burgess y por ser una genio en distopías.

Rocío Muñoz, la responsable de que todas las referencia científicas incluidas en la novela tuvieran coherencia y lógica con la realidad; los datos médicos, el chip, el funcionamiento del cerebro, síntomas y demás. Hiciste lo que ninguna enciclopedia hubiera logrado, explicarme todo de una manera didáctica para que fuera capaz de imprimir mis ideas en el papel.

©Is licensed under a Creative Commons

©SinDerivadas 3.0 Unported.

Primera edición :: Octubre de 2012

Diseño y Fotocomposición: G.S

Licencia :: All rights reserved

Registered :: Sat Oct 27 16:04:22 UTC 2012

Title :: Sin Historial

Category :: eBook

Revisado y editado por: Paulina Arancibia.

Nº de registro: 1111300632842

Identificador :: 1210272578773

Autor :: Lissa D'Angelo

© 2011, Sin Historial Ltd

www.sinhistorial.com

